FELIPE II

15452
Yes

FELIPE II

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

por

D. VALENTIN GOMEZ

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO

AÑO 1879

207598
7:12:26

MADRID
IMPRENTA DE D. A. PEREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

STATE UNIVERSITY OF IOWA

PRÍNCIPE:

Es la historia de los Reyes espejo en que debe mirarse quien quiera que lleve sangre real en las venas.

Para gobernar á un pueblo cristiano no hallará el príncipe dechado más perfecto que la vida de aquellos que supieron unir, en maravillosa armonía, la inteligencia y la santidad. Luis IX de Francia y Fernando III de España serán perpétuos modelos de administradores inteligentes y de Reyes justos.

Mas sin llegar á esas cumbres de la perfeccion, ante la cual hasta la malevolencia tiene que declararse vencida, puede un Príncipe ser hijo fiel de la Iglesia, gobernador prudente y laborioso, cauto en sus pasiones, y amante de su pueblo. Tal fué el Rey Felipe II, cuyo retrato en estas breves páginas se bosqueja, por más que lo tosco del pincel desvirtúe la exactitud del parecido.

Mírese en él todo Príncipe que sinceramente desee la felicidad de España. Imite sus cualida-

des, huya de sus defectos, y tome del cristiano la fé profunda, del gobernante la prudencia y el amor al consejo, del hombre la dignidad de la persona que no era obstáculo á la afabilidad del carácter.

Mucho han variado los tiempos, mas no ciertamente en provecho de las monarquías. Por eso, si tres siglos há era menester un Felipe II para salvar á España de temerosos desastres, ¿qué no será preciso ahora en que, perdida la veneracion á los tronos, menospreciada la autoridad hasta en sus más sagradas representaciones, apenas se sostienen los Reyes sino por la fuerza de las armas ó por el prestigio de sus cualidades personales?

Príncipe:

Tres siglos há, el Rey casi no necesitaba ser hombre; hoy necesita ser hombre ántes que Rey.

Tres siglos há, el brillo del trono daba autoridad á la persona; hoy la autoridad de la persona tiene que dar brillo al trono.

Terrible era entónces la lucha; más terrible es hoy todavía. Entónces nos salvaron el ánimo de Cárlos V y la prudencia de Felipe II; hoy quizá sólo puede salvarnos quien reuna en sí mismo el ánimo del uno y la prudencia del otro.

VALENTIN GOMEZ.

Sr. D. Valentin Gomez.

Madrid 2 de Octubre de 1879.

Mi estimado amigo: Devuelvo á V. las capillas de su libro acerca de *Felipe II*, que he leido con verdadero placer. Obra de vulgarizacion, acomodada al recto criterio histórico, concisa y nutrida, libre de vanas declamaciones y extemporáneos adornos, contribuirá sin duda á difundir la verdad acerca del Rey Prudente, á disipar en el comun de los lectores muchas preocupaciones, y á acrecentar no poco la justa reputacion de V. como escritor fácil, correcto y animado. Ha triunfado V. repetidas veces en las lides del teatro y en las de la prensa periódica: el presente ensayo, breve como es, mostrará sus especiales dotes para los severos estudios de la Historia, nunca más necesitados que hoy de asíduos y bien

intencionados cultivadores. La falsa historia lo ha invadido todo: en las áulas, en los círculos literarios, hasta en el hogar de la familia, se nutre nuestra juventud con el fruto de las mentiras de tres generaciones: la protestante, la enciclopedista y la ecléctica ó doctrinaria. Convertida en arma de partido, arrastrada por el lodo de las calles y por la alfombra de los congresos en retumbantes y asiáticas peroraciones, invocada como texto por todo linaje de sofistas y ambiciosos, hecha pedazos en las columnas de la desgreñada prensa, la historia de España que nuestro vulgo aprende, ó es una diatriba sacrílega contra la fé y grandeza de nuestros mayores, ó un empalagoso ditirambo, en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintin, Lepanto, etc., sirven sólo para adormecernos é infundirnos locas vanidades.

El personaje por V. elegido ha sido, como nadie, víctima de esta falsa historia. Es quizá el ejemplo más señalado de la facilidad con que se va trocando en leyendario un tipo histórico, aunque se tengan de él las más minuciosas noticias, y se puedan seguir punto por punto y dia por dia todos sus pasos y acciones. La leyenda de Felipe II comenzó en vida suya, y la hizo el ódio de los protestantes holandeses. Difundióla Guillermo el Taciturno en un célebre Manifiesto, y ávidamente la acogieron cuantos en Inglaterra, en

Francia, en los Países Bajos, en Italia misma, alimentaban ódios ó rencores contra la Iglesia ó contra España. Las mismas *Relaciones* de Antonio Perez, donde no se han descubierto graves errores de hecho, pero sí malignas alusiones y reticencias, y los coloquios del mismo perseguido secretario con Essex, la reina Isabel de Inglaterra y Enrique IV, á quienes tan malamente sirvió contra su pátria, contribuyeron á enturbiar y oscurecer ciertos puntos de la historia de Felipe II, y cabalmente los que por lo dramáticos y animados excitaban más la general curiosidad. Pero todo esto es nada en comparacion de las increibles patrañas que el protestante italiano Gregorio Leti divulgó en su llamada *Historia de Felipe II*, y que otros muchos libelistas exornaron con nuevas y progresivas invenciones.

En España, donde Felipe II fué popularísimo, como identificado con todos los sentimientos y cualidades buenas y malas de la raza, estas invenciones no pudieron penetrar ni hacer fortuna hasta el siglo XVIII. Verdad es que no las acogió ningun historiador sério; pero el arte se apoderó de ellas, y las tornó doblemente perniciosas. Lo que Schiller habia hecho en Alemania con su *Don Cárlos*, y en Italia Alfieri con su *Philippo*: fantasear un tirano de tragedia clásica, hombre ceñudo, sombrío y monosilábico, ente de razon,

tipo de perversidad moral sin qué ni para qué, y tan impasible y antihumano, que llega uno á compadecerse de él, al oir los improperios que contínuamente le dicen sus víctimas: esto hicieron en España los poetas enciclopedistas del siglo pasado, y á su frente Quintana en *El Panteon del Escorial*, donde la falsedad histórica llega á ser repugnante, fea, antiestética, *progresista*, en suma, del peor género posible. En pós de Quintana vino una grey de poetas, novelistas y declamadores, indignos de particular memoria, y la tiranía de Felipe II llegó á ser el lugar comun de toda arenga patriótica, el grande argumento de los partidos liberales, el *coco* con que se espantaba á los niños y á las muchedumbres.

Todavía quedan vestigios de ésto. Con asombro leí el año pasado en la *Revista de España* un artículo en que se acusaba á Felipe II *de haber asesinado á su mujer, y á su hijo, y á dos millones de españoles.* Y este artículo era comentando un libro publicado en París no há mucho, en el cual se consignan iguales ó mayores dislates.

Por fortuna, éstas en el dia de hoy son aberraciones dignas de lástima, pero no de ser tomadas en cuenta. La crítica histórica lleva hace años muy diferente camino; y aunque Felipe II no ha encontrado todavía un historiador general digno de él, dado que Prescott dejó muy á los comienzos su obra, las mono-

grafías particulares abundan, y van derramando mucha luz, precisamente sobre los puntos más oscuros de su reinado. Así, el episodio de Antonio Perez y de las alteraciones de Aragon ha dado materia sucesivamente á los elegantes ensayos de Bermudez de Castro y de Mignet, á la magistral *Historia* del marqués de Pidal, y á *La Princesa de Éboli* del Sr. Muro, obra de sólida y copiosa erudicion, en muchas partes nueva. La cuestion del príncipe D. Cárlos ha sido definitivamente resuelta por Gachard, sin que sea por eso digno de olvido el agradable libro de Moüy. A Gachard no le ha vencido nadie en el campo de estas investigaciones: nadie tan benemérito como él de la historia de Felipe II. Él ha sacado á luz la correspondencia de nuestro Monarca, la de Margarita de Parma y la del príncipe de Orange sobre los negocios de los Países Bajos; ha aclarado mucho el gobierno de D. Juan de Austria en Flandes; y si á sus tareas añadimos las numerosas publicaciones de la *Sociedad de Historia de Bélgica*, podremos formar idea clarísima de aquellos acontecimientos, mejor que en las historias de Motley y otros apasionados partidarios de la causa holandesa. Por otra parte, la publicacion de las *Relaciones de los embajadores venecianos* nos ha dado á conocer más de cerca á Felipe II y á su córte. Algunos puntos de su política exterior deben

mucha ilustracion á los modernos estudios de los eruditos franceses sobre los tiempos de la Liga, y otros han sido objeto de buenos libros castellanos; v. gr., la *Relacion del combate naval de Lepanto*, de D. Cayetano Rosell. Y para remate y corona de todo, el señor Cánovas, en el *Bosquejo histórico de la casa de Austria*, en el prólogo á *La Princesa de Éboli* y en otros opúsculos, ha formulado discretos y no apasionados juicios generales que, si no son la verdad entera, se acercan mucho á ella.

Á esta meritoria tarea se ha asociado V., amigo mio, siguiendo las huellas del doctor Reinhold Baumstark, á quien nadie tachará de parcial é interesado. Tampoco la de V. es apología sistemática, ni esto sería lícito, sério ni conveniente. Felipe II no fué un Santo, ni nadie trata de canonizarle. Como hombre tuvo pecados y debilidades graves y frecuentes; como gobernante cometió verdaderos yerros, aunque no es suya toda la culpa. Pero ni fué tirano, ni opresor de su pueblo, ni matador de sus libertades, ni tampoco le negará nadie el título de grande hombre. No tuvo cualidades brillantes, de las que atraen y subyugan la general admiracion; no fué militar, ni orador, ni artista, y hubo en su carácter algo de seco, árido, prosáico, formalista y oficinesco, que no le hace simpático, aunque tampoco le haga terrible. Pero á

su modo, en su línea, en su oficio de Rey, llegó al *summum* de lo tenaz, laborioso y persistente: héroe de expedientes, y de gabinete, y áun mártir, porque puede decirse que no tuvo una hora de paz y sosiego en su largo reinado. Y para gloria suya debemos añadir que muy pocas veces se dejó llevar por mezquinos intereses ó por vil razon de Estado, y que su mente estuvo siempre al servicio de grandes ideas: la unidad de su pueblo, la lucha contra la Reforma. Hizo la primera con la conquista de Portugal, y contra la segunda mandó á sus gentes á lidiar á todos los campos de batalla de Europa. Si alguna guerra emprendió que no naciese de este principio, fué herencia de Cárlos V; herencia funesta, pero que él no podia rechazar. Nuestra decadencia vino porque estábamos solos contra toda Europa, y no hay pueblo que á tal desangrarse resista; pero las grandes empresas históricas no se juzgan por el éxito. Obramos bien como católicos y como españoles: lo demás, ¿qué importa?

V. ha hecho justicia de todas las acusaciones relativas á la política exterior de esta generosa nacion, brazo de guerra del Catolicismo en aquella série de titánicas empresas; y si los fanatismos revolucionarios tuvieran ojos para ver y alma para sentir lo que de suyo es grande, deberian admirar, aunque su admiracion fuera mezclada de egoista y uti-

litaria lástima, el sublime espectáculo de un pueblo que, no por su interés material, sino contra su interés, desciende solo al palenque para romper lanzas en pró de una idea contra todo el mundo conjurado. Si esto no es noble abnegacion, no sé dónde está la grandeza. ¿Y qué nombre daremos á los que despues de ver rendida y postrada, nó por la justicia ó el valor, sino por el número, á la amazona del Mediodía, todavía la insultan, escarnecen y vilipendian, sin comprender ¡tan ciegos están! que el martirio no es afrenta, sino corona, y que el triunfo (político) de la Reforma no podia significar otra cosa que la anulacion del espíritu latino y el imperio de la barbarie septentrional?

En lo relativo á los negocios interiores, con gusto seguiria á V., si esta carta no se fuese alargando demasiado, y si por otra parte no fuera del todo innecesario volver aquí á los manoseados temas de D. Cárlos, la de Éboli y Antonio Perez. Lo que V. dice resume hábilmente y en pocas palabras las últimas investigaciones sobre el particular, y miéntras no parezcan documentos nuevos de verdadera importancia, á ellas hemos de atenernos.

Sólo dos leves observaciones he de hacer, en muestra de imparcialidad, sobre el precioso trabajo de V. Noto, en primer lugar, que llama V. á Miguel Servet *hereje valenciano*,

siendo así que el mismo Servet en su proceso se dice en más de una ocasion *villanovano*, y en otra *natural* de Tudela de Navarra, pero *oriundo* de Villanueva en Aragon. Esta Villanueva es Villanueva de Sixena, donde han existido y quizá existan los dos apellidos *Serveto* (no Servet, como generalmente decimos) y Réves, que aquel famoso antitrinitario llevaba. La equivocacion es de poca monta; pero en estas materias conviene la mayor exactitud.

Es la otra observacion el que V. no se haya extendido más en considerar á Felipe II como protector espléndido de ciencias, letras y artes, poniendo de manifiesto la sinrazon notoria con que se tacha de *opresor ignorante*, *verdugo del pensamiento*, etc., etc., al gran Monarca que levantó el Escorial, encargó cuadros al Ticiano, estableció en su propio palacio una academia de matemáticas, mandó hacer la estadística y el mapa geodésico de la Península (ejecutado por el maestro Esquivél), costeó la Biblia políglota, hizo traer á toda costa de apartadas regiones códices y libros preciosísimos, favoreció la enseñanza de la filosofía luliana, comisionó á Ambrosio de Morales para registrar los archivos de iglesias y monasterios, y á Francisco Hernandez para estudiar la Fáuna y la Flora mejicanas, y alentó los trabajos metalúrgicos de Bernal Perez de Vargas. Todo esto

y mucho más hizo Felipe II, como es de ver en su correspondencia con Arias Montano y en otros documentos; y sin embargó, se le tiene por oscurantista y enemigo del saber.

Á disipar estas nieblas y reparar injusticias contribuirá sin duda el estudio claro, lúcido y contundente de V., digno, así en el asunto como en el estilo, de no escatimadas alabanzas.

Por él felicito á V. de todo corazon, y felicito á las pátrias letras.

Suyo siempre afectísimo amigo,

M. Menendez Pelayo.

FELIPE II

CAPÍTULO PRIMERO.

Calumnias históricas.—Restauracion de la verdad.—Criterio para juzgar á los Reyes.—Perseguidores y perseguidos.

Con harto fundamento ha dicho un insigne escritor que en estos últimos siglos la historia no era sino una conjuracion contra la verdad.

Es imposible tal vez hallar en ningun tiempo un predominio tan absoluto del ódio y de la mentira sobre el ánimo de los historiadores y filósofos, como el que se nota en los escritos de los herejes y sectarios desde que la rebelion protestante, á un tiempo religiosa y política, rompió aquella admirable comunion de naciones cristianas que se conoce con el nombre de *Cristiandad*.

No son pocos ciertamente los defensores de D. Pedro el Cruel, que niegan la mayor parte de sus crímenes y tropelías fundándose en que las refirió su enemigo el cronista de Enrique II, el cual cronista por fuerza habia de justificar el bárbaro fratricidio de su Rey y señor, pintando al muerto como un mónstruo abominable, digno de la perpétua execracion de los hombres.

Si por esta regla, que es á todas luces racional, bien que no siempre pueda servir de guía en la investigacion de la verdad histórica, se fuese á juzgar de lo que de tres siglos á esta parte se ha escrito en el mundo contra la Iglesia y contra los Reyes más afectos á la Santa Esposa de Jesucristo, seguramente que ninguna persona imparcial y de sano entendimiento hubiera dado crédito ni áun á aquellas censuras que se fundáran en hechos de exactitud notoria; porque sabido es que en el rencoroso y el embustero hasta la misma verdad es sospechosa.

No un fratricidio, sino muchos parricidios, y muchos robos, y muchas maldades de toda especie y calidad tenian que justificar los herejes y sectarios.

Habian arrancado al mundo cristiano el

cimiento de su unidad religiosa, torciendo el cauce de la civilizacion católica; habian encendido guerras desastrosas y derramado á torrentes la sangre de los hijos de una misma Madre; habian profanado con la inmundicia de las pasiones carnales la santidad del sacerdocio, y puesto sacrílegamente en manos de príncipes codiciosos y desalmados, no sólo los bienes de la Iglesia, pero tambien la autoridad espiritual que Jesucristo depositó en Pedro hasta la consumacion de los siglos: finalmente, so capa de libertad y tolerancia, habian arrojado á la hoguera ó al filo de la espada millares de víctimas inocentes, por el delito de permanecer fieles á la voz de Roma; ¿y ha de causar extrañeza que los discípulos y sucesores de semejantes malvados aglomerasen calumnias y pintasen horrores al hablar de todo aquel que se hubiera manifestado hijo dócil y defensor generoso de la Iglesia romana?

Mas nadie, por esta misma razon, ha sido blanco preferente de los calumniadores y mentirosos, como aquel Rey insigne por su piedad sincera, por su constancia en los reveses, y por su fé cada vez más profunda, que la impúdica reina *vírgen* de Inglaterra

llamó el *Demonio del Mediodía*, y que los españoles, no cegados por el ódio protestante, llaman Felipe II *el Prudente.*

Es poderosa desgraciadamente la mentira cuando se repite por cientos de voces y se propaga á gritos; porque la sencillez de espíritu no comprende las insolencias de la audacia, y es duro para el desprevenido convencerse de las arterías del rencoroso. Pero Dios, que permite los triunfos efímeros de la injusticia, encomienda al tiempo la tarea de desvanecer las nieblas del embuste, y al fin y á la postre, más tarde ó más temprano, el sol de la verdad rompe los espesos cendales que le entoldan y brilla con inmaculada luz, para confusion y vergüenza de los malos y regocijo de los buenos.

Así ha sucedido con la historia de Felipe II. Durante largo tiempo, áun muchos escritores españoles, en quienes ni el patriotismo era valladar suficiente contra su aversion á la Iglesia, han seguido la opinion de los protestantes extranjeros, que no veian en Felipe II sino un mónstruo de crueldad y de intolerancia, un padre desnaturalizado, un ejemplo vivo de ingratitud y perfidia, un personaje tal, en fin, como le pinta Schiller

en su *Don Cárlos,* con menosprecio absoluto de la verdad histórica y hasta de la verosimilitud cronológica.

Cierto que en nuestro teatro nacional, desde los tiempos de Lope y Calderon hasta los actuales, no se ha presentado con gran éxito la figura del gran Rey sin darle aquellas severas tintas de su amor riguroso á la justicia, que forman los rasgos distintivos de su carácter [1]. Pero fuera del teatro, en los discursos del Parlamento, en la novela, en los artículos de periódico, donde quiera que la secta ha podido y ha creido conveniente tronar contra el despotismo, la intolerancia y la perversidad de los Reyes Católicos, no ha hallado otro tipo más perfecto para hacerlo blanco de sus infernales condenaciones, que el de Felipe II. Toda esa nube calumniosa de sombras y de crímenes va, empero, desvaneciéndose, gracias á Dios, ante la constante publicacion de nuevos datos debida á escritores laboriosos, aunque de distintas escuelas, noblemente movidos por el amor de la verdad. No es

[1] Véanse en nuestro teatro contemporáneo *El Toison roto*, por los Sres. Hurtado y Nuñez de Arce, y *El Haz de lena*, de este último escritor, donde Felipe II, en medio de las tendencias nada recomendables de esos autores, está léjos de presentarse como los sectarios le imaginaron.

el ménos acreedor á la gratitud de los españoles en este punto el escritor belga M. Gachard, que en su obra *Don Cárlos y Felipe II*, trazó ántes que nadie á los ojos del extranjero los perfiles de la nueva figura del calumniado Rey, dando á conocer con exactitud el verdadero carácter del siglo XVI, como acertadamente afirma M. Godefroid Kurth, profesor en la Universidad de Lieja. Y los datos de M. Gachard y otros que posteriormente se han publicado, han sido preciosos materiales para el doctor aleman Reinholdo Baumstark, que acaba de hacer, en un interesante opúsculo, un retrato imparcial y severo del Rey prudente [1] sin otra mira que la de poner en su punto la verdad de las cosas, apartándose por igual de los censores sistemáticos y de los que, en virtud de una reaccion natural, tienen á Felipe II por el Rey más grande, más hábil, más perfecto de cuantos han ceñido la corona en el universo mundo.

Para feliz remate de la justificacion histórica de aquel Rey, se ha dado á la estampa recientemente en nuestro país una *Vida de la*

[1] *Philippe II, roi d'Espagne:* Traduit de l'allemand du docteur Reinhold Baumstark, par Godefroid Kurth, professeur d'histoire à l'Université de Liège.=Spoezelis, libraire-éditeur, 1877.

princesa de Éboli, por D. Gaspar Muro, con una carta-prólogo del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo; obra abundantísima en documentos inéditos, procedentes en su mayor parte de archivos particulares, pero cuyos legajos fueron á parar á diferentes manos, teniendo el Sr. Muro la fortuna de reunirlos en la suya para dar cima á su importante obra.

Con todo esto, es posible que falten todavía algunos detalles para delinear por completo la fisonomía del hijo de Cárlos V; pero basta y sobra lo que sabemos para que en adelante nadie, sin merecer la burla de los entendidos, ose hablar de Felipe II como de un execrable tirano, hipócrita y artero, conjunto feroz de todas las maldades posibles.

Nosotros, en vista de esos datos, vamos á hacer un estudio de ese Rey, sin sujetar nuestra imparcialidad ni al compromiso de la alabanza contínua, ni á la privacion de la censura conveniente; porque no es el rey Felipe intachable, á fuer de imperfecta criatura humana, y no se sirve mejor á la Iglesia y á la pátria, ocultando parte de la verdad que diciéndola entera, cuando ningun intéres corre peligro de ser lastimado, y puede, en cambio,

aquella ocultacion convertirse en arma favorable al enemigo.

Lo que no se debe hacer es juzgar á ningun Monarca ni gobernante sin haber consideracion á su época, á las circunstancias particulares del pueblo que rige, y al estado de la herencia que ha recibido de sus antecesores; porque sería el colmo de la injusticia culpar á un hombre solo de los defectos ó de los errores cometidos por todo un reino ó una edad entera. Á cuyo propósito, dice con gran verdad el Sr. Cánovas del Castillo: «Quien quiera estimar bien su mérito (el de Felipe II) de hombre de Estado, debe primero estudiar á conciencia su siglo, saber luégo exactamente lo que era, lo que pensaba, lo que queria su nacion; fijarse, por último, no tan sólo en los Estados y en el poderío, sino en las cuestiones y compromisos que heredó de su padre: de otro modo es imposible el acierto [1].»

Esto debieran haberlo tenido presente los ciegos impugnadores del pensamiento político de Felipe II, que, cabalmente cuando se han referido á la Revolucion francesa, no han hallado otro modo de explicar y justifi-

[1] Prólogo de la *Vida de la princesa de Éboli*, pág. XXVI.

car sus abominables crímenes que el medir la bárbara grandeza de esos recursos sangrientos por la supuesta grandeza de los fines sociales que la Revolucion se proponia. Sucede siempre lo mismo. Una gota de sangre derramada por un Rey católico, una hoguera encendida por la Inquisicion, una industria diplomática empleada contra un adversario sagaz, son cosas que exaltan el ánimo generoso y delicado de los hijos de la libertad moderna, que apuran los colores de su paleta para pintar cuadros tenebrosos y desgarradores... ¡Carnes vivas arrancadas del cuerpo de una hermosa doncella por los bárbaros sayones de la intolerancia...! Ancianos inofensivos y venerables separándose de los objetos de su amor para morir en las llamas maldiciendo al tirano...! Pero trátese de Enrique VIII, Isabel de Inglaterra ó Calvino; de los anabaptistas de Alemania, ó de los hugonotes de Francia; de Cromwell, Danton, Robespierre, Marat... ¡Oh! Entónces, áun cuando por cada gota de sangre herética hayan ellos derramado torrentes de sangre católica; áun cuando por cada hoguera inquisitorial hayan ellos encendido más de mil; áun cuando por cada sagacidad diplomática

de un Rey amigo de la Iglesia hayan ellos empleado cien falsedades, perjurios y traiciones, el ánimo generoso y sensible de los hijos de la libertad sólo tiene disculpas ó alabanzas en favor de aquellos genios que se adelantaron á su siglo y hubieron de poner en práctica ciertos medios violentos para abrir ancho camino al progreso de las ideas, que tropezaba con los obstáculos brutales de una edad de tinieblas y de barbarie.

Los doscientos y tantos conspiradores y criminales que María Tudor llevó al cadalso, excitada quizá en demasía por su celo religioso, que el venerable cardenal Polo trataba de moderar en interés mismo de la Iglesia, valieron á aquella Reina el dictado de *María la Sangrienta;* y uno de los maestros, cómplice y defensor de los incendiarios y asesinos que formaron la *Commune* de París, ha pintado en un drama á aquella piadosa reina como una Mesalina sedienta de sangre [1]. Mas esos severos, imparciales é incorruptibles jueces de María Tudor, de la nieta de Fernando V é Isabel de Castilla, ¿han tenido alguna palabra de censura contra Enrique VIII, el ase-

[1] *María Tudor*, drama en tres jornadas, por M. Víctor Hugo.

sino de dos Reinas, de dos Cardenales, de dos Arzobispos, de diez y ocho Obispos, de trece Abades, de quinientos Priores y monjes, de treinta y ocho doctores, de doce duques y condes, de ciento sesenta y cuatro caballeros, de ciento veinticuatro ciudadanos y de ciento diez mujeres [1]? Los que consideran como la afrenta mayor del género humano la noche verdaderamente horrible de San Bartolomé contra los hugonotes, ¿han dicho alguna vez que esos hugonotes habian degollado en el Mediodía de Francia á tres mil católicos? Los que ponen el grito en el cielo por las persecuciones religiosas de los Reyes españoles ó de nuestra santa Inquisicion, ¿se acuerdan, por ventura, de las numerosas ejecuciones mandadas por Calvino contra los que rechazaban su doctrina, y entre otros la del sábio valenciano Miguel Servet, quemado vivo en Ginebra por antitrinitario, del osiandrista Franch, del canciller Krell, decapitado en Dresde por seudo-calvinista, y de otros muchos que perecieron en el cadalso en virtud de las teorías de Melancton y Teodoro Beza, que, á pesar de su amor á la li-

[1] Alzog: *Historia de la Iglesia*, tomo IV, pág. 40, edicion de Barcelona, 1853.

bertad de conciencia, justificaban la pena de muerte impuesta á los herejes? ¿Qué más? ¡Si entre esos que se horripilan al oir tan sólo el nombre de Felipe II, como sombrío tipo de intolerancia religiosa, ha habido quien, tratando de justificar las inauditas persecuciones de Diocleciano, ha considerado á los fieles de aquella época como tenebrosos conspiradores, enemigos irreconciliables del Estado, dignos, por ende, de sufrir la última pena impuesta por el Emperador, en justa defensa de su autoridad soberana!

¡Ah! no; ni áun á nuestros mayores enemigos juzgaríamos nosotros nunca desde esos puntos de vista en que todo criterio de escuela desaparece bajo el peso de la más repugnante mala fé; y con ménos razon habíamos de hablar de Felipe II, sin tener en cuenta el estado del mundo por aquel entónces, las ideas de la época, la índole del pueblo que gobernaba, las graves complicaciones que habia heredado, y hasta las leyes inescrutables de la Providencia divina, que parecen señalar un límite á la prosperidad de las naciones, y en llegando al cual no hay más remedio que retroceder por la pendiente harto rápida de la decadencia.

CAPÍTULO II.

Grandeza de España.—Sus inconvenientes.—Cárlos V.—Primeros años de D. Felipe.—Su vida hasta la exaltacion al trono.

ERNANDO V, quizá la inteligencia más perspicaz que ha brillado bajo el cerco de oro de una corona, é Isabel de Castilla, tal vez el corazon más grande que ha latido bajo la purpúrea túnica de la realeza, llevaron á feliz término la gran obra de la nacionalidad española; y aquella herencia de ruina y podredumbre que les legára el despreciable Enrique IV, pasó á las manos del jóven Cárlos de Gante, convertida en el más glorioso y dilatado reino del orbe cristiano.

Desde el mar Cantábrico hasta las costas de África no habia un solo enemigo que combatir, y en cambio, la bandera que ya podia llamarse española, pues las barras, las ca-

denas, los leones y los castillos de los antiguos reinos, eran al fin componentes de un solo escudo, flotaba victoriosa sobre las almenas de Orán, donde la plantó la férrea mano del inmortal Jimenez de Cisneròs. Era nuestro el Rosellon; nuestros eran Nápoles y Sicilia; Francia, á pesar de su sangriento triunfo de Rávena, temblaba al rumor de los pasos de la infantería española, creada por el genio del Gran Capitan; y para colmo de grandeza, un oscuro genovés habia arrojado á las plantas de los Reyes Católicos, como tributo de gratitud á su proteccion generosa, todo un mundo, que abria sus ricas y vírgenes entrañas en los mares de Occidente al romancesco heroismo de los españoles.

Esta grandeza, enaltecida de propios y envidiada de extraños, llevaba consigo los inconvenientes naturales de su orígen, á saber: dentro de España, la permanencia de un pueblo vencido y humillado, despues de haber sido dominador secular de los que ahora le dominaban; pueblo incompatible con aquel que le habia hecho la guerra durante setecientos años, bajo la enseña gloriosa de la Cruz: la diversidad de reinos sujetos á una autoridad comun, pero fieles á sus legislacio-

nes y costumbres particulares, y hasta sus rivalidades recíprocas, selladas no pocas veces en los campos de batalla; y, en fin, la despoblacion y miseria de un país asolado por su guerra tradicional, y por las que habian encendido los compromisos internacionales; fuera de España, un duelo á muerte con Francia, que tenía interés en disputarnos nuestro predominio en Italia, y un constante guerrear en este país, ya contra los amigos de los franceses, ya contra los amantes entusiastas de su propia independencia. Á estos inconvenientes lógicos de nuestra grandeza hay que añadir el descubrimiento de las Américas, que comenzó á excitar la codicia ó el genio aventurero de una buena parte de la juventud española, cuya intrepidez y vigor podian ser estériles y áun perjudiciales si no se les encaminaba directamente á un fin patriótico y ordenado, cosa difícil cuando la prosperidad repentina muestra sus encantos y ofrece sus deleites á quien por largo tiempo sólo ha conocido las estrecheces de la pobreza.

Cárlos V, guerrero admirable, político hábil y resuelto, hombre de condiciones tales, que otro como él es difícil hallarle en toda la

extension de la historia humana, recogió la herencia de los Reyes Católicos, y á poco las circunstancias se la dilataron de tan extraordinaria manera, que vino á ser, con su doble corona imperial y real, el Monarca más poderoso del universo mundo.

En cualesquiera manos que hubiese caido tan colosal poderío, contra el que con más encono que nunca se revolvian Francia é Italia, es casi seguro que hubiera sido efímero como una sombra. Pero el genio superior de Cárlos V dominaba las dificultades de tanta grandeza, y sólo su incomparable actividad, su mirada de águila y su ánimo varonil, fueron capaces de vencer las revueltas intestinas de Castilla, causadas por los Comuneros; de arrojarse sobre el incendio protestante que abrasó la Alemania, propagándose con rapidez espantosa por todo el Norte y el Centro de la Europa católica, y de hacer frente á las terribles hordas que se habian apoderado del imperio griego medio siglo ántes, clavando el estandarte aborrecido de la Media Luna en las torres de Santa Sofía.

Aquel héroe infatigable, objeto de la envidia universal, venció á los Comuneros, venció á los franceses, venció á los protestan-

tes, venció á los italianos, aterró á los turcos, y, harto de laureles y hastiado de las glorias miserables del mundo, fué á sepultarse en vida entre las humildes paredes del monasterio de Yuste. Pero ¡ah! todas esas victorias habian humillado al enemigo sin aniquilarle. Los turcos eran áun poderosísimos, y no cejaban en su empeño de llevar la ruina y la desolacion á todas las costas mediterráneas; los italianos no se acomodaban á vivir en paz con España; los protestantes, apoyados en la rapacidad y concupiscencia de muchos príncipes, y en el espíritu de rebelion intelectual que surgió del Renacimiento pagano, contaban sus huestes, cada vez más numerosas, para lanzarlas en apretado haz contra los baluartes de la Santa Iglesia de Jesucristo, y hasta los Comuneros rebullian inquietos y desasosegados, no con ánimo, que fuera temerario, de exponerse á un nuevo Villalar, sino con aquella indeterminada malquerencia que se conserva largo tiempo despues de haber sufrido un ultraje.

De los franceses no hablemos. La catástrofe de Pavía era una espina que tenian clavada en su corazon; no siendo parte á aminorar un punto su amargura ni áun el fra-

caso de las tropas imperiales mandadas en persona por el invencible Cárlos V ante los muros de Metz, defendidos por el hábil y valeroso duque de Guisa.

Tal era en conjunto el estado de las cosas cuando el Emperador se desciñó la corona para ponerla en las sienes del príncipe don Felipe. ¿No tenía razon para decir, como dijo en la solemne junta de Bruselas, «que se compadecia de la suerte de su hijo cuando se echaba sobre sus hombros un peso tan enorme [1]?» Las lágrimas con que acompañó estas lastimosas expresiones no denotaban ciertamente dolor por abandonar una gloria que le habia cansado el alma, sino verdadero temor de que su hijo, á pesar de la claridad de entendimiento que mostraba, fuese incapaz de vencer las terribles dificultades anejas á su inmenso poderío. Dolíase sin duda alguna de dejar á su hijo aquellos dominios en que jamás se ponia el sol, pero en cuyas entrañas rugia espantosamente el hervor de los volcanes. Era de llorar el caso, porque el glorioso Emperador semejábase en aquel instante al opulento padre de familia que al mo-

[1] MINIANA, continuacion de la *Historia de España* por Mariana, tomo III, pág. 436.

rir deja una fortuna colosal, pero tenazmente disputada y saqueada por litigantes poderosos y curiales sin conciencia.

¿Qué habia sido el príncipe D. Felipe ántes de este solemne momento en que el gran Emperador le abandonaba el cetro de la monarquía española? ¿Estaban sus cualidades en consonancia con aquella situacion crítica, ó á la altura de los enormes obstáculos que ofrecia el tempestuoso oleaje de intereses contradictorios y de pasiones sobreexcitadas?

Díganoslo la breve historia de su vida hasta Enero de 1556, en que se verificó la abdicacion de Cárlos V.

Habia nacido en Mayo del año 1527, y á los doce de su edad, con la muerte de su madre, acabaron para él todas las inocentes y ligeras felicidades de la infancia junto con la ternura maternal, que tanto influye en el corazon humano para suavizar los sentimientos y prestar al carácter aquella ductilidad expansiva que es como imán de las ajenas simpatías.

Se cuenta que cuando aún era niño por los años, comenzó á ser hombre por sus deberes. Su padre permanecia largas tempora-

das alejado de España; y el aislamiento consiguiente en que se encontraba su hijo, si no disminuyó en lo más mínimo aquel entrañable amor que recíprocamente se profesaron siempre, fué nueva causa de que el jóven príncipe reconcentrase más sus sentimientos y diese á su carácter la austera gravedad que le distinguió hasta el último instante de su vida.

Aprendió fácilmente la lengua latina, y mostró aptitud singular para las matemáticas y la arquitectura, que estudió con esmero. No gustaba de los ejercicios corporales, ni parecia inclinado á las obras de imaginacion. Su inteligencia era tranquila, serena y lenta; distinta por completo de la de su padre, que era viva y penetrante. Sus costumbres estaban en relacion con la índole de su inteligencia: así que preferia las ocupaciones sedentarias, la actividad sin movimiento, al trabajo movible, que tanto agitaba la existencia del Emperador.

Á los diez y siete años quedó ya al frente de los negocios de España, durante la ausencia de su padre, siendo asesorado por un consejo que presidia el ilustre duque de Alba, soldado valeroso y político de hierro, que

mereció la perenne y absoluta confianza de Cárlos V. Así se lo manifestó el Emperador á su hijo en una carta que al marchar le dejó escrita: «El duque de Alba es mi mejor ministro y mi soldado mejor.» Aconsejábale que le consultára en todo, y en los negocios militares con preferencia, pero sin descansar enteramente ni en él ni en nadie, sino en sí mismo, para no exponerse al peligro de que los demás se creyeran necesarios, y los nobles pretendieran imponerse. Concluia mostrándose satisfecho de las cualidades del príncipe, y le excitaba á ser cada vez más perfecto, recomendándole para esto la frecuencia de los Sacramentos.

Felipe, que además del natural afecto sentia por su padre una admiracion extraordinaria, como suele sentirla el talento por el genio, no olvidó jamás aquellos consejos, que fueron norma perpétua de su conducta.

En otoño de aquel mismo año contrajo su primer matrimonio. Amó tiernamente á su consorte, María de Portugal, que á los dos años, despues de dar á luz al infortunado príncipe D. Cárlos, murió en Valladolid, por haber satisfecho, segun dicen, el pueril antojo de comer un limon á los cuatro dias de su

parto [1]. Golpe doloroso para el jóven corazon de Felipe, que necesariamente habia de contribuir á aumentar las sombras de su carácter.

En 1548 quiso el Emperador que visitára los Países-Bajos, y Felipe, obediente al deseo de su padre, salió por primera vez de España, acompañado de una brillante comitiva, propia del heredero del Soberano más poderoso de la tierra. Tuvieron allí afectuoso y entusiasta recibimiento; pero en honra de la verdad es fuerza decir que Felipe y el pueblo flamenco, minado ya por las revueltas políticas y religiosas que promovió la herejía luterana, no simpatizaron. Era agradable la figura de Felipe: sus ojos azules, su cabello rubio, su tez delicada y algo pálida, más bien denotaban dulzura que severidad: era bien formado y esbelto, aunque de estatura ménos que mediana: la nariz corta y un poco levantada, y el lábio inferior saliente, como todos los Austrias, le asemejaban á su padre. Pero la extremada sencillez de su traje, la gravedad de sus maneras, su hablar pausado y bajo, el desconocimiento absoluto de la lengua del país, que le obligaba á parecer ménos franco de lo que era por su natural, des-

[1] MINIANA, continuacion de la *Historia de España*.

agradaron á los alegres y expansivos flamencos, avezados á su Cárlos de Gante, fácil en amoldarse á las inclinaciones de sus pueblos, como hombre que habia aprendido en los campamentos á tratar con soldados de casi todos los reinos de Europa.

No tuvo mejor suerte con los alemanes cuando dos años despues (1550) acompañó á su padre á la Dieta imperial de Augsburgo. Aquellos incansables bebedores de cerveza notaron con asombro que el hijo del Emperador no bebia más que agua. Tambien, como el flamenco, ignoraba el aleman: detalle en apariencia baladí, pero importante para cautivar á la multitud, que suele pagarse más de lo que está al alcance de sus sentidos que de lo que satisface al entendimiento.

Cabalmente aquello mismo que no agradaba en Felipe á flamencos y alemanes, era para los españoles motivo singular de amor hácia su futuro Soberano. El cual les correspondia con tan entrañable afecto y tan puro españolismo, que no veia la hora de volver al seno de su amadísima pátria. Volvió, por fin, en 1551, para salir de nuevo en 1554 con rumbo á Inglaterra, á contraer su segundo matrimonio con María Tudor, la católica

princesa que habia ceñido la corona británica por muerte de su hermano Eduardo VI, derrotando al duque de Northumberland y demás defensores de la usurpadora Juana Grey, la cual, con el duque y su hijo, pagaron en el cadalso su pertinacia en promover sediciones contra la legítima hija de Enrique VIII.

Este matrimonio, tan estéril por desgracia para la Iglesia como para los contrayentes, habia sido proyectado por el Emperador, que le juzgó medio seguro de devolver á Roma la numerosa y preciada grey que le arrebatára la brutalidad de Enrique.

Implantar de nuevo el Catolicismo en Inglaterra no podia ménos de ser un pensamiento lisonjero para la piedad ferviente de Felipe y de María; y ambos convinieron en ello con noble entusiasmo, á pesar de la diferencia de su edad respectiva. María contaba treinta y siete años, y Felipe veinte y siete. Dios habia dotado á la Reina de notables excelencias de espíritu; y eran de admirar en ella la fortaleza de ánimo, la claridad de inteligencia y la piadosa fé de su corazon cristiano; pero faltábanle todos los atractivos de la hermosura. Felipe no vaciló, sin embargo. Tratábase de

salvar á un pueblo de la herejía, restituyéndole al seno maternal de la Iglesia romana, y el hijo de Cárlos V posponia todos los gustos é intereses de la tierra á tan generoso intento.

El 12 de Julio de 1554 se embarcó en la Coruña, á las once de la mañana, acompañado del duque de Alba, de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Éboli, del conde de Egmont y otros personajes famosos de la córte, siendo el ilustre D. Álvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz, el que mandaba la escuadra, que se componia «de cien naos y cincuenta zabras, todas á una muy lucidas por todo extremo, entre las cuales hubo nao que llevaba, por ambas partes, trescientos tiros de bronce [1].»

Fué recibido en Inglaterra como era del caso, y la Reina le dió muestras expresivas de amor y respeto. Los católicos ingleses saludaron en el príncipe al restaurador de la Iglesia, y los protestantes á un terrible enemigo, que venía á reforzar los propósitos de la inquebrantable María. Pero Felipe era ex-

[1] *Viaje de Felipe II á Inglaterra*, por Andrés Muñoz (impreso en Zaragoza en 1554), y relaciones várias relativas al mismo asunto, dadas á luz por la sociedad de bibliófilos españoles. Madrid, imprenta de Aribau y Comp., 1877.

tranjero, la Reina delicada de salud, Isabel, su media-hermana, acechaba con impaciencia la hora de su muerte, y la nobleza corrompida no podia volver sinceramente al seno de una Iglesia que reprobaba sus crímenes: todo lo cual era grave obstáculo para una restauracion como la habia soñado el católico Emperador. «Puede tenerse por cierto, dice Baumstark, que un Rey católico, salido de la nacion misma, hubiera en poco tiempo dado cima de una manera completa y duradera á la obra de la reconciliacion de su país con la Iglesia.»

Felipe, sin embargo, siguió una conducta política intachable durante su permanencia en Inglaterra. Aunque sólo podia influir superficialmente, complacíase en satisfacer las constantes consultas de la Reina, que admiraba las prendas intelectuales de su real esposo.

El cardenal Polo, Legado Pontificio y varon eminente en saber y en virtud, fué el encargado de reconciliar á Inglaterra con la Iglesia por medio de una absolucion general. Con tal motivo la Santa Sede, madre siempre generosa y prudente, dejaba la propiedad de los bienes de la Iglesia en manos de los que

la habian detentado desde el tiempo de Enrique VIII; pero la Reina, *que preferia perder diez reinos á exponer la salvacion de su alma*, se obstinó en restituir á la Iglesia los bienes confiscados en provecho de la Corona [1]; rasgo de admirable piedad, pero no de tacto político, pues por algo la Santa Sede habia hecho aquella concesion, y el cardenal Polo la habia aconsejado [2]. Ignórase la parte que en esto tomó nuestro príncipe D. Felipe, y si tomó alguna; aunque, dada la firmeza de sus convicciones, puede sospecharse que no viera con malos ojos la resolucion de su noble esposa.

En lo que indudablemente no influyó para nada fué en las persecuciones, más disculpables que oportunas, que siguieron á la restauracion católica: pues el mismo confesor de D. Felipe se opuso á ellas enérgicamente, secundando las miras del cardenal Polo [3]; y es de creer que áun la Reina, atenta á los consejos de tan respetables varones, no las ordenase, limitándose á tolerar de las autoridades inferiores una revancha incompleta de las horribles matanzas que ántes habia dispuesto el apóstata Enrique.

1 BAUMSTARK, *Felipe II, rey de España*, pág. 21.
2 Idem, id.
3 Idem, id., pág. 23.

Negóse el Parlamento á reconocer por rey de Inglaterra á D. Felipe, como deseaba la Reina; no se cumplió el vivo deseo de esta princesa, de tener un sucesor que burlase las esperanzas de la astuta y protestante Isabel, y en cambio su esposo D. Felipe tenía que separarse de ella para acudir al llamamiento de su padre, resuelto ya á despojarse de sus soberanas insignias, trocándolas por la humilde vestidura del cenobita.

Quedó la Reina sola y triste enfrente de una nobleza traidora, que se habia reconciliado en apariencia no más con la verdadera fé de Jesucristo, y de un pueblo en el cual debian haber buscado apoyo desde el principio, y que, objeto de torpe indiferencia, correspondia con igual desden á sus poco avisados gobernantes. Felipe en tanto llegó á Flandes, donde recibió en Octubre de manos de su padre el gobierno de los Países Bajos, y en Enero del año siguiente (1556) el cetro de la gloriosa Monarquía española. En la primera ceremonia de abdicacion tuvo el cardenal Granvela que dirigir la palabra á los representantes flamencos, en nombre de su nuevo Soberano; en la segunda fué el consejero Jacobo Massio el encargado del discurso. El nue-

vo Soberano, allí como en Inglaterra, no podia entenderse directamente con sus súbditos; nimia dificultad que explotaron, sin embargo, los que ya acariciaban el pensamiento de sacudir juntamente el yugo maternal de la Iglesia y el de España.

Hé aquí, pues, el breve relato de la vida de D. Felipe II hasta la edad de veinte y nueve años, en que subió las gradas del trono español.

Hémosle visto fervoroso católico desde la infancia; poco dado á las expansiones propias de la juventud, aunque afable y bondadoso siempre; fuera de su centro cuando no estaba entre sus amados españoles; y dócil y obedientísimo á las menores indicaciones de su padre, cuya superioridad parecia fascinarle. No le hemos conocido guerrero, porque no lo era; pero en el tiempo que regentó á España y se sentó al lado de la reina María de Inglaterra, dió claras señales de pericia política, de consumada prudencia y de laboriosidad incansable.

Sus cualidades eran distintas de las del Emperador invicto. No se advertia en él ningun rasgo de vigorosa iniciativa; ardia, empero, dentro de su alma la inextinguible luz

de la fé religiosa, por la cual todos los sacrificios le parecian escasos. Las circunstancias políticas, aliviadas en la superficie, iban agravándose por instantes en el fondo. Un jóven de veinte y nueve años se disponia á luchar con ellas á brazo partido. Lucha gigantesca, que no habia de terminar sino con la vida del rey Felipe y con el principio de la decadencia de España.

CAPÍTULO III.

El pensamiento de Felipe II.—Guerra con el Pontífice.—Conducta intachable del rey de España.—Guerra con Francia.—La paz de Cateau-Cambresis.—Estado de Europa.

Si la primera condicion de un gran Rey es que tenga un pensamiento generador de su política, al cual encamine todos sus esfuerzos y sacrifique hasta sus propios particulares intereses nadie puede negar que Felipe II cumplió con aquella condicion, mereciendo, por esto mismo, ser contado entre los grandes Reyes.

Nutrido de las enseñanzas católicas, avezado á respirar desde niño en esta atmósfera española, que la guerra contra infieles de siete siglos y el gobierno enérgico de D. Fernando y doña Isabel, auxiliados del gran Cisneros, habian, por decirlo así, impregnado de ódio á la infidelidad y la herejía; acostumbrado á ver, por otra parte, en Cárlos V, más

que al fundador de la preponderancia austriaca en el mundo, al campeon valeroso de la fé contra turcos y protestantes, el rey Felipe se creyó desde el momento de su exaltacion al trono llamado por Dios á la gloriosísima tarea de salvar á la Iglesia católica de los peligros que por todas partes la cercaban.

Al pasear su mirada por Europa no vió, en efecto, nadie que con más razon pudiera creerse destinado á esta providencial empresa. El Imperio, incomparablemente ménos poderoso que la Monarquía española, estaba amenazado de los príncipes apóstatas que habian vendido á Jesucristo por treinta dineros. Francia, bajo la mano de los ineptos Valois, se entretenia en poner obstáculos á la grandeza de España, á la cual insensatamente mostraba más temor que á la propagacion del calvinismo. Inglaterra, mera auxiliar entónces del Monarca español, callaba entre tímida é indiferente á los piés del trono de la Tudor, en la seguridad de que la ambicion de la princesa Isabel volveria á abrir la válvula á las rapacidades y concupiscencias del anglicanismo. Sólo Felipe, dueño de dos mundos, podia luchar contra aquel enemigo formidable que suscitó el fraile apóstata de Wi-

temberg, removiendo la corrupcion de muchos conventos y explotando la codicia de príncipes y nobles descreidos.

Comprendió Felipe, demás de esto, que el protestantismo no era sólo una herejía perturbadora de la unidad é integridad de la Iglesia romana, sino una doctrina política y social á un tiempo, que lógicamente despertaba las más viles pasiones del populacho, arrastrándole á todos los excesos comunistas, como lo demostraron de espantosa manera los fieros secuaces de Muncer. Ni era menester, por supuesto, que Felipe considerase el protestantismo desde este punto de vista; bastábale tener el conocimiento de que sólo la union íntima entre la Iglesia y el Estado podia mantener el prestigio de la autoridad soberana, y evitar discordias sangrientas entre los hijos de una misma pátria, para que pusiera todo su conato en librar á España y áun á Europa de tan detestable peste.

¿Atreveráse álguien á censurar el pensamiento de Felipe II cuando la experiencia probó hasta la saciedad, con las guerras intestinas de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de Flandes, producidas por la ruptura de la unidad religiosa, que el rey de España

amaba con amor verdaderamente paternal á su pueblo, al proponerse salvarle de aquellos infortunios arrancando de raiz la venenosa planta de la herejía? Ni hay comparacion razonable entre los medios que empleó Felipe dentro de sus vastísimos Estados para lograr su objeto, con los que pusieron en práctica los Reyes y jefes de secta para lograr el objeto contrario.

Pero ¡oh sarcasmo de la fortuna! no bien Felipe se vió desde el pináculo de su poder en disposicion de agrupar en torno de sí las fuerzas católicas de Europa para arrojarlas sobre el audaz é implacable enemigo, tropezó con el obstáculo que ménos podia imaginarse, y que debió lastimar hondamente aquel cristiano corazon, destinado, al parecer, por la inescrutable providencia de Dios, á sufrir las más graves heridas en sus más íntimos sentimientos. El obstáculo, en aquella ocasion, vino de Roma.

Ocupaba por aquel entónces el sólio pontificio el anciano Paulo IV, que, al decir de un escritor católico, unia á un talento brillante y una instruccion profunda, una gran severidad de costumbres y hábitos ascéticos; pero, segun se desprende de su conducta, anublaba

estas excelentes cualidades su carácter irascible y violento, y su débil complacencia á las interesadas sugestiones de sus sobrinos los Carrafas, y singularmente de Cárlos, enemigo tenaz de los españoles y de los Colonnas, y más amigo de su prosperidad particular de lo que convenia al bien de la Iglesia y del Pontificado.

Puede decirse en disculpa de Paulo IV que tal vez le cegaba su amor á la independencia de Italia, del cual todos los Pontífices han dado mayores muestras que los modernos patriotas, sistemáticos perseguidores de la Santa Sede so capa de patriotismo; y áun quizá cabe añadir que la excesiva preponderancia de España alteraba el equilibrio europeo, con peligro de la libertad de los Estados pequeños; consideracion que justificaba la hostilidad de algunos Pontífices contra la monarquía española. Pero así y todo, no es posible defender la conducta de Paulo IV respecto de Felipe II, precisamente cuando éste se disponia á emprender una campaña general contra el protestantismo, y ansiaba, para conseguir mejor este generoso intento, firmar una paz duradera y estable con Francia.

Dejóse llevar Paulo IV de los malos conse-

jos de su sobrino Cárlos, y comenzó á solicitar la alianza francesa, de la cual necesitaba forzosamente para expeler á los españoles del reino de Nápoles. Accedió Francia á las secretas solicitudes del Papa, y procediendo aquélla con una doblez que la historia no calificará jamás sobrado duramente, no se sabe si fué ántes su compromiso con Roma que su firma y juramento en la tregua de cinco años que estipuló con España. ¡Notable ejemplo de perfidia política, indigna de Soberanos católicos, áun despues de haberse tenido á Maquiavelo como texto de las córtes de Europa!

No era hombre Felipe II para dejarse arrebatar ni un átomo de la herencia que habia recibido de su padre, y de la cual él se juzgaba en legítima é indiscutible posesion. Declaróle el Papa, con mal acuerdo, usurpador del reino de Nápoles, so pretexto de la falta de pago de un tributo á la Santa Sede, y comenzaron por ambas partes los preparativos belicosos: por la del Papa con una actividad y una decision dignas verdaderamente de mejor causa; por la de Felipe con aquella repugnancia honrosísima que manifestó siempre en el curso de este desagradable negocio.

Persiguióse á los españoles en Roma con injustificado encarnizamiento. Redújose á prision á Garcilaso de la Vega, enviado por el Rey para desvanecer la guerra y aplacar la ira del Papa; y sin embargo de esto, el mismo duque de Alba, tan inflexible y duro en sus determinaciones, ántes de ponerse en marcha sobre Roma en son de guerra, envió á Pirrho Lofredo, noble napolitano, para ver si era posible componer aquella discordia [1]. Pero Lofredo tuvo la misma suerte que Garcilaso, sin que le valiera su carácter de embajador. En tanto, Cárlos Carrafa logró vencer los últimos escrúpulos del rey de Francia, absolviéndole del juramento que habia prestado en su tregua con España; y esto conseguido, creyóse el Pontífice en disposicion de sacudir el dominio de los españoles en Italia.

El rey D. Felipe, moderado y prudentísimo hasta más no poder, sometió su litigio con el Papa al exámen de eminentes teólogos y juristas, que unánimemente le dieron la razon [2], armado de la cual, ordenó al vi-

[1] MINIANA, continuacion de la *Historia de España*.

[2] Tratando de asegurar su conciencia, consultó el caso con los más eminentes teólogos y jurisconsultos, deseando saber si era lícito pelear contra el Pontífice, y áun antici-

rey de Nápoles, duque de Alba, que moviese su ejército contra Roma.

El habilísimo general español llegó sin gran trabajo, llevando siempre la victoria por delante, á las mismas puertas de la Ciudad Eterna, con gran terror de sus habitantes, que aún no habian olvidado el asalto del Condestable de Borbon. Rogaron los Cardenales al Pontífice que accediese á una paz que los españoles solicitaban con tanto empeño, vencedores y todo; pero el Pontífice, aunque dió algunos pasos en este sentido, á los cuales correspondia solícito el duque de Alba, mostró bien pronto que sólo queria ganar tiempo para que llegasen los refuerzos que esperaba de Francia. Llegados los cuales, bajó las órdenes del ilustre duque de Guisa, encendióse la guerra con nuevo vigor y vária fortuna, aunque á la postre favorable á las armas de Felipe. Contribuyó no poco á este resultado la victoria de San Quintin, que aterró al rey de Francia, obligándole á llamar apresuradamente, en socorro de su pro-

pársele para evitar una injusta agresion. Hay un notable parecer de Melchor Cano; opinaron que debian primero emplearse las súplicas y los ruegos, y si no bastaren, la defensa era de derecho natural. (D. ANTONIO CAVANILLES: *Historia de España,* tomo v, páginas 333 y 334.)

pia tierra, al duque de Guisa, dejando que la ajena se defendiese como Dios le diera á entender.

Este último golpe acabó de amansar al iracundo Pontífice, que aceptó las condiciones de paz de su generoso enemigo. Felipe las suavizó cuanto pudo, mostrándose en tal ocasion tan humilde y devoto hijo de la Iglesia, como lo habia sido siempre y lo fuera despues hasta el postrer instante de su vida.

El duque de Alba pidió perdon de rodillas al Romano Pontífice y besóle el pié por haberle hecho la guerra, aunque en defensa propia y justa: que aquellos hombres, nutridos de la fé católica, sabian distinguir perfectamente lo que era efecto de las circunstancias políticas y de las flaquezas humanas, de lo que atañia á los derechos de la Santa Sede y á la significacion altísima del Vicario de Jesucristo.

Queda, pues, manifiesto que en este peligroso asunto la conducta del rey Felipe no pudo ser más recta ni más ajustada á las obligaciones de un príncipe cristiano. Á fuer de buen español, defendió enérgicamente la integridad del territorio que legítimamente habia heredado de sus padres; á fuer de católico,

agotó los medios que tuvo á mano para evitar aquella inoportuna y escandalosa guerra, apresurándose á hacer la paz con las condiciones ménos humillantes para quien, si era enemigo en el campo de batalla, era Padre espiritual y Maestro infalible sentado en la Cátedra de San Pedro.

Casi con igual repugnancia seguia D. Felipe la guerra contra Enrique de Valois. Incapaz este Rey de comprender los peligros que amenazaban á las dinastías católicas en aquella época tormentosa; sucesor del ódio y la envidia que Francisco I tuvo á la gloria de Cárlos V, se creia obligado neciamente á persistir en una lucha desatinada, que si más tarde pudo ser algo ventajosa para Francia, entónces no daba otro resultado que el de acumular infecundos laureles sobre España, arruinándose, empero, ambos contendientes, con extrema satisfaccion y ventajas positivas de los herejes, que se organizaban y crecian, al ver empleadas las fuerzas de los católicos en recíprocas querellas. ¡Ley constante de la historia! Las discordias de los buenos favorecen los triunfos de los inícuos. Harto poco hubiera progresado la secta protestante si los príncipes que permanecieron fieles á la Sede

Romana hubieran desde el primer momento pactado treguas, para formar todos juntos una apretada legion que aplastase la cabeza del mónstruo luterano. ¿Pero qué habia de suceder en tiempos en que un Monarca Cristianísimo se aliaba con el imperio turco para abatir la preponderancia de un imperio católico? ¿Cómo el error no habia de penetrar holgada y fácilmente por todas partes, cuando los mismos fieles abrian espaciosa brecha en la muralla de la verdad?

Parecia natural que el Rey católico de Francia viese con temor los progresos crecientes de la secta en los Países Bajos, y que por ningun motivo pusiera obstáculos á la política de Felipe II, empeñado en sofocar el incendio revolucionario que amenazaba devorar á Flandes. Todo ménos que esto. Enrique II aprovechó precisamente esa ocasion para molestar al rey de España; pero quiso Dios que la victoria de San Quintin, en la cual se distinguió notablemente el conde Egmont, y más tarde la de Gravelinas, alcanzada por este mismo valeroso capitan, abriesen los ojos del insensato Enrique, poniéndole en disposicion de firmar paces con su invencible competidor.

La política descabellada de Enrique le habia valido tambien la enemistad de Inglaterra, cuya Reina no habia menester grandes motivos para favorecer á su esposo el rey de España. Sólo que, aguijoneado el patriotismo francés por aquellos terribles desastres, aplacáronse por un momento las intrigas de la córte, reorganizáronse las tropas lo mejor que se pudo, y encomendóse á Francisco de Guisa la direccion de la campaña, el cual comenzó su tarea por la admirable sorpresa de Calais, plaza fuerte que los ingleses poseian desde el tiempo de Eduardo III. Golpe fatal para la Tudor, y favorable para los muchos enemigos que Felipe tenía en el reino británico; pero de exíguas ventajas para los franceses, que no consiguieron evitar su derrota de Gravelinas.

Felipe, de natural pacífico, sólo buscaba una ocasion para dar fin á aquella guerra, cuyos laureles más le pesaban que le complacian. Despues de la batalla de San Quintin, aconsejóle Gonzaga que marchase sobre París, ántes que el enemigo se rehiciese. Pero Felipe prefirió tomar las plazas de aquella frontera y afirmarse en el terreno conquistado, siempre con el propósito de ver si Enri-

que volvia en sí de la enemistad que le cegaba. Como acontece de contínuo, los reveses pudieron más que las razones; y á pesar de los grandes aparatos bélicos que de una y otra parte se hicieron como para acabar la contienda en una descomunal batalla, entabláronse las negociaciones preliminares, comenzando el rey Felipe por conceder la libertad al conde de Montmorency y á su hijo, prisioneros en San Quintin, el cual conde, con el cardenal de Lorena y otros, fueron nombrados por el rey de Francia para tratar de la paz, siendo el de España representado por el duque de Alba, Ruy Gomez de Silva, el príncipe de Orange y el cardenal Granvela. Hubo no pocas dificultades que vencer, principalmente por el empeño que mostraron los ingleses en que se les devolviese la plaza de Calais. Felipe, como esposo de la Reina, sostenia, aunque débilmente, las pretensiones de Inglaterra, y esto fué causa de que se prolongáran las negociaciones sin llegar al apetecido resultado.

Mas túvose á la sazon noticia de que la reina Tudor habia muerto el 17 de Noviembre de 1558, y de que su hermana Isabel, la hija adulterina de Ana Bolena, habia subido al

trono de Inglaterra sin oposicion; y este triste suceso, que afligia doblemente el corazon de Felipe, porque al perder á su noble esposa perdia para siempre la esperanza de conservar el dominio de la fé católica en la isla de los Santos, facilitó, sin embargo, el término de la paz, tan anhelada por el piadoso hijo de Cárlos V.

Isabel, que se apresuró á restablecer la herejía introducida por su padre y á seguir el ejemplo de sus bárbaros perseguidores, no quiso poner obstáculo ninguno á la proyectada paz, y convino en ceder la plaza de Calais; con lo cual pudo firmarse el tratado, á 3 de Abril de 1559, en Cateau-Cambresis.

Como prueba de que Felipe era movido siempre de aquel noble sentimiento religioso que forma el carácter especial de su política, es bien advertir que una de las primeras cláusulas del tratado fué que ambos Monarcas procurasen con todas sus fuerzas mantener la Religion católica; y para sujetar con los lazos del amor la terminada alianza, convínose en que Felipe se uniria en matrimonio con la princesa Isabel, hija del rey Enrique, que fué apellidada de la Paz, por haber sido como el íris despues de la sangrienta tempestad que

habia arrasado los campos de uno y otro contendiente.

Mas no porque Felipe atendiese sobre todas las cosas al interés de la Religion, que tanto influia en sus deseos pacíficos, se vaya á creer que olvidaba los intereses del Estado. La paz de Cateau-Cambresis era ventajosa para España, porque recobraba todo lo que habia perdido en Italia y en los Países Bajos, á cambio de las conquistas que hiciera en el Norte de Francia, miéntras ésta perdia cuanto habia ganado en los últimos años de Cárlos V: de modo que, sea cualquiera el modo de considerar á Felipe en este asunto, siempre resulta prudente y acertado como político, fiel cumplidor de sus deberes como católico, y solícito por el bien de su pátria como español.

Puede decirse, sin embargo, que las dificultades hasta entónces vencidas con singular fortuna eran nada en comparacion de las que iban á presentarse en adelante. Los príncipes que más habian figurado hasta entónces en la gran escena del mundo, desaparecieron en breve espacio de tiempo. En Setiembre del 58 moria el gran Cárlos V en el monasterio de Yuste; en Noviembre del mismo año

bajaba al sepulcro María Tudor, como ya hemos dicho, y el 9 de Junio del 59 espiraba Enrique II de Francia, á consecuencia de la herida que recibió de manos del conde de Montgomery en el torneo que se celebró para festejar las bodas de la princesa Isabel con el rey de España.

Francisco II, sucesor de Enrique y esposo de la infortunada María Estuardo, pasó como un relámpago por el trono de Francia, de cuyo gobierno se encargó Catalina de Médicis, viuda de Enrique, como tutora de su hijo menor Cárlos IX.

Resultaba, pues, que en Alemania habia un Emperador rodeado del incendio protestante, para apagar el cual hubo de hacer funestas concesiones á los sectarios, que diariamente se multiplicaban en número y en doctrinas á cual más perniciosas y desatinadas.

En Inglaterra, la pérfida y lujuriosa Isabel se proponia borrar hasta las últimas huellas del Catolicismo. En Francia, la ambiciosa Catalina, fluctuando constantemente entre los hugonotes y los católicos, dejaba crecer la planta ponzoñosa que pronto habia de envenenar el reino de San Luis.

En Flandes hervia el volcan de las nuevas

ideas, mal comprimido por los severos, aunque no practicados decretos del Emperador difunto.

Por todas partes amenazaba la tempestad, y el rey Felipe era el único poder secular que se atrevia á desafiarla con arrogante corazon y fé inquebrantable...!

CAPÍTULO IV.

El protestantismo en España.—El protestantismo era la revolucion social y política.—El rey Felipe y los estados de sitio.—Eficacia de los castigos.—El príncipe D. Cárlos.

El rey Felipe habia vuelto á su querida España, despues de encomendar el gobierno de los Países Bajos á su hermana Margarita, hija natural que hubo en una señora flamenca del mismo nombre el emperador Cárlos V, cuatro años ántes de casarse.

Durante la ausencia del Rey, el inquisidor general D. Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, habia cortado con mano vigorosa algunas yerbezuelas protestantes que importáran de Alemania hombres como Agustin Cazalla, convertido de pastor en lobo, segun frase de Miniana, y otros tales, que llegaron á inficionar hasta los conventos de ambos se-

xos, los cabildos, y tal vez alguna Sede episcopal, segun llegó á sospecharse de la de Toledo, ocupada por Fr. Bartolomé de Carranza.

Imagínese el sobresalto de Felipe al saber que su propia casa era infestada de la peste, miéntras él procuraba libertar á la ajena de este daño; y calcúlese con qué cuidado y con cuánta resolucion no procuraria atajar el mal, no bien puso los piés en las costas de su amadísima pátria. Pero los castigos que entónces y despues cayeron sobre los herejes no pueden ser vituperados por nadie, sin ultraje manifiesto de la imparcialidad y de la justicia. Para juzgarlos sériamente es fuerza considerar el estado de los demás reinos de Europa.

Se estaba viendo en Alemania sucumbir á un Emperador á las exigencias de los herejes, por evitar mayores males, aunque no el de la discordia, que debe contarse entre los mayores. Se veia en Inglaterra á una Reina impúdica arrojar de sus Estados ó encerrar en hediondos calabozos á Obispos, sacerdotes y fieles, usurpándoles cuanto poseian, y haciendo á muchos pagar con la vida la firmeza de su fé. En Francia, miembros ilustres

de la familia real como los Borbones, y personajes importantes como Coligny y otros muchos, habian abrazado la secta calvinista, y conspiraban, ya tenebrosa, ya abiertamente, contra la seguridad del Estado y la influencia de los Guisas, jefes de los católicos, hasta el punto de haber intentado, en la famosa conspiracion de Amboise, apoderarse del rey Francisco y tenerlo sujeto á los caprichos de la secta, que trataba de imponerse á viva fuerza á todo un pueblo en cuyo corazon se conservaba arraigado todavía el amor al Catolicismo.

Es decir, la Revolucion, para darle el nombre moderno, levantaba arrogantemente la cabeza en todas partes; y no sólo con las armas de la ciencia y de la propaganda pacífica, sino con las de bien templado acero, intentaba trastornar el órden de cosas establecido, dando (como hoy acontece) á los Reyes apóstatas atribuciones, jurisdiccion y derechos que por ningun concepto les corresponden, y procurando minar los tronos de los Monarcas que no vendian su conciencia al diablo. ¿Qué habia de hacer Felipe II? ¿Qué hacen hoy los gobiernos todos, áun los ménos conservadores, cuando se ven amenaza-

dos de un enemigo poderoso, que cuenta con elementos para encender una guerra civil? Esos ignaros charlatanes, de cuyos lábios está brotando constantemente la palabra *intolerancia*, como estigma perpétuo de la política de Felipe II, ¿han inventado algunos medios suaves, cariñosos, persuasivos, para impedir las conspiraciones y apagar el incendio de las revueltas intestinas? Es cierto que hoy no arrojan á la hoguera á los secuaces de un partido que conspira; pero ¿acaso no fusilan á veces hasta sin formacion de proceso? ¿Acaso no confiscan bienes, no destierran á familias enteras, no envian á las más remotas colonias á hombres sospechosos, entre los cuales han resultado no pocos inocentes, y hasta de temperamento inofensivo?

Causan horror las sentencias y los procedimientos de la Inquisicion, y á este tribunal severo, pero incorruptible entónces y escrupuloso como ninguno, cosa que no puede decirse de todos los tribunales que hoy funcionan en la Europa regenerada, parece que quiere unirse estrechamente la figura de Felipe II, en quien muchos no pueden ver otra cosa que una especie de familiar del Santo Oficio. Pero ¿cómo tienen valor para horripilar-

se de tales cosas los que han inventado los consejos de guerra y los estados de sitio, que ponen á un país entero al caprichoso arbitrio de un oscuro soldado, cuyas únicas nociones de autoridad y de gobierno están reducidas á los artículos de la Ordenanza?

Á lo ménos debian considerar que Felipe II, enfrente y en medio de aquella Europa que hervia como las entrañas de un volcan, no hizo más de lo que ellos hubieran hecho en su caso y en su conciencia católica: poner en estado de sitio, como quien dice, el territorio que estaba bajo su imperio soberano. Con la particularidad de que aquel estado de sitio no suspendia ningun derecho constitucional, ni impedia la reunion de las Córtes castellanas y aragonesas, limitándose á aumentar la vigilancia y el rigor sobre los culpables, y á concentrar excesivamente (y cúlpese de este exceso al protestantismo) el poder monárquico con perjuicio de las instituciones representativas que habia formado el libre y admirable espíritu de la Edad Media.

Despues de todo, Felipe, al volver á España á seguir atentamente desde su gabinete la marcha de los gravísimos sucesos que conmo-

vian el mundo, no hizo otra cosa que dejar al celo del tribunal competente y á la arraigadísima fé del pueblo español, el cuidado de extirpar los gérmenes de la herejía; y ciertamente que en este punto pocos Reyes habrá habido en el curso de la historia que hayan sido intérpretes más exactos de esa opinion pública, á la cual se conceden hoy generosamente los atributos de la soberanía.

Además, sería injusto negar un gran fondo de clemencia en la misma severidad de aquellos castigos: porque el acierto y la oportunidad con que se hicieron salvaron á muchos de caer en las redes de la secta, y fueron causa de que España gozase de una paz interior admirable, miéntras el resto de Europa era un perpétuo campo de batalla.

Y por lo que toca á la eficacia de los castigos, hable por nosotros un protestante, cuyas palabras justifican plenamente, contra la voluntad del autor, la conducta del rey Felipe:

«Ni jamás ha habido persecucion alguna de tan completos resultados. Dícese que la sangre de los mártires es el cimiento sobre que se funda una iglesia *(cierto, cuando la Iglesia es verdadera)*; pero el implacable azote con que se castigó á los protestantes españo-

les se asemejó al rigor que acabó con los albigenses del siglo XIII, que no quedó ni gérmen de ellos que se reprodujera en lo sucesivo. *(Prueba de la falsedad de su doctrina.)* Bien puede gloriarse España de haber desarraigado por completo la zizaña de la herejía... etc. [1].»

En efecto: gloria es de España y de su rey Felipe II haberse salvado de tan gran calamidad, sin que haya motivo para lamentarse, como hace Prescott, de que el aniquilamiento del protestantismo nos privase de la luz que en el siglo XVI iluminaba el resto de Europa, alentando á las naciones á grandes empresas en los diferentes ramos de la ciencia; pues que ningun pueblo europeo puede mostrar mayores glorias científicas y literarias en aquel siglo que el pueblo de la Inquisicion y de Felipe II.

¡Ah! Si las desdichas de Flandes y el empeño de Felipe en sostener años despues á los partidarios de *la Liga* contra todas las probabilidades de éxito, y el exceso mismo de nuestro poder en el mundo, no hubieran puesto á España en la pendiente harto rápida de la decadencia, no tendríamos que la-

[1] PRESCOTT: *Historia de Felipe II*, traduccion de don Cayetano Rossell.—Tom. I, pág. 458.

mentar acaso los reinados de Felipe IV y Cárlos II, en que brillaron apenas los últimos fulgores de nuestra grandeza pasada.

Mas dejemos esto para ocasion oportuna, y veamos á Felipe rodeado de sus españoles, que tributaron á la jóven reina Isabel de Valois los más delicados obsequios que el amor puede inventar, extendiendo á todas partes los beneficios de su gobierno paternal, pero comenzando ya á devorar otra de las penas con que Dios queria probar su resignacion cristiana. Como si no bastase la inquietud que le producia el estado de los negocios exteriores y las nubes que se iban amontonando sobre las provincias flamencas, hallóse con que su hijo Cárlos, huérfano de madre desde su nacimiento, y casi de padre hasta entónces, iba creciendo en malas inclinaciones conforme crecia en años, al mismo tiempo que mostraba en su cuerpo y semblante las señales de físicos padecimientos, capaces por sí solos de aumentar la irascibilidad de carácter que desde su más tierna infancia habia manifestado.

El príncipe Cárlos, hijo, como saben nuestros lectores, de la reina María de Portugal, primera mujer de D. Felipe, no habia logrado conquistar el cariño ni áun de sus nodri-

zas, á las cuales mordia cuando mamaba con tal fuerza, que tres de ellas estuvieron sucesivamente en peligro de muerte, de resultas de esa extraña costumbre del feroz pequeñuelo. Á los cinco años no sabía hablar: á los seis, su primera palabra fué un *no* muy acentuado. Á los siete fué puesto bajo la direccion de D. Antonio de Rojas: dos años despues, cuando Felipe tuvo que marchar á Inglaterra en 1554, nombró como preceptor de su hijo á Honorato Juan, uno de los hombres más distinguidos de su tiempo por la pureza de sus costumbres y la rectitud de sus sentimientos, el cual logró despertar alguna aplicacion en su régio discípulo, con gran contentamiento de su padre, que sentia no poco escozor en el alma cuando advertia las cualidades de que su hijo daba frecuentes y enojosas muestras.

El Emperador vió pocas veces á su nieto; pero no parece que debió quedar grandemente satisfecho de su carácter y condicion cuando en las dos semanas que estuvo á su lado en Valladolid, poco ántes de salir para Yuste, hubo de reprenderle con severidad por la conducta grosera que el príncipe observó respecto de su tia doña Juana.

Algun tiempo despues su aplicacion comenzó á decaer notablemente, á pesar de los esfuerzos de su preceptor y del cuidado de su nuevo ayo, García de Toledo, mostrando la misma ineptitud para los ejercicios corporales, con grave detrimento de su salud, que en 1557 fué aún más quebrantada por los accesos de una fiebre y por la ignorancia de los médicos de aquella época, famosos por su proverbial pedantería.

En el año siguiente restablecióse un poco; pero ya los adelantos intelectuales eran completamente nulos; de tal suerte, que su ayo tuvo intencion de mandarlo á Yuste, por ver si el Emperador lograba sacar algun partido de aquella naturaleza indócil, selvática y más enferma todavía de espíritu que de cuerpo. Mas el Emperador hallábase á las puertas de la muerte, y no atendia á otra cosa que á la salvacion de su alma.

No le faltaba motivo á García de Toledo para desear que cualquier otro se encargase de la direccion de aquel indomesticable pupilo, pues se cuentan de él rasgos de ferocidad verdaderamente increibles. Una de sus diversiones favoritas consistia en asar vivas liebres cazadas con lazo, y entretenerse en

contemplar los tormentos del inofensivo animal. Dícese que una vez arrancó de un mordisco la cabeza á un lagarto: otros afirman que á una tortuga[1]. Además debia ser dilapidador, pues por tener dinero vendia sus cadenas de reloj, sus medallas y hasta sus trajes.

Muerto el Emperador, á quien el jóven Cárlos temia mucho, sus preceptores vieron desarrollarse con más celeridad los malos instintos del príncipe, y escribieron á su padre amarguísimas quejas de su conducta. El rey Felipe contestó, lleno de moderacion y templanza, que insistiesen sin desanimarse en dirigir por buen camino los pasos del príncipe, esperando que con la edad variarian provechosamente sus inclinaciones. Sin duda Felipe confiaba en que su presencia bastaria para imponer respeto y temor al desdichado jóven, y en esta confianza vino á España, sin sospechar que aquel asunto doméstico habia de ser uno de los que más penas causarian á su corazon de padre y de Rey, y acaso el que sus enemigos habian de explotar con más encono

[1] CABRERA: *Historia de Felipe II.*—PRESCOTT: *Historia de Felipe II.*—GACHARD: *Felipe II y Don Cárlos.*—CHARLES DE MOUY: *Don Cárlos y Felipe II.*—BAUMSTARK: *Philippe II, roi d'Espagne.*—CAVANILLES: *Historia de España.*—MODESTO LAFUENTE: *Historia de España,* etc.

para presentarle á los ojos del mundo como un mónstruo rebelde á la ternura de los sentimientos paternales.

Pero la historia, adulterada por la mala fé y el ódio, abre al fin los tesoros de la verdad á quien imparcialmente los busca, y la historia va á demostrarnos que el rey Felipe, á pesar de la frialdad de su carácter, si de algo puede ser acusado en el negocio de la prision de su hijo, no es ciertamente de cruel y ligero, sino de irresoluto y débil, como lo fuera en no pocas circunstancias de su vida, segun hemos de ver en el curso de este relato.

CAPÍTULO V.

Felipe II y el príncipe D. Cárlos.

Aunque no resueltos definitivamente todos los puntos difíciles del estado general en que entónces se hallaba Europa, D. Felipe dejaba, al llegar á España, satisfechos los deseos más vehementes de su corazon.

Habia arreglado las diócesis de Flandes, que eran motivo de no pocos disgustos, poniendo al frente de los negocios políticos de aquellas provincias una persona de su propia sangre y de absoluta confianza, por lo cual parecia, á lo ménos, que la tranquilidad pública no peligraba, bien que en el fondo pendiera de un cabello, y habia además hecho las paces con Roma y Francia, objeto constante de sus esfuerzos, teniendo motivos para creer que las fuerzas de estos

reinos, junto con las de España, podrian en ocasion oportuna dar golpes de muerte al protestantismo, que era entónces la bandera de la revolucion universal.

De modo que, aunque inquieto y desasosegado por el porvenir, á causa de las discordias de la Alemania, de la hostilidad manifiesta de Inglaterra, de las sordas conspiraciones de los Países-Bajos y de la vacilante y doble política de Francia, D. Felipe gozaba de una satisfaccion relativa al considerar la tranquilidad presente y el poder colosal de la Monarquía española por todo el mundo reconocido en uno y otro hemisferio.

Justo era que el dueño de tantos Estados, perseguidor además de una gran idea política en que fundaba la existencia misma de la sociedad cristiana, meditase sériamente sobre el enorme peso que habia de dejar al sucesor de sus reinos, y sobre las calidades que necesitaba para que no desapareciesen de entre sus manos.

Es de sospechar, por tanto, que todo lo que se referia á su hijo Cárlos fuese particularísimo objeto de sus constantes meditaciones, y que diera á las noticias que acerca de sus adelantos y carácter recibia, tanta impor-

tancia como á los más graves negocios de Estado.

Supóngase lo que se quiera en la fria y reservada condicion de D. Felipe, no es posible negarle los sentimientos de padre y los cálculos de Rey para lo futuro; y como padre y como Rey, tenía vivísimo interés en que el heredero de la corona de España fuese por todos los conceptos digno de ceñirla y de continuar valerosamente la lucha empeñada contra la revolucion protestante.

Luego si D. Felipe no mostró alguna vez gran cariño á su hijo, ó hubo de apelar á recursos extremos y dolorosos para castigarle, sin duda alguna que á ello le obligaron irresistibles motivos.

Al llegar á España se apresuró á darle muestras particulares de consideracion y estima. Adornó su cuello con las insignias del Toison de Oro, y le llevó á su lado para presenciar algunos autos de fé, ceremonia popularísima, de cuya asistencia no podian prescindir demasiado las personas de la real familia sin despertar cierta desconfianza en el católico pueblo español, á quien nada le parecia bastante para conservar la integridad de la fé.

Cuéntase que presenciando en Valladolid

uno de esos autos, por Octubre de 1559, en compañía de D. Cárlos, oyó D. Felipe que uno de los reos impenitentes [1] le echaba en cara su suplicio, á lo cual el Rey contestó: «Si mi hijo cayese en el mismo error que vos, yo mismo llevaria la leña para quemarle.» Frase que por sí sola resume el pensamiento religioso y político de Felipe II, y denota el arraigo y la inflexibilidad de sus convicciones. Este rasgo, si no tuviera otros, bastaria para mostrar un carácter de grandeza extraordinaria; carácter que se admira en Bruto sacrificando á sus hijos por amor á la república, segun atinadamente advierte Baumstark, y que en Felipe II se vitupera como expresion monstruosa de su crueldad y fanatismo. ¡Y ciertamente que tiene autoridad la época moderna para horrorizarse de aquellas severas palabras, cuando no hay acto de tiranía y de barbarie que la Revolucion no justifique en sí misma, con el pretexto de la salud de la pátria! Pues si entónces corrian peligro, además de la pátria amenazada por el genio infernal de la discordia, la Religion en cuya defensa se habia peleado siete siglos, y la Mo-

[1] D. Cárlos de Seso, Sesse ó Sessé, que de todas tres maneras lo escriben los historiadores.

narquía restaurada en Covadonga á la sombra de la Cruz, ¿por qué ha de vituperarse la admirable entereza de Felipe II, dispuesto á sacrificarlo todo, hasta su propio hijo, en beneficio de tan sagrados intereses? De tal modo creemos que el Rey católico no hizo en este punto sino cumplir con el deber que le imponia su conciencia, y con la imperiosa ley de la necesidad política, que si fuera cierta la conseja tocante á la sentencia de muerte dictada contra su hijo por reo de herejía, no sabríamos pronunciar una palabra de censura; ántes bien nos consideraríamos forzados á ponderar la justicia de aquel Monarca que medía con igual rasero al oscuro menestral que al opulento magnate, á la seducida monja que al egrégio príncipe nacido para el trono.

Deseaba el Rey que D. Cárlos fuese cuanto ántes jurado cómo heredero del reino; pero un nuevo ataque de aquella fiebre que con tan pertinaz frecuencia le molestaba, impidió que se cumpliera el propósito de D. Felipe. Por fin, restablecido el príncipe de su dolencia, y terminados los agasajos con que se obsequió á la nueva y bondadosísima reina Isabel, verificóse la ceremonia de la jura en la catedral de Toledo el 22 de Febrero

de 1560, á la cual fiesta asistió el jóven D. Juan de Austria, héroe futuro de Lepanto, cuya gallarda figura contrastaba singularmente con la enfermiza y desairada de su ilustre sobrino.

Al año siguiente fué enviado el príncipe á Alcalá de Henares á proseguir sus estudios en la Universidad fundada por Cisneros. Acompañáronle D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, aquellos dos genios militares, prez y orgullo de las armas españolas, á cuyo contacto parece que hasta las sombras de la imbecilidad debian desvanecerse. Con razon nota este hecho singular y honroso el docto y malogrado historiador D. Antonio Cavanilles, en las siguientes palabras:

«Dispuso Felipe II lo que hoy, olvidados de la historia, han admirado tanto nuestros lectores en un ilustre Monarca francés. El príncipe D. Cárlos, D. Juan de Austria, hermano del Rey, y su sobrino Alejandro Farnesio, fueron á cursar á la Universidad de Alcalá de Henares y á aprender en aquel liceo letras humanas.»

¡Verdaderamente que era *oscurantista* el Rey que enviaba á tres príncipes de la sangre, el de Asturias inclusive, á estudiar á una

Universidad pública, ni más ni ménos que los hijos de un menestral!

Mas ni el cambio de aires produjo ningun favorable efecto en la naturaleza del príncipe, ni la compañía de sus insignes deudos en su miserable inteligencia. Voraz y desmesurado en la comida, sufrió algunas indisposiciones que se corrigieron fácilmente; pero extravagante y caprichoso en sus devaneos, hubo de prendarse de la hija del conserje del Palacio, y cierto dia que bajaba por una escalera secreta para ver el objeto de sus amores, cayó rodando y se hizo una terrible herida en el lado izquierdo de la cabeza [1]. La herida le causó una grave enfermedad, fácil de comprender en aquel cuerpo sujeto con no largas intermitencias á los accesos de la fiebre.

Apenas tuvo noticia el Rey de este desdichado contratiempo, salió precipitadamente para Alcalá, llevando consigo los mejores médicos de la córte, y dando órden de que en todo el reino se celebráran públicas rogativas por la salud del príncipe. El pronóstico de los galenos fué fatal, y él dolor de D. Felipe imponderable. Pasaba los dias en ora-

[1] Recientemente se ha descubierto en el palacio arzobispal de Alcalá la escalerilla por donde se cree que rodó el desventurado príncipe.

cion fervorosa, y su rostro manifestaba las señales de la pena y del llanto. Al decir de testigos oculares, era más lastimoso el dolor del padre que el estado del hijo. ¡Prueba concluyente, á fé nuestra, de que D. Felipe II no conoció la ternura de los sentimientos paternales respecto del príncipe D. Cárlos!

Recibió éste los Sacramentos con piadosa resignacion, pues no parece sino que le volvia el juicio y se le domaba la fiereza de su carácter al sentirse próximo á la muerte; y habiendo los médicos quedado libres de la presencia del Rey, determinaron hacer al enfermo la operacion del trépano, miéntras el duque de Alba, más confiado en la misericordia de Dios que en la ciencia de los hombres, ordenó que se llevase al cuarto del doliente el cuerpo del beato Fr. Diego, muerto en olor de santidad y enterrado en el convento de franciscanos de Alcalá. Tocó D. Cárlos con ardorosa fé las reliquias del santo varon, y á poco se sintió aliviado. Los médicos añadieron sangrías y ventosas al remedio espiritual, y fuera lo uno ó fuera lo otro, aunque vale más inclinarse á lo segundo que á lo primero, ello es que á mediados del siguiente mes de Junio el príncipe, restableci-

do, pudo visitar en su cámara al Rey, y recibir en sus paternales brazos muestras verdaderamente apasionadas de su entrañable afecto.

Pero la salud de D. Cárlos continuaba quebradiza como siempre, y aún más que ántes de la última enfermedad sufrida. Por añadidura, no se notaba enmienda ninguna en sus desarreglos; no es, pues, de maravillar que al año siguiente volviese á su habitual calentura, que le impidió asistir á las Córtes de Monzon, donde debia ser jurado como heredero del reino. Y á tal punto llegó á agravarse de nuevo su dolencia, que el infeliz jóven hizo testamento, persuadido á que irremisiblemente habia sonado la hora postrera de su vida. Equivocóse una vez más, no sabemos si por su buena ó mala fortuna, y á las dos semanas se le quitó repentinamente la fiebre.

Por aquel entónces, el embajador de Austria en Madrid, baron de Dietrichsteim, describió de oidas el aspecto físico y moral del príncipe, en los siguientes términos:

«Mis noticias no son muy buenas. El príncipe, segun se dice, es de tez blanca, de facciones correctas, pero muy pálido, con un hombro más alto que otro, con el pié dere-

cho más corto que el izquierdo, y es, en fin, algo tartamudo. Muéstrase razonable en algunas cosas; pero á veces diríase que no tiene más de siete años. Gusta de hablar y de enterarse de todo; pero sin fijeza, sin objeto y como por costumbre. Ni se ha notado en él hasta ahora ninguna disposicion intelectual, ni parece gozar en otra cosa que en comer; en lo cual es tan ávido, que apenas concluye una comida volveria á empezar sin inconveniente. Atribúyese á esta glotonería la causa de todos sus males, y créese que con semejante régimen no podrá vivir mucho tiempo, porque además no hace ejercicio ninguno. Es terco en sus resoluciones; lo que es tanto más de sentir, cuanto que no discierne el bien del mal, ni lo inútil de lo provechoso. No ha mostrado hasta ahora gran inclinacion hácia las mujeres: de donde infieren algunos *quod est impotens*. No falta quien asegura que su mal estado procede de que tiene un gran corazon y conoce que su padre le estima en poco; y añaden que todo procede de la mala educacion que ha recibido, que sus disposiciones naturales son buenas, y que en su infancia no era como ahora [1].»

[1] BAUMSTARK, *Philippe II, roi d'Espagne*, pág. 38.

Este mismo diplomático, despues de tratar personalmente á D. Cárlos, confirmó casi todas las apreciaciones anteriores, añadiendo que tenía las piernas desproporcionadas, y que pronunciaba mal las letras *b* y *r*. Por lo que toca á sus condiciones morales, nada tuvo que rectificar, bien que debió hacerlo respecto del juicio de aquellos que atribuian exclusivamente á la educacion del príncipe la ruina de su cuerpo y el trastorno de su espíritu, porque álguien pudo enterar al ministro austriaco de los antecedentes de la infancia que hemos indicado en anteriores páginas, los cuales ya daban á entender con claridad la torcida condicion de su naturaleza.

Un francés residente en Madrid por aquella época, calificó al príncipe de *homme épouvantable*: hombre atroz, loco, diríamos hoy [1].

Á pesar de todas estas cosas, que debian lastimar profundamente el corazon del Rey, éste le dió la alta participacion que le correspondia en el Consejo, con voz deliberativa; lo cual prueba que D. Felipe conservaba aún alguna esperanza de remedio en el lastimoso estado de su hijo.

Para mejor lograr el remedio, si le habia,

[1] BAUMSTARK, *Philippe II, roi d'Espagne*, pág. 60.

organizó el cuarto de su hijo, nombrando en lugar del difunto García de Toledo, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Éboli, ayo y mayordomo de D. Cárlos.

Esta acertadísima eleccion prueba lo mucho que D. Felipe se interesaba por el bien de su hijo, pues era Ruy Gomez político insigne, caballero cumplido y hombre que gozaba como nadie de la estimacion y confianza del Rey. Pruébanlo estas palabras, escritas en la real cédula expedida en 27 de Agosto de 1564, organizando el cuarto del príncipe: «Por cuanto mi voluntad es que todo lo tocante á la casa de dicho príncipe se gobierne, libre é despache por vos el dicho Ruy Gomez de Silva, y no por otra persona ninguna [1];» y estas otras que el mismo don Felipe dijo al embajador de Francia, M. de Saint-Sulpice: «Que no se le fiaria á nadie en el mundo más que á Ruy Gomez [2].»

Excusado es decir que el nuevo gobernador de D. Cárlos, así como todos los demás que estaban á su servicio, se desvivian por complacerle en cuanto no fuese contrario á

[1] SALAZAR Y CASTRO, *Casa de Silva*, parte segunda, citado por Muro, *Vida de la princesa de Éboli*.

[2] GACHARD: *Don Charles et Philippe II*, cap. VII, citado por Muro, *ut supra*.

su bienestar y arreglo. La reina Isabel, noble y virtuosísima señora, colmábale de bondades, y procuraba suavizar la justa severidad de D. Felipe, que, en medio de todo, seguia considerando á su hijo como al heredero del trono, á pesar de las escasas dotes de gobernante que mostraba en las sesiones del Consejo. D. Cárlos no expresó afecto más que á la reina Isabel, afecto en nada semejante á la ridícula pasion amorosa que el drama y la novela le han atribuido [1].

Á Ruy Gomez y al duque de Alba los aborrecia por igual, no más que por ser leales servidores de su padre y merecedores de su aprecio.

En cuanto á su padre, basta un detalle para demostrar que ni le profesaba amor ni le tenía respeto.

Solia el príncipe llevar anchas y pesadas botas, que aumentaban la natural fealdad de

1 Áun por aquel tiempo hubo sin duda de correr entre el vulgo la novelesca ficcion de estos amores y de los celos del Rey, porque el mismo Lope de Vega escribió una comedia en que parece desenvolverse una trama semejante á lo que el vulgo suponia. Llámase la comedia *El castigo sin venganza*. Pero si no hay motivo histórico para tales suposiciones, no lo hay tampoco racional. Basta leer la descripcion que hacia el obispo de Limoges al rey de Francia del estado lastimosísimo y miserable, del príncipe, para convencerse de que la reina Isabel sólo podia sentir hácia su hijastro el cariño de la más profunda compasion.

sus piés. D. Felipe, que era por demás minucioso en todas sus cosas, mandó que le hicieran otro calzado más conforme con el decoro y la exterior decencia del príncipe. Cuando éste recibió las nuevas botas hechas segun la moda corriente, las cortó en pequeñas tiras, mandó que las cocieran, y obligó al pobre zapatero á comerse aquel extraño guisote en el mismo cuarto de Su Alteza, y á presencia suya. Este rasgo verdaderamente increible, los escándalos nocturnos que daba por las calles de la capital, y las malas compañías de que gustaba, eran ya sobrado motivo para que el Rey hubiera tomado una determinacion enérgica con tan perversa criatura. Mas por entónces se contentó con rechazar hábilmente todas las proposiciones de matrimonio que de Austria y de Francia le hacian, fundándose en la mala salud de don Cárlos; bien que el Rey hubiera deseado unirle á la princesa Ana, hija del emperador Maximiliano II, ó á María Estuardo, viuda de Francisco II de Valois; union, esta última, que halagaba particularmente á D. Felipe, por las futuras probabilidades de que Inglaterra volviese al seno del Catolicismo, bajo el cetro de Cárlos y de María.

Pero ¿qué especie de hombre sería el tal príncipe, cuando ni esta consideracion, de tan gran peso en el ánimo de D. Felipe, fué poderosa á moverle en favor del matrimonio de su hijo? No obstante lo cual, ó acaso por el gusto de atormentar á su padre, dió el príncipe en decir á todo el mundo que estaba locamente enamorado de su prima Ana de Austria, á quien no conocia sino por retrato, añadiendo que se casaria con ella, diese ó no su padre el consentimiento.

Con este empeño, que debia parecer ridículo á cuantos conocian de cerca al desventurado personaje, y con el que poco despues mostró de ser gobernador de los Países Bajos, ó regente de España, como si los revueltos Países Bajos hubieran menester de la gobernacion de un insensato, y España no tuviese á su Rey vivo y sano y al frente de los negocios, dió nuevos y grandísimos sinsabores á D. Felipe, que causaba notable regocijo á los muchos émulos que en Europa tenía el poder de la corona de España.

D. Cárlos aborrecia cada vez más á su padre y á cuantos gozaban de su favor soberano. Del primero llegó á burlarse descaradamente; respecto de los segundos, bastará recordar que

al ministro de Estado, Espinosa, luégo Cardenal, le agarró un dia por el cuello y estuvo á punto de matarle, por haber despedido de Palacio al cómico Cisneros, con quien el príncipe se relacionaba más de lo que á su dignidad convenia; y que al duque de Alba le amenazó con una daga cuando se presentó á recibir sus órdenes y darle cuenta de que el Rey le habia nombrado gobernador de los Países Bajos para sujetar á los rebeldes. El duque se vió en la precision de contener con su mano de hierro la del príncipe, que, ciego de cólera y de orgullo, queria vengar en el de Alba la justa opinion que el Rey tenía de la incapacidad de su hijo.

Los que le estimaban, incluso Honorato Juan, su antiguo preceptor, y Suarez de Toledo, su familiar, aconsejábanle de palabra ó por escrito que moderase sus arrebatos y fuese dócil á los consejos de su padre; llegando Suarez hasta decirle que las gentes le dirigian acusaciones tan graves, que, de ser ciertas, podrian dar motivo á la intervencion del Santo Oficio, indicando con esto que era á muchos sospechoso de herejía: pero el príncipe, cuando más, reíase de tales consejos, y continuaba sin descanso por el camino de sus desórdenes

y atropellos. Á un ugier golpeó bárbaramente porque hubo de advertirle que no debia ponerse á escuchar á la puerta del gabinete del Rey, miéntras celebraba consejo con sus ministros: á Juan Estévez, su mejor amigo y más fiel servidor, quiso arrojarlo por la ventana con motivo de la pérdida de una carta; á Alonso de Córdoba, porque no oyó el ruido de la campanilla cuando le llamaba, le abofeteó cariñosamente, advirtiéndole además que hacía seis meses pensaba en otorgar tal recompensa á sus servicios.

Á los procuradores del reino que se habian reunido en Madrid para tratar de las revueltas que acababan de estallar al fin en los Países Bajos, les dirigió una insolente perorata, diciéndoles que si se mezclaban en el asunto de su matrimonio ó aconsejaban al Rey que no lo llevase consigo á Flandes, serian tenidos por él en el concepto de sus mortales enemigos, y haria cuanto pudiera para perderlos. Despues de lo cual, volvió desdeñosamente las espaldas á aquellas Córtes del Reino, tan celosas de su dignidad y de su independencia, dejando estupefactos á los graves procuradores de Castilla.

Ninguno de estos excesos era todavía capaz

de agotar la paciencia del Rey, que buscaba en los ejercicios de piedad consuelo á las amarguras de su corazon. Parecia, por el contrario, ignorar todo lo que pasaba, é intentando sin duda mover á lo ménos la gratitud de su hijo, dióle la presidencia del Consejo de Estado y del ministerio de la Guerra, aumentando su pension hasta la entónces considerable suma de cien mil ducados.

Inútiles fueron estas pruebas de cariño. Don Cárlos insistió en su matrimonio con Ana de Austria; y habiendo sabido que su padre ponia la excusa de la salud para negarse á las pretensiones del emperador Maximiliano, el insensato príncipe valióse de tres inmundos cirujanos y de una desgraciada mujerzuela, que representaron una farsa repugnante, cuyo objeto era demostrar que el rey Felipe engañaba á la córte de Austria con la mencionada excusa.

El aumento de su pension sólo sirvió para aumentar sus dilapidaciones y sus deudas. Nada indicaba un cambio favorable en la conducta del heredero de la más grande monarquía del mundo. Pero faltaba un verdadero crímen público para colmar la medida y dar al traste con la prudente resignacion de don

Felipe, y el crímen no tardó en cometerse.

Seguia D. Cárlos acariciando la idea de su viaje á Flandes y de su matrimonio con su prima, miéntras el Rey, que habia permitido creer á todo el mundo, no en el viaje del príncipe, sino en el de su propia real persona, supo que el duque de Alba habia entrado en Bruselas sin resistencia, y entónces declaró en mal hora que siendo el tiempo peligroso para la navegacion, determinaba suspender la proyectada marcha. Coincidió con esto el abandono indefinido de los tratos con la córte de Austria sobre el casamiento del príncipe, y estos dos desengaños, casi juntos, que á la extraviada imaginacion de D. Cárlos se presentaron como dos actos de insoportable tiranía, irritáronle de tal modo, que se propuso huir de España.

En guerra ya abierta contra su padre, aprovechó la estancia del Rey en el Escorial, á donde habia ido á pasar las Pascuas de Navidad, segun costumbre, para escribir á vários grandes del reino encargándoles que se preparáran á seguirle en un largo viaje que meditaba [1]. En seguida escribió al mismo Rey,

[1] ¿Tuvo el príncipe formales relaciones con los insurrectos de Flandes? Es posible; pero no cabe asegurarlo por completo. Antonio Perez afirma que los flamencos residen-

al Papa, al Emperador, á todos los príncipes cristianos, á los grandes de España, á las autoridades públicas, á las ciudades y villas, y á las provincias todas que formaban parte de la monarquía, manifestando que siéndole imposible soportar por más tiempo las injusticias de su padre, que se oponia á su matrimonio para que la corona no pasase á sus hijos, determinaba huir de España, recomendando á sus súbditos que le permaneciesen fieles, como á legítimo heredero, en donde quiera que tuviese necesidad de fijar su residencia.

Escribió además á D. Juan de Austria, que era ya almirante de la escuadra, suplicándole que viniese á verle. Y vino, en efecto, y oyó asombrado de lábios de su sobrino que le prometia el reino de Nápoles ó Sicilia si cooperaba á su criminal y desatinado proyecto.

D. Juan pidió algun tiempo para contestar: pero no bien salió del aposento del trastornado príncipe tomó postas para el Escorial, donde refirió al Rey punto por punto lo que acababa de sucederle.

El Rey, acostumbrado á dominar constan-

tes entónces en Madrid propusieron abiertamente á don Cárlos que se pusiera á la cabeza de la rebelion. Strada, en su *De bello belgico*, habla de Bergen y Montigny, que entónces se hallaban en la córte, como de los intermediarios que se entendian con D. Cárlos en este negocio.

temente sus impresiones, y prevenido quizá por su propia perspicacia de que D. Cárlos era capaz de todo, no manifestó la más ligera alteracion en su rostro, ni en los quehaceres del dia, que eran piadosos en su mayor parte. Pero sin duda en aquel momento tomó ya la resolucion que á poco habia de llevar á cabo; porque, segun solia siempre que se trataba de grandísimos negocios, acudió á la Sagrada Mesa á templar su alma con las dulces consolaciones del amor divino.

Casi al mismo tiempo el príncipe D. Cárlos se acercaba tambien al sacramento de la Penitencia, mas con una intencion bien diferente. Cuéntase que reveló á su confesor el propósito de matar á una persona, pidiendo anticipadamente la absolucion del crímen; que habiéndosela éste negado, reunió al cláustro de jerónimos, á que el confesor pertenecia, é intentó probarles que se le debia absolver, ó cuando ménos darle de comulgar con una hostia no consagrada, para que el pueblo no advirtiese que al príncipe se le negaba la absolucion; y, por último, se añade que cuando el prior quiso persuadirle á solas de la insensatez de este propósito, D. Cárlos confesó que la persona á quien trataba de matar era su propio padre.

El 17 de Enero de 1568 volvió el Rey del Escorial, y mandó en el acto que se hicieran rogativas para pedir la asistencia divina en un negocio de la mayor importancia. Recibió á su hijo sin muestra alguna de enojo ni despego. D. Cárlos tuvo despues una larga conferencia con D. Juan de Austria, fiando todavía en su imprescindible cooperacion para realizar la proyectada fuga, y dícese que quedaron en verse á cierta hora del dia 18, por lo cual el príncipe habia mandado preparar postas, que aquella misma noche le llevasen camino de un puerto de mar. Pero D. Juan no acudió á la cita, limitándose á escribir algunas letras á su sobrino, excusando la asistencia. Por otra parte, el maestro de postas habia dado cuenta al Rey de las órdenes de su hijo, y éste entónces, comprendiendo que estaba descubierto, se metió en la cama, fingiéndose enfermo.

Aquella noche, á las once, el Rey, acompañado del príncipe de Éboli, del duque de Feria, del prior Fr. Antonio de Toledo, hermano del duque de Alba, y de D. Luis Quijada, se presentó en el cuarto de su hijo. Dos criados llevaban clavos y martillos, y un oficial con doce guardias de Palacio cerraba la

comitiva. Imponente debia ser el silencio de aquellos hombres al cruzar los corredores del régio alcázar, sin saber positivamente el objeto que el Rey se proponia con aquel severo aparato, pero sospechando que iban á asistir á una escena extraordinaria, única tal vez en la historia del mundo.

Llegaron al cuarto del príncipe: los ministros se adelantaron para apoderarse de una espada, un puñal y un arcabuz cargado que D. Cárlos tenía á la cabecera de su cama. Despertóse al ruido, y preguntó: «¿Quién va?» y al oir la contestacion «el Consejo de Estado,» quiso arrojarse sobre sus armas; pero era tarde, y sólo se halló frente á frente de la grave figura de Felipe II, que con desgarradora tranquilidad le contemplaba.

«¿Quereis matarme?» preguntó el infeliz jóven. El Rey le mandó acostarse de nuevo, y procedióse en seguida á clavar las ventanas del cuarto y á recoger todos los instrumentos de hierro que pudieran servir al príncipe para cometer el último de los crímenes.

Llevóse además el Rey todos los papeles, entre los cuales parece que se encontró una lista de los amigos del príncipe y de los enemigos cuya muerte habia jurado. Entre los

primeros figuraban D. Juan de Austria y la reina Isabel; entre los segundos, y á la cabeza de todos, estaba escrito el nombre del mismo Rey.

D. Cárlos, despues de suplicar en vano, unas veces llorando, otras con amenazas de quitarse la vida, que no se le privase de la libertad, se desató en violentas acusaciones contra D. Felipe; y tales debieron ser, que éste le dirigió esta severa frase: «De hoy más, ya no os trataré como padre, sino como Rey.»

Confióse la custodia del preso, por de pronto, al duque de Feria y á otros tres grandes del reino, que debian alternar dia y noche en la vigilancia del príncipe; y el Rey, despues de haber llevado á término este acto de justicia, congregó los altos Cuerpos del Estado, y dejando correr las lágrimas—él, que quizá no habia llorado nunca—dióles parte del arresto de su hijo, á que le obligaba imperiosamente el mejor servicio de Dios y el bien de su pueblo.

Asimismo comunicó la dolorosa nueva á los grandes, á las villas, á los Obispos, á los Generales de las Órdenes, á los tribunales de justicia, á los embajadores de las potencias, al Romano Pontífice, que lo era á la sazon

San Pio V, al emperador Maximiliano, á la reina madre de Portugal, abuela del príncipe, á la reina de Francia, Catalina de Médicis, y al duque de Alba, gobernador de los Países Bajos.

En todas estas cartas, cuya mayor parte ha publicado M. Gachard en su obra *Don Cárlos y Felipe II*, muestra el rey D. Felipe el dolor profundo de su corazon por haberle obligado el interés público á tomar una medida tan grave como inusitada; y bien que no dé todos aquellos detalles que la curiosidad desearia ver para convencerse plenamente de la criminalidad del príncipe, es imposible leerlas sin que el ánimo quede persuadido de que el Rey procedia á impulso de la más recta justicia y de la necesidad más imperiosa.

El Papa, alarmado y entristecido, pidió nuevas explicaciones al Rey, y el Rey le escribió otra carta, manifestándole que el príncipe no era culpable de rebelion ni de herejía; pero que la flaqueza de su entendimiento y los defectos de su carácter eran tales, que le incapacitaban para reinar, sin esperanza alguna de remedio.

La rotunda afirmacion del Rey tocante á la ortodoxia de su hijo, desmiente las voces que

los enemigos del Monarca español echaron á volar en los Países Bajos y en Alemania sobre el protestantismo de D. Cárlos. D. Felipe no hubiera ocultado al Papa la verdad sobre este punto, porque, de ser cierta la apostasía del príncipe, la conducta del Rey estaba totalmente justificada, sin buscar otras razones de ménos peso.

Cierto que no debe causar extrañeza la sospecha general de que D. Cárlos era reo de herejía, al ver que el Rey de España encerraba á su único heredero en una prision, declarándole por este solo acto incapaz para el gobierno, y abriendo un porvenir lleno de sombras en lo que respecta á la sucesion del trono. Pero la misma gravedad de la régia determinacion prueba que D. Felipe no pudo pasar por otro punto, y que cualquiera en su caso, ó tenía que hacer lo mismo, ó dejar que la insensatez del príncipe, llevada ya al extremo del crímen contra el Rey y el Estado, produjese turbulencias en el reino, favoreciendo, áun involuntariamente, á los rebeldes de Flandes y á los protestantes de toda Europa.

El Rey mandó que se abriese una informacion sobre los actos de su hijo, para suje-

tarlo á un proceso formal; pero el príncipe murió ántes de que se llevase á término el propósito de D. Felipe.

En Enero fué encargado el príncipe de Éboli de la custodia superior de D. Cárlos, y el Rey tomó todas las precauciones necesarias para evitar así el suicidio como la fuga de su hijo. Hizo un severo reglamento, ordenando el régimen de vida del encarcelado príncipe, y este infeliz llegó ya á persuadirse, en vista de tal rigor, de que no era un castigo transitorio el que se le habia impuesto.

Dado el carácter y los antecedentes del príncipe, no costará trabajo creer que cometió toda suerte de excesos en la comida, unas veces dejándose morir de hambre, y otras entregándose á aquella voracidad que tantas indisposiciones le habia causado. Uno de estos excesos le trastornó por completo, produciéndole una violenta disentería. Negóse á tomar los medicamentos que le propinaban, y el dia 19 de Julio se puso ya á las mismas puertas de la muerte.

La gravedad de su estado pareció iluminar aquella ofuscada inteligencia y dulcificar la aspereza de aquel indómito carácter. Pidió y recibió los Sacramentos con verdadera com-

puncion; hizo testamento; perdonó á su padre y á los que le habian aconsejado que usára con él de aquel rigor; y el 24 de Julio de 1568, en la vigilia de Santiago, Santo al cual profesó siempre particular devocion, entregó su espíritu al Señor, pronunciando estas palabras: *Miserere mihi, Domine.*

Tenía veintitres años y diez y seis dias.

Esta sucinta relacion, cuyos detalles pueden verse en la excelente obra de M. Gachard, *Don Cárlos y Felipe II*, y en la *Historia de Felipe II* de Mr. Prescott, basta para que el lector imparcial juzgue de la malicia con que se ha atribuido al rey de España el asesinato de su hijo.

Lo que se advierte en todo el curso de este asunto es una prudencia y una lentitud tales por parte de D. Felipe, que seguramente no hubiera tenido en su caso el emperador Cárlos V.

Es posible que influyera en los extravíos del príncipe D. Cárlos la educacion de sus primeros años, confiada á sus tias las princesas María y Ana, que le amaron tiernamente, sobre todo esta última, que vivió algun tiempo más á su lado. Pero ni esta influencia explica la pertinacia del príncipe en su desaten-

tada conducta, ni puede acusarse á D. Felipe de haber confiado á manos inhábiles la educacion primera de su hijo; porque la encargada por el Rey para este delicado objeto fué una dama portuguesa, Leonor Mascarenhas, amiga de la difunta reina María de Portugal, y persona digna por todos conceptos de desempeñar un cargo semejante. Pero hubo de llevar al príncipe necesariamente al lado de sus tias, y de aquí nacen las sospechas de que ellas pudieran tener alguna responsabilidad en las rebeldes inclinaciones de D. Cárlos.

Adviértase, no obstante, que á los siete años fué puesto ya, de órden de D. Felipe, bajo la custodia de ayas á cual más intachables, y que si la condicion del príncipe no hubiera sido torcida de suyo, todos los defectos de la infancia hubieran llegado á corregirse á poco tiempo al influjo de preceptores y ayos tan distinguidos como Honorato Juan, Fr. Juan Muñatones, que tanto se distinguió en el Concilio de Trento, Castro, obispo de Salamanca, García de Toledo y Ruy Gomez de Silva.

Es, pues, forzoso convenir en que no hubo medio de poner coto á las perversas inclinaciones del infortunado príncipe; en que el rey D. Felipe hizo cuanto pudo hacer hom-

bre para traer á mandamiento á su hijo; en que sufrió sus excesos más tiempo del que por un órden regular los hubiera sufrido cualquier otro ménos paciente y ménos irresoluto que D. Felipe; y, por último, en que la extrema determinacion de encerrarlo fué dictada por una necesidad ineludible, por un interés supremo del Estado, que no debia dejarse á merced de las criminales extravagancias de un loco.

En cuanto á la ternura paternal de D. Felipe, basta, para demostrarla, aquel amor entrañable que profesó siempre á la infanta Isabel Clara Eugenia, habida en su matrimonio con la de Valois. En medio de las angustias que oscurecian su existencia, D. Felipe vió en su hija Isabel el hermoso rayo de luz que alegraba su corazon, haciéndole olvidar todas las amarguras de la vida. Para ella imaginó levantar un trono en los Países Bajos; y esto prueba que si á D. Cárlos le cerró las puertas de la majestad, no fué por ambicioso instinto, ni por ruin envidia, ni por ninguna baja pasion, sino porque juzgó en conciencia que someter cualquier reino al gobierno de aquel príncipe, era como entregarlo á inevitable ruina.

Alguien, siguiendo la opinion del protestante Prescott, podrá censurar en D. Felipe la severidad del castigo; pero nadie poner en duda su justicia. Por lo que á nosotros toca, tenemos la íntima conviccion de que Fernando el Católico y Cárlos V, Reyes de incuestionable grandeza, no hubieran mostrado tanta resignacion ni tan calmosa prudencia como en semejante asunto mostró D. Felipe.

CAPÍTULO VI.

Los moriscos.—Conducta prudentísima de D. Felipe.—Guerra de Granada.—D. Juan de Austria.—Los turcos.—Batalla de Lepanto.

Casi puede llamarse proverbial la paz interior de que se gozó en España durante el reinado de Felipe II; y sin embargo, pocos Monarcas han tenido más sinsabores en su vida que este gran Soberano.

Á los disgustos domésticos de que hemos hablado, y que bastaban para desgarrar el corazon de un hombre de hierro, y á los de índole en cierto modo parecida de que hablaremos más adelante al tratar de Antonio Perez y la princesa de Éboli, hay que añadir el estado poco satisfactorio de aquellos poderosos restos que el vencimiento definitivo de los moros dejára en las provincias españolas, últimamente arrancadas á la dominacion musulmánica.

No se hizo la conquista de Granada por los Reyes Católicos sin cierto género de capitulaciones; y era una de ellas que los vencidos quedaban en libertad de marcharse al África, si así les parecia conveniente á sus intereses, ó de continuar en España bajo la salvaguardia de los católicos Monarcas, que respetarian sus derechos tradicionales en cuanto no se opusiera á la unidad y seguridad del Estado y al predominio absoluto de la única Religion verdadera, contra la cual en lo más mínimo se les permitiria atentar, bien que por entónces se les consintiera seguir en el falso culto de Mahoma [1].

[1] Prescott, en su *Historia de los Reyes Católicos*, hace el resúmen de las condiciones de la capitulacion de Granada, y censura la conducta posterior de los Monarcas españoles.

Hé aquí sus palabras:

«Las condiciones fueron semejantes, aunque algun tanto más liberales, que las que á Baza se concedieron; los habitantes de Granada debian seguir en posesion de sus mezquitas, conservando el libre ejercicio de su religion, con todos sus ritos y ceremonias peculiares; debian ser juzgados con arreglo á sus leyes por sus cadis ó jueces, con sujecion á la autoridad general del gobernador castellano; no habian de ser molestados en sus antiguos usos, costumbres, idioma y trajes; debian ser mantenidos en el pleno goce de sus bienes, con el derecho de disponer de ellos á su arbitrio y de marcharse á donde y cuando les pareciese; siendo obligacion de los vencedores proporcionar bajeles para la conduccion de aquéllos que optasen por pasar al África en el término de tres años, y, por último, no habia de imponérseles tributo alguno por este mismo espacio de tiempo, ni mayores que los que acostumbraban pagar á sus soberanos árabes, pasado que fuese..... Tales fueron las principales

Notorios son los esfuerzos que el insigne cardenal Cisneros hizo despues para convertir á toda aquella turba de infieles sarracenos, que si no acompañaron á su rey Boabdil á los arenales del África, no fué sino por gozar de sus riquezas en la Península y la hermosura y fertilidad de la tierra en que habian

condiciones, añade Prescott, con que Granada se rindió, segun constan en los más acreditados autores, así castellanos como arábigos; y las he referido con tanta precision, porque presentan los mejores datos para poder calcular hasta dónde llegó la perfidia de los Monarcas españoles en tiempos posteriores.»

En la nota que el mismo autor pone á estas durísimas palabras, evidentemente dirigidas contra Cárlos V, Felipe II, y Felipe III, despues de citar á los escritores de quienes toma estas noticias, añade: «Pedraza, que ha consagrado un tomo entero á la historia de Granada, parece que consideró como indignas de mencionarse estas capitulaciones. Muchos de los historiadores modernos castellanos no hacen más que indicarlas muy ligeramente; y es que son, á la verdad, amargo testimonio de la conducta de los siguientes Monarcas españoles. Mármol y el exacto Zurita están conformes en lo sustancial con la relacion de Conde, y esta coincidencia puede considerarse como prueba de los verdaderos articulos del tratado.»

Sin que entremos en discutir la mayor ó menor exactitud de estos articulos de la capitulacion, advertiremos que áun suponiéndoles de todo punto exactos, ni es justo el señor Prescott al pretender que la capitulacion para la entrega de una plaza llegue á constituir una ley fundamental en un Estado, y ley tan grave como la libertad de cultos, sean cualesquiera los tiempos y las circunstancias, superiores á veces á todos los tratados del mundo, ni debe inculparse á Felipe II de ser el Monarca que quebrantó el pacto, pues no hizo sino poner en vigor leyes dadas por Cárlos V. En cuanto á la expulsion de los moriscos, sabido es que la decretó Felipe III, por razones más ó ménos poderosas, pero que merecieron el aplauso del pueblo, y de hombres tan ilustres como el mismo Cervántes.

nacido. Pero su corazon era instintivamente rebelde al dominio de los cristianos; y cuando muchos ó la mayor parte de aquellos bárbaros (que bárbaros eran, pese á los tiernos admiradores de la civilizacion arábiga, y bárbaros son, aunque procedan del Turkestan y vistan á la europea y habiten en Constantinopla) se convirtieran á la fé de Cristo y aceptáran el agua santa del bautismo, no lo hicieron por docilidad á los impulsos de la gracia, sino por egoista sugestion de la propia conveniencia.

Es un hecho constante que los vencidos no pierden jamás las esperanzas de ser con el tiempo vencedores, y por esto, sin duda, aconsejaba el pérfido Maquiavelo á los príncipes que exterminasen á sus enemigos cuando cayeran debajo de su mano, como única eficaz garantía de gozar sólida y perennemente del triunfo sobre ellos obtenido.

Bien que las doctrinas maquiavélicas, reprobadas por la Iglesia, alcanzasen gran boga en las postrimerías del siglo XV, y en una buena parte del siglo XVI, el tal consejo no halló camino abierto en el corazon de los Reyes españoles, y los musulmanes, aunque vencidos, no fueron, ni mucho ménos, exter-

minados. Pero ellos, con su pertinacia en el grosero culto de sus errores y con su no disimulado rencor hácia los que humillaron su soberbia y poderío bajo los muros de Granada, afilaban neciamente el cuchillo que habia de herirles en las entrañas de su libertad.

Decimos, y el hecho es tan notorio que nadie osará negarlo, que las conversiones de los moros al Cristianismo no eran sino hipócritas apariencias, con las cuales intentaban ocultar su fanática aficion á las torpes ceremonias de su secta, y su vana pero firme esperanza en recobrar el poder perdido: de esto resultaba un grave daño para la poblacion cristiana, que por fuerza habia de tener trato constante con sus antiguos enemigos, y este daño era el pernicioso ejemplo que recibia de aquellas costumbres sensuales y groseras, nacidas de los mandatos del Koran.

Cierto que los cristianos no podian vencer su natural é instintiva aversion hácia los musulmanes, porque no hay nada que arraigue más en el pecho humano que el ódio de raza, sobre todo si es sostenido por la diversidad de creencias religiosas; pero sería desconocer la naturaleza del hombre si negáramos que ese ódio inextinguible no es valladar bastante

fuerte para contener el efecto que los hábitos licenciosos y carnales producen en quien quiera que es de ellos constante testigo.

De suerte que, por más que los cristianos mostrasen un invencible aborrecimiento á los musulmanes, áun á los convertidos, ello es que no dejaban de mirar con cierto deleite aquellas costumbres impúdicas, que la ley de Mahoma recomendaba á sus secuaces, como medios de alcanzar una bienaventuranza igualmente fundada en la satisfaccion de las más viles pasiones. El ejemplo era por todo extremo corruptor, y bastaba para contaminar una comarca, ya de por sí dada á los placeres por el torpísimo consorcio en que habia vivido con las africanas, y por la influencia de un clima sobrado delicioso para que no fuera acicate de los apetitos. Si á esto se añade que el ejemplo procedia de los mismos que habian recibido las aguas bautismales y llevaban nombre de cristianos, fácil es de comprender que sus efectos habian de ser desastrosos.

Por añadidura, todo esto pasaba en una época en que el mundo entero parecia próximo á ser devorado por infernal incendio; en una época en que las herejías se habian des-

arrollado cabalmente á la sombra de todas las pasiones inmundas, y en que se daban á cada momento espectáculos vergonzosos de sacerdotes, frailes y monjas que, abandonando el altar ó el cláustro, entregábanse, con nombre de matrimonio, á un sacrílego libertinaje, como medio de fomentar la nueva doctrina.

Áun en nuestra España, las costumbres andaban tan sueltas en todas las clases, sin exceptuar la de los ministros de Dios y la de las religiones regulares, que Felipe II tuvo que poner severa mano en ellas, segun lo demostró su conducta con los franciscanos claustrales [1]. Y siendo la corrupcion de las costumbres, entónces como siempre, puerta franca para los errores y las herejías, y hallándose éstas tan cerca de nuestras fronteras, no es maravilla que D. Felipe pensase formalmen-

[1] «Por este tiempo, movido el rey Felipe de aquella piedad que tanto en él resplandecia, encargó á algunos varones ilustres en virtud y doctrina que examinasen la vida y costumbres de los eclesiásticos, para restituir á su primitivo vigor la disciplina, si en algunos puntos la hallasen relajada; y de resultas de esta visita fueron desterrados de España los franciscanos llamados vulgarmente claustrales. Sus conventos é iglesias se entregaron el año anterior á los religiosos del mismo Órden que conservaban la antigua austeridad y observancia. En esto imitó D. Felipe la piedad de su predecesor D. Fernando el Católico, que setenta años ántes, en virtud de un breve del Papa, hizo una severa reforma de aquellos seglares que vivian con sobrada licencia.» (Miniana, continuacion de la *Historia de España* por Mariana, tom. III, pág. 482.)

te en cerrar la llaga por donde podia corromperse todo el cuerpo de la sociedad española.

Á este fin, renovó várias órdenes dadas por Cárlos V, y ya caidas en desuso, prohibiendo á los moriscos tener esclavas africanas y vestir el traje árabe; prohibió despues los casamientos á puerta cerrada, obligándoles á tenerla abierta todo el dia de las bodas, para que no se entregasen al desenfreno que acostumbraban en tales casos; les prohibió tambien ciertas indecentísimas danzas, y los baños tibios, que excitaban la sensualidad; marcóles cierto tiempo para que desterrasen su idioma, y, en fin, quiso que perdieran su tradicional carácter y su repulsion á españolizarse de veras, con lo cual logró, por de pronto, que, irritados aquellos ánimos, ya por su natural rebeldes y aversos al nombre cristiano, determináran buscar con las armas lo que con la palabra no alcanzaron algunos embajadores que fueron al Rey en son de queja.

Dióse el grito de rebelion en las Alpujarras, y un D. Fernando de Válor, descendiente de los antiguos reyes de Granada, fué proclamado Rey por los insurrectos con el nombre de Aben-Humeya, dando comienzo á aquella guerra de Granada que relató con

singular maestría el insigne historiador don Diego Hurtado de Mendoza.

Cuando esta contienda, que principió con trazas de bandolerismo, tomó carácter de formal insurreccion, confió D. Felipe el mando de las tropas encargadas de sujetar á los rebeldes á su jóven y valeroso hermano D. Juan de Austria, que llevó consigo al noble y leal D. Luis Quijada, su verdadero padre miéntras estuvo á oscuras del secreto de su elevado nacimiento.

El buen Quijada murió en un combate, para que la muerte de aquel honrado caballero no desmereciese en nada de su intachable vida; y pérdida fué aquella que D. Juan sintió á par del alma, porque no era el príncipe olvidadizo del amor que constantemente le mostrára quien hizo con él las veces de padre.

No cabe en nuestro propósito ni apuntar siquiera los principales sucesos de esta guerra. Baste saber que el futuro vencedor de Lepanto amontonó laureles sobre su frente á costa de los moriscos, los cuales, despues de asesinar á Aben-Humeya, eligieron por Rey á Aben-Abóo, sin que el nuevo soberano de las Alpujarras hiciese variar el aspecto de la fortuna, que resueltamente habia vuelto el

rostro á los sucesores de los antiguos dueños del reino visigodo.

Verdad es que el turco mandóles algun socorro, y que les prometia mayor auxilio si lograban resistir el empuje de las tropas cristianas; pero al fin, maltrechos y vencidos, doblaron la cerviz á los rigores de la suerte, y sometiéronse á la amnistía con que los brindó el hijo segundo de Cárlos V en nombre de su augusto hermano.

Pudo entónces Felipe II haberlos expulsado de España, como hizo luégo Felipe III; pero se contentó con poner en vigor las leyes que anteriormente promulgára, y con desparramarlos por el interior de las Castillas, á fin de que perdiesen aquel apego á la tierra donde conservaban vivos los recuerdos de su antiguo poderío y de sus inolvidables deleites.

Quizá haya motivo para tachar de inoportunas las medidas tomadas por D. Felipe contra los moriscos en el momento en que se revolvian los Países Bajos á impulso del huracan protestante que asolaba á Francia y Alemania. Pero, aparte de que el Rey y el pueblo, justamente alarmados por las tempestades de licencia que levantó la *Reforma*, no pensaban sino en apretar los lazos de la

unidad religiosa en España, como sólido antemural contra las invasiones de la discordia europea, debe considerarse que era el turco un poder formidable, dado á terribles correrías por las costas del Mediterráneo, y muy capaz por entónces de poner en aprieto á la Cristiandad con sus amenazas de conquista; y es claro que el turco alimentaba secretamente las esperanzas de los moriscos, en quienes veia posibles y futuros auxiliares de sus ambiciosos intentos. ¿Era ni político ni prudente dejar á aquel enemigo interior que fuera madurando con tranquilidad y holgura sus planes, que se entendiera con los eternos enemigos del nombre cristiano, y pudiese algun dia, por haber respetado néciamente el rey de España capitulaciones añejas, hijas de la necesidad y de las circunstancias, poner en peligro la nacionalidad española, arrancándonos por lo ménos una buena parte del territorio, cuya conquista nos habia costado rios de sangre y maravillas de heroismo? ¿Quién, que tenga siquiera nociones rudimentarias de gobierno, puede censurar la conducta de Felipe II? Repetimos que quizá merezca ser tachada de inoportuna; pero áun en lo tocante á la oportunidad tiene defensa,

porque D. Felipe, al saber que lo de Flandes presentaba más grave aspecto cada dia, debió temer que los moriscos se aprovecháran de la ocasion para distraerle sus fuerzas, y él necesitaba resolver todas las cuestiones interiores, no tropezar con obstáculo ninguno en el gobierno de España, para atender exclusivamente á los negocios de fuera.

Y que el turco persistia en su propósito de humillar la bandera de Cristo lo demostró clarísimamente, primero, poniendo sitio á la isla de Malta, defendida por los heróicos caballeros de San Juan y salvada por el socorro de las tropas españolas, y despues, declarando la guerra á los venecianos para apoderarse de la isla de Chipre. Este insolente reto á la Cristiandad, y el apercibimiento de una grande armada por parte de Selim para llevar á cabo su amenaza contra Chipre, movió el ánimo generoso del Pontífice, que en tan duro aprieto, despues de socorrer á los venecianos con sus fuerzas disponibles, acudió al Monarca español á fin de conseguir su poderosa ayuda. Apresuróse el rey Felipe, siempre pronto para toda empresa cristiana, á reunir los elementos marítimos, y envió la armada de Doria en socorro de los amenazados

por el turco; y poco despues, cuando el Santo Pontífice logró vencer las dificultades con que tropezaba el término de una formal alianza contra los mahometanos, D. Felipe se obligó á pagar la mitad de los gastos de la guerra, entregando la superior jefatura de las fuerzas aliadas al heróico D. Juan de Austria.

De la gran hazaña de aquellos tiempos, que bastó para contener definitivamente la audacia de los turcos; de aquel hecho memorable que, con el nombre de *Lepanto*, dejó eterna memoria en el mundo, no hemos de hablar nosotros. Plumas, mármoles, bronces y lienzos la grabaron de tal modo en el inmenso cuadro de la historia humana, que miéntras vivan los hombres conservarán el glorioso recuerdo de aquel combate gigantesco que tuvo por soldados á Cervantes, por capitanes á Bazanes y Dorias, por campo de batalla el mar, por testigo el cielo... ¡Ah! Este suceso colosal, que idealiza en cierto modo la figura de D. Juan de Austria, empequeñece la de Felipe II. Nada le faltó entónces ciertamente para cumplir con su deber; pero faltó su espada en Lepanto, y cuando la Cruz y la Media Luna riñen, por decirlo así, la batalla decisiva, como para poner término á una

guerra de siglos, de razas, de civilizaciones y de creencias, apenas se concibe la falta de un Rey que pretendia ser, y que era en efecto, el brazo de la Cristiandad. Despues de ochocientos años de lucha sin tregua, era la primera vez que un rey de España no contribuia con su presencia á un triunfo semejante sobre la odiada enseña de Mahoma!

Pero tal era la condicion personal de Felipe II. Monarca de bufete, aborrecia la guerra en un tiempo en que revoluciones formidables y enemigos poderosos del nombre cristiano apelaban á las armas para imponer sus ideas perturbadoras ó sus leyes tiránicas al mundo.

Felipe era una cabeza necesitada constantemente de robustos brazos; dióselos, por fortuna, la Providencia, y así logró vencer muchas de las grandes dificultades con que tropezó en el largo camino de su vida política. Por eso tambien, aunque ausente de los campos de batalla, pudo mandar socorros diligentes á donde quiera que el interés del Catolicismo los reclamaba. Y así en Granada como en Flandes, en África como en Malta y Chipre, los tercios del Rey Católico no conquistaban ménos laureles que en los más gloriosos tiempos de Cárlos V y de Gonzalo de Córdoba.

CAPÍTULO VII.

La guerra de Flandes.—El príncipe de Orange y la princesa Margarita.—Vacilaciones del Rey.—Horrores de los mendigos.—El duque de Alba y su política de terror.

De la herencia que el Emperador habia dejado á su hijo, ninguna tan difícil de manejar para un Rey católico como la parte correspondiente á los Países Bajos. Regidos aquellos pueblos por instituciones libres, turbulentos de suyo, situados, segun nota acertadamente Prescott, como un llano rodeado de alturas á donde daban las vertientes de los territorios inmediatos, sirviendo de depósito comun á cuantas opiniones se ventilaban en las naciones vecinas, accesibles, por consiguiente, á la influencia de los luteranos de Alemania, de los hugonotes franceses y de los anglicanos de la Gran Bretaña, con quien se comunicaban á toda hora por el mar,

¿cómo habian de librarse de la peste de la herejía, muy adecuada, por otra parte, para excitar ánimos revoltosos y mal avenidos con el freno de una Religion severa y de un gobierno profundamente justiciero?

Es, pues, natural que los impresos copiosamente distribuidos de Francia y Alemania por el territorio de los Países Bajos produjeran el efecto que apetecian sus arteros é incansables propagadores; con tanta más razon, cuanto que en Flandes casi todo el mundo sabía leer. Cosechó el protestantismo, gracias á estas circunstancias, abundantísima mies de sectarios, los cuales, sometidos en mal hora á las débiles manos de una mujer, por fuerza habian de crecer en audacia y en número hasta causar las grandes desdichas que la historia nos refiere, y que en breves párrafos procuraremos describir, para que nuestros lectores juzguen imparcialmente de la conducta del rey Felipe en estos gravísimos asuntos.

Ya hemos dicho que la revolucion religiosa era al mismo tiempo una revolucion política; y por si álguien lo duda, apelamos al testimonio del protestante Prescott, el cual, hablando de las revueltas de los Países Bajos, afirma resueltamente que «la libertad para

discurrir en materias de religion, en breve se hizo extensiva á los negocios políticos, porque tales eran las tendencias naturales de la Reforma. El mismo espíritu de libre exámen que minaba los cimientos de la fé se preparaba á atacar tambien en breve la unidad de gobierno, comenzando á dudar sin reparo de los derechos de los Reyes y los deberes de los vasallos.» Quede, por consiguiente, como cosa indiscutible que el rey de España, lo mismo en la Península que en el territorio de Flandes, tenía que habérselas, no con filósofos idealistas ni con maestros de escuela entretenidos en soñar teorías religiosas, sino con revolucionarios que manejaban á un tiempo la pluma y la espada, y que así querian trastornar los fundamentos de la religion como dar en tierra con los gobiernos legítimamente constituidos, segun el lenguaje de nuestro tiempo. Esta es una reflexion esencial para reducir á su justo valor las declamaciones de los que acusan á Felipe II de ser el símbolo personal de la intolerancia religiosa.

Además, cualquier Rey verdaderamente católico no podia ver sin terror la rapidez con que la nueva secta se propagaba; y al notar

que Estados y naciones se agrupaban alrededor de la bandera rebelde, lógico era temer que ántes de espirar el siglo se habria extendido la Reforma por toda la Cristiandad, si una mano poderosa, puesta fielmente al servicio de la Iglesia, no atajaba en el camino de sus triunfos á aquel ejército de sectarios.

Éstos se habian aumentado considerablemente desde los últimos tiempos de Cárlos V, por efecto de la relajacion de las leyes promulgadas para contenerlos. La actividad, la energía, la prontitud en las resoluciones eran, pues, cualidades indispensables en quien se propusiera sofocar el incendio que consumia la unidad religiosa de las ricas provincias belgas. D. Felipe II carecia, por desgracia, de estas condiciones, y para mayor desdicha suya y de España, reuníalas en grado eminente un hombre que, siendo gobernador de Holanda y de Zelanda en nombre del Rey Católico, atizaba secretamente el fuego de la discordia, y, comido de ambicion, incrédulo y vicioso, se disponia á aprovechar el estado turbulento de los ánimos para hacerse cabeza de los patriotas,—él, que era extranjero en el país—y conquistar por el camino de las agitaciones revolucionarias un puesto que

hasta entónces la fortuna y el Rey le habian negado. Nos referimos á Guillermo de Orange.

Conocedor profundo del estado de las cosas y del corazon de los hombres, hábil y frio, y sin escrúpulos de ninguna especie en la eleccion de medios para llegar al fin que se proponia, el príncipe de Orange, sobre cuyos hombros se habia apoyado cariñosamente Cárlos V el dia solemne de su abdicacion en Bruselas, era el enemigo más terrible que la secta podia oponer á la piedad y al españolismo de Felipe II.

Sólo un hombre tal vez tenía capacidad y vigor suficientes para luchar brazo á brazo con el Taciturno: el cardenal Granvela; y por eso el rey Felipe le puso al lado de la princesa Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos, que por su calidad de mujer, y por la excesiva nobleza de su carácter, no era ciertamente la persona más á propósito para combatir las arterías del astuto Guillermo. Pero áun así y todo, el cardenal Granvela, ministro de la princesa gobernadora, estorbaba demasiado á los revoltosos, y éstos hicieron de modo que la cándida parmesana, influida por las calumnias de los nobles fla-

mencos, y desoyendo los consejos del leal é inteligente jurisconsulto Viglio, pidiese al Rey la destitucion del Cardenal, y entregase la administracion y los negocios públicos en manos de los mortales enemigos de la Iglesia y de España. ¡Torpeza insigne de la princesa, y error primero del rey Felipe, que, por estar alejado del lugar de los sucesos, no veia que aquella concesion era la brecha por donde entrarian sin número de nuevas peticiones, á cual más desatinadas y opuestas á los intereses de la fé católica y de la monarquía española!

Con el predominio de los nobles, sujetos al capricho del de Orange, comenzó, como era natural, una propaganda más activa que nunca de las perniciosas doctrinas de los sectarios.

Los que habian huido del país por efecto de la anterior persecucion, volvieron arrogantes á agitar la multitud con sus ardorosas predicaciones, en que andaban revueltas la libertad de conciencia y la libertad absoluta del Estado. Margarita comenzó á notar que se habia adelantado muy poco con las concesiones hechas á los señores flamencos: veia crecer el desconcierto en las ideas y en la administracion, mas no comprendia toda la gra-

vedad del mal, y así iba dejándose llevar por donde cuadraba al interés de los orangistas. Publicáronse luégo los edictos en que el Rey mandaba que se recibiesen como leyes del reino los decretos del sagrado Concilio de Trento, y este golpe, tan duro para los protestantes, dió ocasion á que los orangistas nombrasen un comisionado que en Madrid expusiese al Monarca las nuevas pretensiones de los insaciables señores.

Querian, en resolucion, los protestantes que se les otorgára una ámplia libertad de cultos, que habia de trocarse, como en otros países, en cruel tiranía contra los católicos. Y para este fin, encubierto con excusas de conveniencia política, enviaron al conde de Egmont, católico sincero y monárquico leal, pero tan corto de alcances y tan pagado de sí mismo, que venía á ser un instrumento ciego del astuto Guillermo de Nassau.

D. Felipe no tenía exacto conocimiento de lo que pasaba, y sin adivinar que doña Margarita estaba siendo juguete del partido orangista, y que él, el mismo D. Felipe, acababa de ser engañado por ese partido al separar á Granvela del lado de la parmesana, daba órdenes desde Madrid, unas severas, otras sua-

ves, cuando nunca debió resolver nada en ningun sentido ántes de ver él por sus propios ojos cuál era la situacion de aquellas provincias que queria someter y gobernar desde el fondo de su gabinete.

Recibió D. Felipe con grande agasajo á los enviados de los rebeldes flamencos, al conde de Egmont primero, y á Montigny despues. Pero ¿qué hizo durante la no corta permanencia de estos personajes en Madrid? Negociar, transigir, retractarse, vacilar, vacilar siempre, y perder lastimosamente el tiempo que ganaba la discordia en Flandes.

Quiso, en verdad, asesorarse de una junta de teólogos acerca de si deberia ó no otorgar la libertad de culto que los flamencos reclamaban: dijéronle los teólogos que *podia* concederse esa libertad en determinadas circunstancias. Replicó él que no les consultaba si *podia,* sino si *debia* concederla, y habiéndosele contestado que no, noblemente arrebatado de piadoso celo, afirmó delante de un Crucifijo que no queria ser señor de los que negaban á Dios este nombre. Pues inflamado como estaba de estos generosos sentimientos, ¿por qué los hacía muchas veces estériles ó ineficaces con sus perpétuas vacilaciones y su lamentable apatía?

No ciertamente porque faltase quien le aconsejára la decision y la energía. Habíaselo aconsejado Pio V con oportunidad, y díjoselo además en valerosos términos el P. Villavicencio, á quien respetos humanos no coartaban la noble libertad de su lenguaje [1].

Mas ocupado en consultas, entretenido en manejos con los comisionados flamencos, y luchando con sus propias dudas, sorprendióle la noticia de que los infames maquinadores de la revuelta habian logrado desatar la tempestad, cometiendo todos los crímenes, todos los sacrilegios y todas las brutalidades que el ódio contra Dios es capaz de inspirar á la mala condicion de la naturaleza humana.

Cuatrocientas iglesias saqueadas en Flandes; las sagradas Formas, objeto de horren-

[1] Merecen ser conocidas las palabras de este insigne religioso, porque confirman lo que decimos acerca del carácter indeciso del Rey, y son una prueba elocuentísima del vigor con que entónces se hablaba á los Soberanos, aunque fuesen tan celosos de su régia autoridad como Felipe II.

«Si V. M., dice el P. Villavicencio, consultando sólo su comodidad, se niega á encaminarse á Flandes, lo cual importa tanto á la gloria de Dios, de su bendita Madre y de todos los Santos, no ménos que al bien de la Cristiandad, ¿qué otra cosa significa sino que V. M. es gustoso en aceptar la régia dignidad que Dios le ha dado, pero no el cuidado y cargo que esta dignidad lleva consigo? Dios llevaria esto muy á mal, como llevaria V. M. que los vasallos á quienes ha elevado á cargos de confianza y honra, y que los han admitido, dejáran á V. M. el trabajo de ellos. El ofender á Dios es una accion temeraria, que destruye tanto el alma como el cuerpo.» (GACHARD: *Correspondencia de Felipe II*, tom. II.)

dos ultrajes; preciosidades artísticas hechas pedazos, entre otras las de la catedral de Amberes; bibliotecas, como la célebre de Vicogne, entregadas á la voracidad de las llamas; estos y otros mil horrores, en que la ciencia y el arte padecian no ménos que la Religion de Jesucristo, fueron los tristes resultados de las transacciones y de las dudas que hasta entónces habian constituido la política de Felipe II en los Países Bajos.

Al llegar la nueva de tan espantables sucesos, no fué dueño D. Felipe de su habitual templanza. Asaltóle una violenta fiebre, que le postró en cama, y no parece sino que la fiebre se le comunicó al cerebro, cuando hubo de recurrir al duque de Alba para que llevase la paz á las turbadas provincias del Norte.

Gran general el de Alba, fiel como nadie y recomendado además particularísimamente por Cárlos V á su hijo, era, sin embargo, en aquellos momentos el hombre ménos á propósito para gobernar los Países Bajos. Carecia de dotes políticas, y sobrábale dureza de carácter; cuando lo que se necesitaba era un ingenio capaz de neutralizar las astucias de Nassau, un carácter dúctil, tan adecuado para aplastar la cabeza á los contumaces

como para atraerse con maña y dulzura á los seducidos. Y aunque diéramos por conveniente que D. Felipe mandase al de Alba á modo de terrible vanguardia, con el fin de espantar á los revoltosos, difícilmente se hallará razon que disculpe la permanencia del Rey en España despues de alcanzadas por el duque las primeras victorias y aplicados los primeros castigos.

Flandes era el puesto del Rey entónces; y pues no sabía imponerse con la espada como su padre, debió rematar la obra comenzada por el duque con hábiles muestras de clemencia y oportunas señales de justicia. Él, sólo él personalmente podia resolver el conflicto; y sin duda lo comprendia así, cuando tantas veces anunció su viaje..., viaje que desgraciadamente no se realizó jamás.

Portentosas fueron las hazañas del duque de Alba en su guerra contra los hermanos Nassau, y cierto que si no hubiera tenido bien sentada su reputacion de general, bastára su campaña del Brabante para ponerlo entre los mejores del mundo. Pero su política y su administracion ¡ay! estaban muy léjos de asemejarse á lo portentoso de sus hazañas. Nada diremos de la ejecucion de los

condes de Egmont y de Horn: víctimas éstos de la astucia del de Orange, favorecieron su partido, más por falta de entendimiento que por aviesa intencion contra la fé y contra España; y si ante la ley civil y militar eran reos de muerte, dudamos mucho de que lo fueran ante la pública conveniencia.

¡Egmont, sobre todo, era el vencedor de San Quintin y Gravelinas! Egmont habia reconocido sus faltas, y estaba dispuesto á borrarlas con un cambio completo de conducta... ¿Por qué el rey Felipe no oyó las súplicas del generoso cardenal Granvela, que pedia por Egmont, á cambio de la guerra que éste le habia hecho para expulsarlo de Flandes? ¿Por qué no comprendió la profunda verdad que encerraba esta exclamacion del mismo Granvela, cuando supo el arresto de los conspiradores y la fuga de Nassau: «Si el duque de Alba no ha cogido al príncipe de Orange, no ha cogido nada?» ¿Por qué—preciso es repetirlo otra vez—por qué, cuando el de Alba entró en Bruselas triunfador, no se presentó D. Felipe ante sus súbditos flamencos, como padre á un tiempo justiciero y bondadoso ante sus hijos extraviados? ¡Ah! no: Cárlos V no hubiera encomendado á nadie la tarea de some-

ter aquellas provincias: Cárlos V no hubiera permanecido en España una vez convertida la rebelion en guerra. La magnanimidad del Emperador no se hubiera contentado con matar secretamente á Montigny en el castillo de Simancas...

Nuevos y exorbitantes tributos impuestos por el duque de Alba á los flamencos, como contera de sus rigurosos castigos, le enajenaron hasta el apoyo de los católicos leales, que comprendieron que aquel era el camino de la perdicion de todos. El príncipe de Orange habia aprovechado hábilmente todas las torpezas cometidas, y el mismo país, que se habia mostrado frio en su primera invasion, le acogió en la segunda poco ménos que con entusiasmo.

En vano el rey de España cambió de gobernadores, enviando primero á Requesens, luégo á D. Juan de Austria, y despues á Alejandro Farnesio, todos los cuales sucumbieron en aquella enemiga tierra... El mal no tenía cura. Guillermo no consiguió su intento de reunir bajo su mano el dominio completo de los Países Bajos; pero España tampoco los conservaba por entero... ¡Quién sabe si don Juan de Austria tenía razon cuando soñaba

con hacer un desembarco en Inglaterra, verdadero foco de aquella encarnizada contienda, y casarse con María Estuardo, restableciendo de este modo el trono católico de la Tudor! ¡Quién sabe si el talento de D. Felipe no comprendió el genio de D. Juan, y juzgando vulgar ambicion de la realeza lo que podia ser ambicion nobilísima de inmaculada gloria, se opuso á un proyecto que luégo él mismo quiso llevar á cabo con la orgullosa *Invencible*..., vencida por las tempestades del cielo y por la ineptitud de Medina-Sidonia! ¡Quién sabe, en fin, lo que el vencedor de Lepanto hubiera hecho en el puesto de Felipe II!

Lo cierto es que la guerra de los Países Bajos costó arroyos de sangre y rios de dinero, teniendo que abandonar D. Felipe al cabo las provincias protestantes, y que tal vez se hubieran evitado estas desdichas sólo con que el Rey prudente hubiera sido ménos oficinesco y más apto para vestir la armadura cuando la necesidad lo reclamaba.

CAPÍTULO VIII.

Los dos hermanos.—Proyectos de D. Juan de Austria.—Antonio Perez y Juan de Escobedo.—Muerte de Escobedo.—Opinion general de aquella época acerca de las ejecuciones secretas.

Quizá no hay nada que pruebe tanto la bondad de corazon del rey Felipe, y su profundísimo respeto á la memoria de su padre, como el agrado y cariño con que declaró á D. Juan de Austria la alteza de su nacimiento.

La primera entrevista de los dos hermanos es una de las escenas más delicadas y honrosas de la vida de Felipe II. La estimacion en que desde entónces tuvo el Rey á D. Juan, se manifiesta en los graves cargos que le encomendó, y la fidelidad de éste á su Rey en la grandeza de su desempeño. Diríase que uno y otro habian nacido para entenderse y completarse, siendo D. Felipe la cabeza directo-

ra, y D. Juan el brazo ejecutor. Pero desgraciadamente no fué así. Despues que el jóven héroe de Lepanto se sintió empujado hácia la altura por el irresistible ímpetu de la gloria, quebrantáronse los fuertes lazos de la confianza que le unian á su régio deudo, y la fria mano del recelo apagó en el corazon de don Felipe aquellas generosas llamaradas de afecto que brotaron desde el punto mismo en que conoció á D. Juan.

Tenía la inteligencia de D. Felipe, como anteriormente hemos indicado, la claridad tranquila y sosegada del talento. Tenía el alma de D. Juan los fogosos arrebatos del genio. No habia modo de sacar á aquél del camino trillado: gustaba éste de recorrer las sendas de lo extraordinario y desconocido. ¿Puede causar maravilla, por consiguiente, que á la postre uno y otro acabáran por hablar distinto lenguaje?

Ya cuando el Rey mandó á D. Juan á la expedicion contra Túnez, se notó la diversidad de sus respectivos pensamientos. Quiso el Rey que se desmantelase la plaza, á fin de que no volviese á servir de nido á los piratas que infestaban nuestros mares y nuestras costas. Mas juzgó D. Juan, por el contrario, que Tú-

nez podia ser cabeza de un reino cristiano, cuya corona ciñera sus sienes, una vez conquistado el territorio conveniente. Por lo cual, en vez de desmantelarla, aumentó las fortificaciones de la ciudad. Al Pontífice parecióle la idea excelentísima: al Rey desatinada, quizá porque entónces vió por vez primera, y con asombro, que la magnanimidad de su hermano no se satisfacia con ménos que con la régia púrpura [1].

Dió el Rey á D. Juan otro encargo, separándole del objeto de sus aficiones, y Túnez volvió á poder de los mahometanos. Pero don Juan habia soñado una vez con la realeza, y la imaginacion que ha dado abrigo á tales sueños difícilmente los abandona.

[1] «Pero D. Juan revolvia en su mente graves designios: designios que fechaban de muy léjos, pues los habia concebido, segun Perez, despues de la batalla de Lepanto y la toma de Túnez. Aspiraba á conquistar ó hacerse conceder una soberanía; ésta fué la razon por qué, en lugar de desmantelar á Túnez en 1573, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido de Madrid, fortificó aquella ciudad con la esperanza de que llegaria á ser la capital del reino cuya adquisicion soñaba. El Papa Pio V prestó su apoyo á este proyecto, que recomendó á Felipe II...» (MIGNET: *Antonio Perez y Felipe II*, pág. 14.)

«Durante el otoño de 1574 (fué el 73), D. Juan hizo una brillante expedicion contra Túnez, se apoderó de esta ciudad, y fué á descansar de sus fatigas á Nápoles, donde pasó el invierno gozando de su triunfo, y soñando para sí mismo con una soberanía independiente en el Norte del Africa.» (BAUMSTARK: *Philippe II, roi d'Espagne*, p. 160. Véase tambien á Miniana, *Historia de España*, tomo III.)

Isabel de Inglaterra, excomulgada por el Romano Pontífice y en bárbara hostilidad contra todos los católicos de Europa, principalmente contra el rey de España, era hija adulterina de Enrique VIII, y como tal no podia legítimamente ceñirse la corona británica, la cual correspondia á la católica reina de Escocia é infortunada viuda de Francisco II de Valois, María Stuardo.

Isabel, para mantener su usurpacion, habíase declarado la más fervorosa propagandista de la nueva secta, y en su persuasion de que el mayor obstáculo material para el triunfo de la Reforma era el rey de España, hubo de agotar los recursos de su poderosa inteligencia para infundir el espíritu de rebelion en las provincias españolas. Como más próximas á Inglaterra y más dispuestas al trastorno, las de los Países Bajos sintieron el pernicioso influjo de Isabel, que viendo en el príncipe de Orange el hombre propio del caso, puso á su disposicion cuantos medios necesitaba para encender la guerra contra España.

Resultaba, pues, que, en cierto modo, el foco de la insurreccion de Flandes estaba en Inglaterra, y de consiguiente que si por un golpe de mano se conseguia inutilizar á In-

glaterra, la insurreccion de los flamencos quedaba *ipso facto* sofocada.

D. Juan de Austria vió claro el asunto desde el primer instante, y movido además de aquella ambicion, disculpable y honrosa á nuestro juicio, que le agitaba el alma, pensó que, uniéndose él en matrimonio á María Stuardo, hallaria un grande apoyo en los católicos de los tres reinos británicos, con el cual, al frente de la armada española y de los ejércitos de Flandes, podia hacer rápidamente un desembarco en las costas inglesas, derrotar á Isabel y levantar un trono católico sobre las ruinas del anglicano [1].

Sueños insensatos debieron parecer éstos á Felipe II, que, á fuer de hombre *práctico*, como hoy se dice, no alcanzaba á vislumbrar siquiera lo que pueden dar de sí las inspira-

[1] «No pudiendo ya aspirar este jóven príncipe al reino de Túnez, de quien se habian vuelto á apoderar los turcos, ambicionaba hacerse dueño del de Inglaterra, gobernada por una princesa cuyas opiniones religiosas la colocaban en el bando de la Europa católica. Este proyecto sonreia á la córte de Roma: la Santa Sede, despues de haber hallado en don Juan un defensor del Catolicismo contra los turcos, creia poder sacar gran partido de su valor contra los protestantes.» (MIGNET, *ibid.*)

«Cuando D. Juan aceptó el gobierno de los Países Bajos, más pensó en María Stuardo que en el cargo que se le habia confiado... Hasta el proyecto de la conquista de Inglaterra, que era uno de los sueños de D. Juan, no debia ser rechazado absolutamente, porque de Inglaterra recibian los rebeldes de los Países Bajos todos sus recursos.» (BAUMSTARK, *ib.*)

ciones del genio; y no sólo creyó insensatez aquel proyecto, que más tarde y ménos cuerdamente quiso él llevar á cabo, perdiendo en tan desdichado lance lo más florido de nuestra marina, sino que dió mayor aliento á sus recelos, acabando por sospechar, mediante las pérfidas intrigas de Antonio Perez, que D. Juan pretendia nada ménos que ser rey de España, arrebatando la corona á su propio hermano.

Este tal Antonio Perez, secretario del despacho universal, era á la sazon el hombre de confianza del Rey, á quien parece que le habia sorbido el sesó con la finura de sus maneras, la agudeza de su ingenio, la actividad de su espíritu y el buen sentido que mostraba en el despacho de los públicos negocios. Por consejo de Perez separó el Rey del lado de su hermano á Juan de Soto, su secretario, de quien se decia que fomentaba los ambiciosos intentos del héroe, dándole por cierto que habia nacido para sentarse en un trono.

Nombróse en sustitucion de Soto á Juan de Escobedo, antiguo y leal servidor de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Éboli, y persona en quien Antonio Perez creia tener un adicto fervoroso. Pero D. Juan de Austria,

jóven, risueño, ancho de espíritu, abierto de carácter, noble y valiente, no podia tener á su lado ni traidores ni espías, y Escobedo, que iba con el encargo de vigilar y sujetar á un tiempo los ímpetus del insigne príncipe, sintióse bien pronto envuelto en aquella atmósfera de grandeza que rodeaba al héroe de Lepanto. Escobedo fué el servidor más leal que tuvo D. Juan de Austria, sin que por eso haya motivo para sospechar que faltase en lo más mínimo á la lealtad que debia al Rey.

Lo que hay es que todos los hombres de corazon y de ánimo generoso participaban en seguida de los entusiastas proyectos de don Juan de Austria, dejándose llevar de sus magníficos sueños de gloria, que el mismo Papa, varon santísimo y no ménos exaltado que don Juan para las cosas grandes, veia con regocijo, considerando que redundaban en beneficio de la Santa Iglesia de Dios. Mientras por el contrario, Felipe II, de un entendimiento minucioso, de una prudencia que rayaba con la estrechez, y de un carácter muy desconfiado ya en el último tercio de su vida, estaba léjos de concordar con aquel caballero andante que, aunque ni viejo ni manchego, pudo tal vez servir de modelo á Cervántes para

escribir su inmortal *Quijote*. En cuanto á Antonio Perez, bajo de miras, corrompido de costumbres, y vil en todo, mal podia ver con buenos ojos el alto vuelo de los pensamientos de D. Juan.

Encargado éste, con harta pena suya, del gobierno de Flandes, hubo al poco tiempo de enviar á Madrid á Escobedo en demanda de fondos y auxilios, para oponerse de una manera eficaz á los proyectos del astuto Orange.

Terminaba el mes de Julio de 1577 cuando Escobedo se presentó en Madrid. En la noche del 31 de Marzo de 1578, lúnes de Pascua, Escobedo yacía muerto de una estocada en los alrededores de la iglesia de Santa María.

¿Qué habia pasado entre una y otra fecha? ¿Quién era el autor del crímen? ¿Por qué se habia cometido?

Ante todo, es preciso consignar quién era Antonio Perez, el ministro universal del gran Felipe II. Todos los historiadores, áun los ménos sospechosos de aficion al rey de España, están contestes en afirmar, y documentos relativos á su vida lo demuestran, que era un hombre de malísimas condiciones morales. Pero hable por todos el Sr. Muro, que

resume en breves párrafos lo que conviene saber respecto de Perez.

«Antonio Perez, secretario de Estado de Felipe II, mereció siempre especial favor del príncipe de Éboli, y le debia el principio de su carrera. Fué su padre Gonzalo Perez, arcediano de Sepúlveda, secretario de Estado del emperador Cárlos V y del mismo Felipe II, persona de reconocido mérito é importancia; pero dedicándose á la Iglesia, le habia tenido con una mujer casada, y todas las censuras de las leyes canónicas y civiles, oponiéndose á su legitimacion, le alejaban de los cargos públicos. En 1542, siendo de edad de ocho años, el Emperador consintió en legitimarle; mas á pesar de esto, D. Gonzalo le envió á educar fuera de España, sin atreverse á descubrir su orígen. En el reinado siguiente, el príncipe de Éboli, que siempre cuidó mucho de proporcionar á su Soberano servidores hábiles y capaces, noticioso de su disposicion, le hizo venir á la córte y entrar en la secretaría de Estado, poniéndole así en el camino de los honores y de la fortuna; y pasados algunos años, habiendo fallecido D. Gonzalo en 1566, Felipe II le nombró para reemplazarle en parte de los negocios que aquél tenía á su cargo, no sin ha-

berlo dilatado bastante, por no estar satisfecho de su conducta y hábitos de disipacion. Con efecto; Perez, aunque hijo de un hombre ilustre, se condujo siempre como un advenedizo engrandecido: habia recibido una educacion esmerada, que perfeccionó recorriendo las principales capitales de Europa; tenía mucha disposicion en el despacho, talento y recursos de imaginacion para buscar salida en situaciones difíciles, instruccion variada, viveza de espíritu, facilidad de expresarse en diferentes idiomas, y con estos dotes ganó pronto el favor del Rey y de la córte: mas no supo conservarlo, pues sus defectos oscurecieron el brillo de sus cualidades. Era aficionado al lujo sin medida; el aparato y la ostentacion de su casa competian con los de los más grandes señores. Salia de Madrid acompañado de numeroso séquito de pajes y criados; por la noche se servian en su casa cenas suntuosas, y se jugaban de contínuo sumas considerables. Habia debido á la naturaleza una figura distinguida; pero su elegancia era afeminada, presentándose siempre cubierto de esencias y perfumes. Para sostener el lujo se hizo venal, recibiendo dinero á manos llenas por despachar los negocios públicos [1].»

1 Gaspar Muro, *Vida de la princesa de Éboli*, páginas 63,

Era, pues, el ministro universal del severo y prudentísimo rey Felipe un hombre disipado, corrompido y venal. Faltábale entónces una alta dama con cuyo amor pudiera lisonjearse, aprovechándolo para sus manejos de dinero é intrigas de córte, y la fortuna le deparó á la propia viuda de su generoso protector, á doña Ana de Mendoza y la Cerda, princesa de Éboli.

Unido á ella estaba en ilícitas relaciones, segun datos irrecusables y confesion del mismo Perez [1], cuando llegó Escobedo á Madrid con la mencionada comision de D. Juan de Austria.

Escobedo, agradecido á los grandes favores que recibiera del difunto Ruy Gomez, oyó con indignacion lo que por todas partes se contaba de la princesa y del ministro del Rey.

Frecuentó la casa de la de Éboli, y tales cosas vió, que no pudo ménos de exclamar en cierta ocasion: «Vamos, esto no puede tolerarse, y estoy obligado á dar cuenta de ello

64, 65 y 66. Los datos están tomados del *Memorial del hecho de su causa*, por Antonio Perez, del proceso instruido contra el mismo el año 1582, del cual hace extensa relacion el señor Mignet en su *Antonio Perez y Felipe II*, y de la *Historia de Felipe II*, por D. Luis Cabrera y Córdoba.

[1] D'Aubigne, *Histoire universelle*, tomo III, pág. 430, citado por Mignet.

al Rey [1].» Desde el momento que pronunció estas palabras, quedó decretada la muerte de Escobedo por Perez y su ilustre cómplice. Sólo era menester buscar una causa que pusiese al Rey en el caso de ser el ejecutor de los designios de su infame ministro. Y encontróla éste muy á mano, persuadiendo al Rey, sin gran dificultad, dada su injusta suspicacia, de que D. Juan de Austria llevaba tratos sospechosos en Francia con el duque de Guisa y los suyos, y que la pretension al trono de Inglaterra ocultaba el propósito de caer luego sobre una plaza del Norte de España y apoderarse de todo el reino. Convencido el Rey de que su hermano conspiraba, y de que Escobedo era el alma de aquella conspiracion, determinó matar secretamente á este leal y honrado caballero, despues de conocer la opinion de las respetables personas que en esta materia podian entender. Todas ellas afirmaban que en habiendo de por medio razones de Estado, podia quitarse la vida á un hombre sin prévia formacion de juicio público. El mismo P. Chaves, confesor del Rey, hombre de ciencia, de virtud y de carácter

[1] *Proceso* de Antonio Perez: deposicion de Andrés Morgado, como testigo.—Véase MIGNET, *Antonio Perez y Felipe II*, páginas 33 y 34.

enérgico, se expresó más tarde, y á propósito de la muerte de Escobedo, en estos términos: «El príncipe seglar que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, como se la puede quitar por justa causa y por juicio formado, lo puede hacer sin él, pues la órden, en lo demás, y tela de los juicios, es nada por sus leyes, en las cuales él mismo se puede dispensar.» Antonio Perez, en sus *Relaciones*, dice «que el Rey Católico, por causas mayores y forzosas... resolvió que el secretario Juan de Escobedo muriese sin preceder juicio ordinario, por notorios y evidentes inconvenientes de grandes riesgos... si se usára de cualquier medio ordinario en aquella coyuntura;» y añade que encomendó el cuidado de la ejecucion á Antonio Perez, como á depositario y sabedor de las causas de ella.

Resístense muchos á creer que el Rey diera semejante órden; pero juzgamos temerario ponerlo en duda, en vista del auto extendido por Rodrigo Vazquez el 21 de Diciembre de 1589[1] y del billete que con fecha 4 de

[1] Dice así el auto, que consta en el *Proceso* de Antonio Perez:

«Aviendo hecho al Rey nuestro Señor relacion que parecia aver sido Antonio Perez, en órden á la muerte del secretario Juan Escobedo con voluntad y consentimiento de Su Majestad y que parecia conveniente que pareciese este con-

Enero del siguiente año dirigió al mismo Vazquez, juez de la causa [1]. Y en cuanto á la doctrina en que se apoyó Felipe para tomar tan grave determinacion, así como la de ejecutar á Montigny, en el castillo de Simancas ante muy pocos testigos y por medio de garrote, es incuestionable que si no la defendia ninguna escuela teológica, aceptábala como cosa corriente esa que hoy se llama opinion pública, reina del mundo.

Lo dice Baumstark en las siguientes palabras, harto duras por cierto:

«No se puede negar que en el siglo tempestuoso y sangriento de que aquí tratamos todos los partidos políticos y religiosos estaban con-

sentimiento en el proceso, para descargo de Antonio Perez, y poderle, conforme á esto, absolver de todo como era justo; y asimismo seria necesario se mostrassen las causas dél para que no se ofenda punto de reputacion de Su Majestad y su gran Christiandad; convino en que así se hiciesse, y mandó que supiessen del dicho Antonio Perez las causas dichas, pues él era el que las sabia y avia dado noticia á Su Majestad y la averiguacion y probanza que avia dellas.»

[1] Hé aquí el billete:

«Podreis decir á Antonio Perez de mi parte, y si fuese menester enseñándole este papel, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo de aver él hecho matar á Escobedo y las causas que me dijo que avia para ello, y porque á mi satisfaccion y la de mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó no bastantes, y que yo le mando que las diga y dé particular razon dellas y muestre y haga verdad las que aun me dijo de que vos teneis noticia, porque ya os las he dicho particularmente, para que aviendo ya entendido las que así os dijere y razon que os diere dello, mande ver lo que en todo convendria hacer.» *Proceso, MS.*

vencidos de que el Soberano tenía derecho á hacer ejecutar como bien le pareciere, prescindiendo de toda formalidad legal, y áun por medio del asesinato, las sentencias capitales que creyese de su deber dictar contra los criminales de Estado. Y desgraciadamente no han faltado jamás en ninguna religion súbditos serviles que en su grosera ignorancia ó en su cínica inmoralidad han falsificado las enseñanzas de la Iglesia para defender y justificar semejantes procederes.»

Cierto que no se puede decir del P. Chaves que fuera uno de esos súbditos serviles. Su virtud, su independencia de carácter y su instruccion le libran de toda sospecha de ignorancia ó de servilismo. Mas la carta que en páginas anteriores hemos citado como suya, referente á aquella doctrina, tomada está de la *Historia de las alteraciones de Aragon* por el Marqués de Pidal (tomo I, pág. 295), que la cita como inserta en las *Relaciones* de Antonio Perez, y de la obra de D. Gaspar Muro (cap. IV, pág. 75), que á su vez dice que consta en el proceso criminal contra Antonio Perez (pág. 133).

Por lo demás, el señor marqués de Pidal, en su referida obra, donde extensamente trata

de este punto, asegura tambien que «era doctrina corriente en las córtes de los Reyes que éstos, cuando estaban ciertos de la culpabilidad de uno de sus súbditos, podian en conciencia y en ley quitarle la vida por cualquier medio, sin proceso y formacion de causa, y sin ninguna de las solemnidades judiciales que resguardan la inocencia.» En prueba de que en todas partes se admitia esta doctrina, cita oportunamente el Sr. Pidal unas palabras de Capefigue en que se justifica la muerte violenta dada al mariscal D'Ancre por órden de Luis XIII.

Pero no hay que ir tan léjos. En nuestro propio teatro antiguo se advierte que, en cumpliéndose la justicia del Rey, la formalidad legal era lo de ménos. En *El alcalde de Zalamea*, de Calderon, no ménos teólogo que poeta, PEDRO CRESPO, que ha mandado dar garrote á un capitan, oye que el Rey (Felipe II precisamente) le dice en tono de reconvencion:

¿El consejo no supiera
la sentencia ejecutar?

Á lo cual replica CRESPO:

Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más;
si éste tiene muchas manos,

decid, ¿qué más se me da
matar con aquesta un hombre
que estotra habia de matar?
¿Y qué importa errar lo ménos
quien ha acertado lo más?

Por lo cual el Rey nombra á PEDRO CRESPO alcalde perpétuo de Zalamea.

Tambien puede verse *La Estrella de Sevilla*, de Lope de Vega [1], en que el Rey manda á Sancho Ortiz de las Roelas que dé muerte á un hombre. Pone Sancho algun reparo, pero el Rey le dice:

¿Merece el que ha cometido
crimen læsæ, muerte?
D. SANCHO. En fuego.
REY. ¿Y si *crimen læsæ* ha sido
el deste?
D. SANCHO. Que muera luégo
á voces, Señor, os pido.
Y si es así, la daré,
señor, á mi mismo hermano,
y en nada repararé.
REY. Dame esa palabra y mano.
D. SANCHO. Y en ella el alma y la fé.

Si fuéramos á hacer un estudio detenido de tal asunto, encontraríamos seguramente mu-

[1] Álguien cree ver en esta comedia una alusion á la muerte de Escobedo, ordenada por D. Felipe II.

chas pruebas de que esta manera de pensar, si no era admitida ni por la Teología ni por la legislacion, pero tenía gran boga en el comun sentir de los ignorantes, y áun de los doctos. Lo que hay es que, áun considerándola aceptable, tiene en su aplicacion tales inconvenientes, que es para estremecer á cualquier Rey de conciencia que se viere en el caso de aplicarla. El hecho mismo de Escobedo prueba que los inconvenientes suelen ser en tales lances mayores que las ventajas, pues si áun agotando todos los procedimientos legales que sirven de garantía á un reo para su defensa acontece que se le condena injustamente, ¿qué no puede temerse de una sentencia dictada en las sombras del misterio y á espaldas de quien ha de sufrirla?

Menester es que para matar á un hombre se demuestre su culpabilidad de una manera tan clara como la luz del mediodía, segun la ley de Partida previene. Así tambien ha de ser su castigo, si no se quiere que la justicia tome los sombríos colores de la venganza y del asesinato.

CAPÍTULO IX.

Antonio Perez y la princesa de Èboli.—Desavenencias en la córte.—Debilidad del Rey.—Prision de los culpables.—Enérgico lenguaje con que hablaban al Rey sus consejeros.

PERO sea de esto lo que fuere, y confiando en que nuestros lectores nos habrán perdonado la digresion en gracia al interés del asunto, lo cierto es que el Rey autorizó á Antonio Perez para matar á Escobedo, en la persuasion de que Escobedo era el acicate de las ambiciones de D. Juan, contrarias á la legitimidad monárquica de don Felipe; y que Antonio Perez, inícuo fautor de tal calumnia, despues de haber tratado de envenenar várias veces á Escobedo, mandó venir de Aragon á dos hombres decididos, Juan de Mesa é Insausti, los cuales, ayudados de otros dos de su calaña, lo dispusieron todo para cometer el crímen, siendo Insausti

el que tuvo el triste privilegio de atravesar con un estoque al infeliz secretario de D. Juan de Austria.

Llegado el caso á noticia del pueblo de Madrid, las sospechas generales recayeron inmediatamente en Antonio Perez y su amiga la princesa de Éboli. Y es claro que no fué la familia del muerto quien tardó más en hacer públicas las sospechas, clamando á Dios y á los hombres contra el atentado que se habia cometido en la persona de Escobedo. Todos los enemigos de Perez pusiéronse de parte del hijo del difunto, favoreciéndole en sus legítimas pretensiones de que la justicia procurára aclarar el negocio, imponiendo el castigo que fuera de ley al autor ó autores del crímen.

Mateo Vazquez, secretario del Rey como Perez, y hombre de recto proceder por lo que de los documentos á él referentes se deduce, era quien más apretaba en este punto, creyendo buenamente que prestaba un gran servicio al Rey, y no menor á Pedro de Escobedo, hijo del muerto, averiguando cuanto le fuera posible acerca del sangriento lance del lúnes de Pascua. Con infatigable asiduidad comunicaba al Rey todo lo que, con más ó ménos fundamento, llegaba á sus oidos, sin omitir,

por supuesto, las acreditadas voces que corrian contra su compañero Perez y la princesa de Éboli.

Siendo corriente en aquella época, segun hemos indicado, la doctrina de que el Rey podia ordenar la muerte de un súbdito sin formacion de causa, cuando las razones de Estado así lo exigiesen, parece natural que al ver la tempestad levantada en la córte y en el pueblo por la muerte de Escobedo, el Rey se hubiese valido de toda su autoridad, que era grandísima, y de todo su prestigio, que no era menor, para cerrar el lábio á cortesanos, alcaldes, justicias y maldicientes, no ya revelando el secreto del hecho, que hubiera lastimado profundamente á D. Juan de Austria, sino pronunciando una de esas frases imperiosas que no descubren nada y bastan, sin embargo, para contener el celo de los servidores indiscretos y las hablillas de los desocupados. Mientras el Rey creyó que Perez le habia dicho verdad en lo tocante á las conspiraciones de Escobedo, era obligacion sagrada evitar todo género de pesquisas sobre el suceso, y amparar noblemente á Perez de la acusacion de asesino que por todas partes le dirigian. El Rey no lo hizo así, y ciertamen-

te que esto favorece poco la nobleza de su carácter; ántes bien, dió cuenta á Perez de lo que Vazquez decia respecto de su persona, logrando con tan extraño proceder que desde aquel punto mismo ambos secretarios se declarasen una guerra mortal, siendo Perez, como ofendido, quien primeramente rompió las hostilidades contra su compañero de gobierno. Vazquez, que, despues de todo, más habia manifestado deseo de proteger á Pedro de Escobedo que de molestar á Perez, en cuanto supo que éste se le ponia enfrente, echó mano de todos sus amigos para aplacarle, valiéndose hasta de la mediacion de la princesa de Éboli, la cual contestó secamente, que «á quien, en compañía de Mateo Vazquez, trataba de acusar á Perez de la muerte de Escobedo, no le podia dejar de tener por enemigo [1].»

Todos los recursos fueron inútiles. Perez insistió en que no habia avenencia posible con Vazquez, y las cosas llegaron á tal extremo de escándalo, que el docto y virtuoso Fray Hernando del Castillo, dominico, predicador

[1] Véase todo el cap. IV de la *Vida de la princesa de Éboli*, por Muro, con las curiosas notas y apéndices que contienen los comprobantes de todo cuanto sumariamente aquí se relata.

de S. M., que intervino en este negocio, hubo de manifestar su extrañeza al ver que el Rey no cortaba los hilos de aquella enojosa trama. Notables son sus palabras, y dignas de conocerse:

«Mas si va á decir verdad, de nadie estoy tan escandalizado como de S. M., cuya autoridad y cristiandad es y ha de ser para estorbar semejantes cosas, y proveer no pasen á más; y pues las sabe y ve y entiende, no sé, ni veo, ni entiendo con qué conciencia se disimula el castigo y el remedio, sino que creo lo que otras veces he creido, que muchos demonios se han soltado por hacer su oficio, que es poner discordias y sustentarlas [1].»

Quizá no habia otro diablo enredador que la vacilacion y debilidad del Rey. Él, siempre prudente y calmoso en sus resoluciones, no lo fué cuando se trató de asesinar á Escobedo, porque, de serlo, hubiera previsto las consecuencias, y determinado el modo de vencer las subsiguientes dificultades. Ahora se encontraba en un atolladero, y entre las quejas de la familia de Escobedo, el interés legítimo de Vazquez en pró de la justicia, y la animadversion de Perez contra quien podia perjudi-

[1] Ib., apéndice, núm. 45.

carle, no sabía por dónde tirar. ¡Tan cierto es que la verdad no tiene más que un camino, y que las torceduras de la habilidad ó de la mal entendida cautela sólo sirven para aumentar los escollos!

Por último, el Rey determinó que Perez mismo diese cuenta al presidente de Castilla, D. Antonio Mauriño de Pazos, de todo lo ocurrido, á fin de que éste hablase luégo con el hijo de Escobedo y con Vazquez en los términos que estimase convenientes, sin faltar á la debida reserva. Hízolo así, y el hijo de Escobedo prometió no insistir en sus pretensiones. En cuanto á Vazquez, Perez afirma en sus *Relaciones* que redobló sus esfuerzos contra él, aunque el Sr. Muro opina cuerdamente que la conducta de Vazquez era efecto natural de las vacilaciones del Rey.

Perez, intranquilo y desconfiado en vista del mal sesgo que iban tomando las cosas, y de algunos síntomas de frialdad que habia notado en el Rey, manifestó vagos deseos de retirarse de la córte, dejando el servicio de S. M. El Rey, que le juzgaba aún leal, se apresuró á tranquilizarle, y para ello encargó al respetable presidente de Castilla que interpusiera con Perez el valimiento... ¡de la prince-

sa de Éboli! Hubo proposiciones de una y otra parte, poco honrosas para la dignidad del Rey, y ni las que éste concedia bastaban al secretario, ni las enormes exigencias del secretario podian ser satisfechas por el Rey. Con razon exclama el Sr. Muro al dar cuenta de estos inverosímiles tratos: «¡Cuán distinta idea de la que generalmente se tiene de Felipe II hacen formar estos papeles! Sabíase que era indeciso é irresoluto en extremo, opuesto á cambios y mudanzas de sus servidores, mas nunca habria podido creerse llegára su debilidad hasta el punto de que, por conservar á uno de sus secretarios, anduviera en tratos semejantes con él y con una señora que, sólo llevada por una pasion ilícita, podia moverse á mostrar en favor suyo tanto interés.»

Pareció calmarse un tanto la tempestad, pero á poco volvió á desatarla la insolencia de la princesa de Éboli, que escribia al Rey en malos términos, echándole en cara que no cumplia como caballero, siéndole notorio lo ocurrido en la muerte de Escobedo, ni arrojaba de su lado á Mateo Vazquez, autor, segun la princesa, de todas las desavenencias. Agriáronse los ánimos de una y otra parte, y ya ni Mateo Vazquez se creia seguro de una

estocada de parte de los de Perez y la princesa, ni Perez las tenía todas consigo respecto de los de Vazquez. ¡Bajo el cetro de un rey como Felipe II, amante de la justicia y severo guardador de la ley, se daba el espectáculo de dos secretarios de la corona, que temian ser asesinados el uno por el otro! El triste precedente de Escobedo, y la irresolucion y poca entereza del Rey, habian traido las cosas á término tan desdichado; y por si no fuera bastante, aún pueden verse, para mayor escándalo, á todos los más ilustres personajes de la córte, al Arzobispo de Toledo, al presidente de Castilla, á los embajadores de las potencias, á los confesores y predicadores del Rey, ir de uno á otro lado, para avenir á los contendientes y poner paz en aquel campo de Agramante; como si todo ello no fuera inútil cuando se tropieza con la debilidad de un Rey y con la indestructible raíz de una injusticia cometida.

Quejábase Perez de Vazquez, y Vazquez de Perez, y ambos pedian al Rey su amparo contra la enemistad respectiva de cada uno; y el Rey contestaba por igual á uno y á otro, procurando tranquilizarlos y asegurarles de su régia confianza. No habia en esto doblez segura-

mente; habia indecision por parte del Rey, el cual, fatigado ya sin duda de aquel batallar contínuo por cosas de tan ruin valer, resolvióse á poner tierra entre los secretarios, encargando á Perez de la embajada de Venecia. Mas Perez suplicó que se le permitiera retirarse de la córte, mientras la de Éboli, en desenvuelto estilo, escribia que era imposible la reconciliacion con Vazquez, á quien trataba con el más soberano desprecio.

Puesto ya el nudo en tal forma, que buenamente no podia ser desatado, venció el Rey sus vacilaciones y su cariño hácia Perez, y despues de buscar en los Sacramentos, como acostumbraba, luz para la inteligencia y consuelo para el corazon, mandó que se prendiera á Antonio Perez y á la princesa de Éboli, dándole á aquel por cárcel la propia casa del alcalde de córte D. Álvaro García de Toledo, y á ésta, por más temible y enredadora, la torre de Pinto.

No es nuestro propósito seguir paso á paso la historia, poco agradable ciertamente, de la prision de Perez y la princesa, sobre el cual asunto han hablado con la debida extension algunos de los autores citados en estas líneas, y otros no ménos conocidos.

Pero sí diremos que la indecision del Rey se demostró constantemente en el seguimiento de este negocio, resultando que nada habia adelantado tampoco con poner á buen recaudo á los culpables de aquel alboroto de la córte, pues una vez presos, sin un delito público sobre que fundar un juicio legal, no sabía qué hacer de ellos, ni cómo desvanecer las atrevidas sospechas del vulgo, cuyas murmuraciones no respetaban ni á la persona del Rey.

Cierto que Perez gozó de extremada libertad en los primeros meses de su prision, hasta el punto de que escribió á la princesa, y áun celebró entrevistas con ella; pero esto no quitaba gravedad al ruidoso acontecimiento, ni hacía otra cosa que dar nuevo pábulo á las hablillas y conjeturas de las gentes.

Pasaron meses y años, y continuaban las intrigas de la córte, y las sospechas del vulgo, y las vacilaciones del Rey. Los presos en su prision, más ó ménos dura, pero la justicia en el aire por falta de notorio delito en que apoyarse. La princesa, que mantenia la discordia, malrotaba la fortuna de sus hijos y llevaba una vida harto desarreglada por todos los estilos, mostraba, hasta cierto punto, en su conducta la razon de su castigo. Pero

Antonio Perez, ¿por qué estaba preso? ¿Bastaban sus desavenencias con Vazquez para sujetarlo á un juicio criminal? Y si no bastaban, ¿habia datos para suponerlo autor de la muerte de Escobedo? Esto se preguntaban las gentes, y los íntegros ministros y altos servidores que rodeaban al Rey movíanle á acabar con un negocio que traia los ánimos confusos y turbada la justicia, por la incomprensible demora de una resolucion definitiva. Pero el Rey no rompia jamás las trabas de su irresolucion.

El presidente Pazos dirigióle súplicas tan nutridas de razon como de entereza; y en cuanto al P. Chaves, el confesor del Rey, hablaba de ordinario en términos tales, que su lenguaje puede servir de modelo á cuantos tengan obligacion de aconsejar á los Reyes: y en verdad que si es de admirar la entereza del sacerdote, en este caso no lo es ménos la sumision y modestia del Rey á quien se dirigia.

Contra la lentitud de Felipe en despachar los negocios en general, expresábase el Padre Chaves en esta forma:

«V. M. tiene obligacion de luégo, luégo, proveer de personas que traten los negocios,

pues que V. M. no despacha estando sano, cuanto y más enfermo, y la república sano y enfermo le acude á V. M., como se ve. Si V. M. no la provee de justicia y con brevedad, ¿parécele á V. M. que tiene Dios Nuestro Señor necesidad de ser tan gran teólogo para juzgar lo que en este caso hay? He dicho á V. M. otras veces esta cosa tan cierta; que V. M., so pena de su condenacion eterna, es obligado á sus vasallos á hacerles justicia y con brevedad; si no puede por sí (como ni la puede ni la hace). es obligado por la misma razon á proveerlos de ella por terceros, pues ménos inconveniente es que algunos negocios se yerren y enmienden despues, que no que haya tan gran morosidad en ellos. Yo, como confesor de V. M., ni puedo, ni sé decir más, ni me obliga Dios á más, porque yo no tengo de reconvenir á V. M. delante del alcalde de Córte Armenteros; pero oblígame el mismo Dios á no administrarle á V. M. ningun Sacramento no haciendo las cosas dichas, porque no los puede V. M. recibir; y harélo así infaliblemente hasta que V. M. lo haga, porque esto lo manda Dios; y no haciendo esto, tengo por cosa constante, segun la ley santa que profesamos, estar V. M. en el más peligroso estado que

puede tener ningun cristiano católico. Dios guarde, etc. [1]»

Ya el limosnero mayor, D. Luis de Manrique, habia amonestado al Rey por su irresolucion y lentitud, en frases no ménos enérgicas:

«La Providencia, decia, no ha dado por mision á V. M., ni á los otros Reyes que gobiernan los pueblos en su nombre, retirarse á sus gabinetes para leer y escribir, ni áun para meditar y orar; quiere, por el contrario, que los Soberanos sean personas públicas y accesibles á todo el mundo, oráculos de prudencia política, á quien todos los súbditos pueden recurrir cuando la hayan menester. Y si algun Rey ha recibido dones de Dios, es V. M.; por eso su falta sería más imperdonable, si no se pusiera á disposicion de todo el mundo [2].»

Pues bien: el Rey á quien tales cosas se decian, el Rey que tales cosas escuchaba con admirable docilidad, sólo á fuerza de tiempo y de ruegos mandó que se procesára á Antonio Perez, más que por la muerte de Escobedo, por la conducta administrativa que éste habia seguido durante su ministerio. Es ver-

[1] Citada por el Sr. Muro, pág. 247, nota 21.

[2] Citada por Baumstark en su *Philippe II*, página 111, y por Prescott en su *Historia de Felipe II*.

dad que Perez, áun estando preso, habia dado muestras públicas de su vida desarreglada, teniendo lujosos tapices en el teatro, gastando y jugando sumas enormes, y poniendo con todo esto en las manos de sus enemigos armas poderosas para decidir al Rey á que mandase hacer una informacion judicial, de donde resultó probada la venalidad del orgulloso ministro. Pero tales cosas fueron necesarias para sacar al Rey de sus vacilaciones y convencerle finalmente de que la muerte de Escobedo, fundada en las calumnias contra D. Juan de Austria, habia sido un vil asesinato sugerido por la perfidia del primer secretario de Estado y de su rencorosa amante.

CAPÍTULO X.

Muere D. Juan de Austria.—Dureza del Rey con Perez y la de Éboli.—Supuestos amores del Rey con esta dama.—Muerte de Antonio Perez.

Las pérfidas intrigas de Antonio Perez y de la de Éboli, no sólo causaron la muerte de Escobedo, sino que tal vez contribuyeron á acelerar la de D. Juan de Austria, contra quien habian excitado el ánimo suspicaz del rey Felipe.

Falto de recursos para proseguir la guerra en Flandes con el vigor que era menester; desalentado al ver los insuperables obstáculos que se oponian á sus grandiosos sueños de gloria y de ambicion, y sabedor quizá de la causa secreta por que habia sido asesinado Escobedo en Madrid, D. Juan de Austria, despues de alcanzar una victoria brillantísima sobre los rebeldes, fué acometido de una fie-

bre tan violenta, que dió con él en el lecho comun de los mortales. *(Véase el Apéndice.)*

Sintió amargamente el rey Felipe la muerte de su heróico hermano: y ¡quién sabe si entónces, curado de sus injustos recelos, comprendió lo que valia aquel generoso jóven, y el mal camino por donde, respecto de él, le habia llevado la perniciosa influencia del bajo y corrompido Perez!

Que lo comprendiera ó no, ello es que no pasó mucho tiempo sin que comenzára á ver con cierta claridad que no era su favorecido el hombre más idóneo para desempeñar el altísimo cargo de primer secretario del Monarca más católico y poderoso de la tierra.

Hemos visto cuánto vaciló ántes de decidirse á romper con el intrigante ministro, y la blandura con que hubo de tratarle en los primeros tiempos de su prision; pero de una parte los escándalos no interrumpidos de Perez, áun en su misma desgracia, y de otra los datos que iba adquiriendo de su venalidad, corrupcion de costumbres y malas artes en el modo de tratar á sus enemigos, acabaron por exasperarle de tal suerte, que apretó vigorosamente la mano en el proceso del ex-ministro y en la reclusion de la de Éboli.

Todos los caractéres débiles é indecisos suelen pecar de duros una vez resueltos á dar señales de su poder, y es mayor la dureza cuanto más tiempo hayan tardado en resolverse. Esto aconteció con Felipe II no bien se puso en trance de castigar á los culpables, persuadido ya de las maldades de su antiguo ministro universal.

Han explicado no pocos historiadores esta especie de encono que manifestó D. Felipe hácia Perez, con la suposicion de que el Rey, prendado de la de Éboli, sintióse rudamente herido en su amor propio al saber que la princesa otorgaba sus ilícitos favores al afeminado ministro [1].

Hasta el Sr. Cánovas del Castillo, que niega las pretendidas relaciones amorosas entre el Rey y la princesa, se inclina á creer que, desairado por ésta, se vengó del desaire en ella y en su cómplice. Ni las relaciones tienen

[1] El señor marqués de Pidal, en su *Historia de las alteraciones de Aragon*, da por ciertos estos amores, aunque las pruebas que presenta están muy léjos de ser convincentes. Á este propósito debemos notar que ninguna de las acusaciones dirigidas contra Felipe respecto de amoríos ilícitos ha sido hasta hoy *demostrada* con documentos, y esto denota que Felipe II, á pesar de vivir en una época donde era harto corriente que los príncipes y los grandes dejasen buen número de hijos naturales, si no fué completamente casto, fué profundamente cauto. ¡Ejemplo que debieran imitar los príncipes de todos los tiempos!

el menor fundamento, como lo prueba concluyentemente el Sr. Muro en su citado libro, ni la opinion del Sr. Cánovas puede pasar de la categoría de sospecha; y ya se sabe que las sospechas en la historia tienen muy escaso valor.

No hay un solo testimonio que acredite los supuestos amores del Rey con la princesa, y háylos abundantísimos en contrario.

No hay tampoco ninguno que justifique la opinion de que la pretendiera y fuese desairado; y es además de todo punto innecesario acudir á semejantes conjeturas para explicar el proceder del Rey con ambos personajes: luego debe creerse, miéntras otra cosa no se pruebe, que ni los amores ni las pretensiones del Rey son más que invenciones de sus enemigos, ó suspicacias de crítico malicioso.

Convencido el Rey de que Perez era un mal hombre, de que la princesa no era buena mujer, y de que uno y otro le habian metido en aquel terrible paso de la muerte de Escobedo, malquistándole al mismo tiempo con D. Juan de Austria, ¿no tenía hartos motivos, sin necesidad de escudriñar otros, para irritarse contra quien tan inícuamente correspondia al cariño y á la confianza de su Rey?

¿No hemos visto además que D. Felipe se valió de la influencia que ejercia la princesa sobre Perez para que éste viniese á un acuerdo con su enemigo Vazquez? Eran por entónces ya tan públicos los amores de Perez y la princesa, que, racionalmente pensando, no es posible imaginar que D. Felipe los ignorase: ¿pues cómo en aquella ocasion, áun con perjuicio de su régia dignidad, interpuso el valimiento de la de Éboli con Perez, sin mostrar el menor asomo de celos? ¿Cómo se explican esas vacilaciones en el castigo de uno y otra, y la excesiva blandura con que los trató en los primeros tiempos de su prision?

Hay además otro argumento, á nuestro juicio irrebatible. Cuando el príncipe de Orange contestó en su célebre *Justificacion* al edicto del Rey en que se ponia á precio su cabeza y se relataban, no sólo sus delitos políticos, sino las inmundicias de su vida privada, el príncipe acumuló todos los cargos que podian hacerse á Felipe II en punto á amores ilícitos. Echóle en cara hasta su matrimonio con su sobrina carnal doña Ana de Austria, por haber sido destinada ántes á su hijo Cárlos. Pues en ese documento, publicado en 1581, cuando hacía ya cerca de dos años

que la de Éboli estaba presa, léjos de hacerse ni una ligera insinuacion acerca de semejantes amores, se muestra lástima por su suerte, tachando de ingratitud el proceder de D. Felipe con la viuda de Ruy Gomez, que tan grandes servicios le habia prestado en su vida.

No se dirá que la ocasion era inoportuna, pues el de Orange aprovechó hasta los simples rumores de la maledicencia para convertirlos en formales acusaciones contra el Rey. No se dirá tampoco que tal vez no habia llegado á noticia de Guillermo de Nassau lo que podia haber entre el Rey y la princesa, pues al cabo de dos años de encierro no habia en Europa ningun enemigo de Felipe, y los tenía en abundancia, que ignorase todos los antecedentes de aquel ruidosísimo acontecimiento.

Más aún: los embajadores venecianos en la córte de España, y principalmente Badoero, Paolo Tiépolo y Soranzo, hablan en sus relaciones á la señoría de Venecia de ciertas aventuras amorosas del Rey, cuya justificacion está muy léjos de ser completa, y no dicen una palabra siquiera relativa á la princesa de Éboli[1].

[1] *Vida de la princesa de Éboli*, por D. Gaspar Muro, capítulo XI, páginas 241 y siguientes.

Fué necesario que Antonio Perez en sus *Relaciones* hiciese una vaga indicacion de haber pretendido el Rey á la princesa, para que los malévolos detractores de la memoria de D. Felipe diesen en decir que las desgracias de Perez y la de Éboli fueron hijas de los celos del Soberano.

Pero ante la verdad de los hechos, justificada con documentos auténticos, y ante las reflexiones del buen sentido, esa acusacion no tiene ya valor histórico ninguno.

Hemos convenido, y esto probará que queremos librarnos de todo apasionamiento, en que Felipe II, irritado contra su antiguo favorito, mostró cierta dureza, con ribetes de encarnizamiento, cuando resolvió poner de lleno la mano en su castigo. Mas fuerza es decir, en disculpa del Rey, que era hombre Perez muy capaz de dar al traste con la paciencia de un santo. Desde la misma prision habia dado muestras de su cinismo y de su carácter intrigante. Además, no dejaba de lanzar acusaciones encubiertas al Rey sobre el orígen del asesinato de Escobedo; y sabiendo D. Felipe que este crímen se cometió por calumniosas sugestiones de su ministro, efecto de un deseo de venganza personal, claro es

que debia exasperarle la insolente maldad de aquel hombre, que aún queria hacer arma en favor suyo del miserable engaño del Rey.

Fugóse luégo de la prision, y fué á parar á Zaragoza, donde contaba con no pocos amigos, y hé aquí de nuevo á Perez comprometiendo á un noble y generoso pueblo en la defensa de un hombre que no valia ni una gota de sangre del último de los pecheros que la derramaron en aquellas lastimosas alteraciones.

Háse dicho que la memoria de Felipe II debe ser execrable para los aragoneses. ¡Oh! no; bien estudiado el proceso de aquellas revueltas, toda la execracion debe caer sobre el infame Antonio Perez, que, á trueque de lograr sus designios personales, hallábase dispuesto á ensangrentar el suelo de la pátria, á comprometer las seculares instituciones de un gran pueblo, y á excitar hasta el delirio la cólera de un Rey, míseramente engañado por quien más favores habia recibido de su munificencia [1].

[1] Felipe II dió en Aragon señales elocuentísimas de su escrupuloso respeto á las leyes y fueros del país, y basta para demostrarlo la demanda que interpuso ante los tribunales de Zaragoza pidiendo que se le reconociese su derecho evidente de nombrar Virey á quien bien le pareciese. Merecen leerse las siguientes líneas que el marqués de Pidal, en la

Ni aragoneses, ni castellanos, ni quien quiera que de español se precie, puede tener una palabra de defensa en pró de Antonio Perez. Perturbador de Aragon, dejó tras de sí torrentes de sangre derramada por su culpa, para buscar un refugio en la córte de Enrique IV, á quien sirvió traidoramente contra su pátria y su Religion.

Más tarde vendió sus servicios á Inglaterra en contra del mismo Enrique, hasta que, despreciado de unos y de otros, murió pobre-

Historia de las alteraciones de Aragon, escribe con tal motivo: «Y era, en efecto, un espectáculo singular ver á uno de los Monarcas más poderosos de la tierra someterse dócilmente á litigar como si fuera un particular, y sin ninguna más ventaja, ante el tribunal de uno de sus Estados para afianzar el derecho que creia tener por los fueros de nombrar á quien bien le pareciese por su Virey ó representante en él; y éralo tanto más, cuanto que sus antecesores habian usado de este derecho en muchas y muy diversas ocasiones, y sin hacer gran cuenta de las oposiciones y repugnancias que con este motivo se suscitaron. ¡Ejemplo insigne de respeto á las leyes y del espíritu de libertad que aún se conservaba en Aragon, libertad que tanto habian de comprometer bien pronto hombres inconsiderados y violentos!» (Tomo 1, página 171.)

Tambien el Sr. Aparisi y Guijarro escribió dos bellísimos artículos en *La Regeneracion* el año 1871, demostrando el respeto á la ley que tuvo siempre el insigne hijo de Cárlos V. Supongo que esos artículos ocuparán el debido lugar en la coleccion de las obras del Sr. Aparisi.

Por lo demás, Felipe II no destruyó, aunque pudo hacerlo, los fueros de Aragon: los reformó convenientemente, é hizo que los jurára el príncipe heredero D. Felipe. No el segundo, sino el quinto de los Felipes y primero de los Borbones de España, ménos generoso que los Austrias, fué quien privó á aquel noble país de sus admirables instituciones fundamentales.

mente—él, orgulloso y opulento—léjos de la pátria y de su familia, sin más consuelo que el de la Religion y el de la amistad de dos fieles servidores.

¡Ejemplo insigne de la vanidad de las grandezas humanas, y de la justicia con que Dios castiga á veces en esta vida el desvanecimiento y los pecados de los hombres!

CAPÍTULO XI.

Conquista de Portugal.—Estado de Francia.—Su rivalidad con España.—La política de Felipe II y la de los Valois.—La Liga.—Triunfo de Enrique IV.

NADA hemos dicho de la conquista de Portugal, porque no conviene á nuestro propósito, que no es otro, en el presente trabajo, sino el de dibujar la figura de Felipe II con la mayor exactitud posible.

La conquista de Portugal no fué producto de la ambicion: lo fué del derecho. Sucesor legítimo del viejo Enrique, que lo era á su vez del infortunado rey D. Sebastian, Felipe II envió sus ejércitos á Portugal para tomar posesion de su herencia, disputada por algunos pretendientes. Logró su objeto sin gran trabajo, y la Península ibérica formó un solo Estado, una nacionalidad á la moderna, que se deshizo entre las manos de Felipe IV,

como no podia ménos de suceder, dada la incompatibilidad tradicional de los dos pueblos unidos.

Nadie, que sepamos, ha puesto en duda la legitimidad del rey Felipe como sucesor á la corona lusitana, ni la justicia de los medios que empleó para hacer valer su derecho.

Harto más importante para el historiador y el crítico es la política de D. Felipe en sus relaciones con Francia, y á este asunto sí que debemos dedicar algunas breves páginas.

El estado de la nacion cristianísima era por todo extremo lamentable. Dos fuerzas contrarias solicitaban al pueblo de San Luis, próspero y glorioso hasta que el cáncer de la herejía hizo presa en sus entrañas: la fuerza católica y la fuerza protestante.

El papel natural de Francia en aquella gran crísis europea estaba indicado por su historia y por su posicion geográfica: no debia de ser otro que el de brazo de la Iglesia para salvar á Europa de la irrupcion luterana, como Cárlos Martel la habia salvado de la irrupcion sarracénica.

Bien es que nos enorgullezcamos de haber sido los campeones de la fé católica en el mundo; bien es que rindamos tributo de ad-

miracion y gratitud á Cárlos I y á su ilustre hijo, por haber combatido bizarramente á la hidra protestante, librando á España de su pernicioso contacto; pero no nos ciegue el patriotismo hasta el punto de desconocer que si Francia hubiera puesto resueltamente su brazo al servicio del Catolicismo, la Reforma hubiera muerto al nacer.

El inmenso poder de Cárlos I, con sus reinos de España, y su imperio de Alemania, y sus tesoros de América, era ménos eficaz para conseguir aquel objeto que hubiera sido la espada de los Reyes Cristianísimos blandida en pro de la Iglesia Romana.

Desgraciadamente los Valois pensaron que era su rivalidad primero que la Iglesia, y en vez de ser aliados de España, lo fueron, más ó ménos ostensiblemente, de los enemigos de la Iglesia. Llegó la ceguedad de los Valois hasta el punto de que en 1534 «el Rey Cristianísimo, en menosprecio de su fé, en menosprecio de la opinion pública, que veia este escándalo con horror, recibiera en el puerto de Marsella los buques de Barbaroja, y no se avergonzára de unir las flores de lis á la Media Luna [1].»

[1] *Histoire du monde*, por M. Rancey, tomo IX, pág. 326.

¡Funesta y nunca bastante llorada rivalidad de los Soberanos de España y de Francia, que dió ancho campo á la herejía para llevar la desolacion á los pueblos católicos! Quien quiera que se considere culpable de aquel daño, habrá necesitado de toda la misericordia de Dios para recibir su perdon en la otra vida.

En mal hora heredó Felipe II aquella infausta rivalidad. Cierto que puso particular empeño en desvanecerla, y que, como ya hemos dicho, dió su mano á la bondadosa é inteligente Isabel de Valois, para estrechar sus relaciones con Francia. Pero muerta Isabel, rompióse aquel débil lazo que unia á las dos coronas, y el pueblo francés y su infeliz dinastía se arrojaron frenéticamente por una senda de calamidades y de crímenes, que comienza en Enrique II, ya que no en Francisco I, y concluye apenas en Enrique IV.

La política de Felipe II era clara y terminante, digan lo que quieran algunos autores católicos [1], que le atribuyen el proyecto de una monarquía universal. Lo indudable es que su idea verdadera, su pensamiento fijo, el objeto exclusivo por el cual abarcaba más ó

[1] M. Rancey en su *Historia* citada.

ménos oportunamente el conjunto de los negocios políticos de Europa, deseando ejercer en ellos su poderosa influencia, no era otro que el triunfo del Catolicismo y la ruina de la herejía protestante.

Cabe censurar algunos de los medios que puso para lograr este objeto: no cabe, sin notoria injusticia, negarle el exclusivismo de su objeto y del desinterés con que lo perseguia.

Hizo todos los esfuerzos imaginables para atraer á su religioso propósito á Catalina de Médicis, en cuyas manos quedaron las riendas del gobierno de Francia desde la minoridad de Francisco II; pero Catalina, educada en la escuela política del florentino Maquiavelo, si por una parte no podia sufrir la tutela de España, por otra juzgaba que era bastante para sobreponerse á los partidos que desgarraban el corazon de Francia, aplicar la máxima: *divide y vencerás*.

Ciertamente que no es justo hacer responsable á Catalina de la horrible situacion del país; el responsable verdadero era el calvinismo, único autor de todas las discordias, de todas las ambiciones, de todos los crímenes y de todos los infortunios que consumian al pueblo francés, desde la conjuracion de

Amboise y el asesinato de Francisco de Guisa, hasta la Saint-Barthélémy, y el doble asesinato de los otros dos Guisas, y el regicidio de Enrique III y áun el de Enrique IV. Pero así y todo, Catalina de Médicis no dió muestras de utilizar sus indisputables talentos en provecho de una idea superior á sus intereses personales.

Temia que cualquiera de los dos partidos, el católico y el protestante, que triunfára, tratase de imponerse al trono; y esto no podia tolerarlo la ambiciosa y dominante florentina. Así que toda su política se redujo á sostener el fuego de la discordia entre ellos, dando esperanza ya á uno ya á otro, pero sin comprometerse jamás con ninguno. ¡Desdichada habilidad! El único resultado de esta política fué hacer interminables las guerras civiles, que además de su carácter religioso tenian, y no poco, carácter político y personal, que aumentaba el encarnizamiento de la comun discordia.

Subió al trono el despreciable Enrique III, tercer hijo y favorito de Catalina, y el reino acabó de hundirse en un abismo tal de miseria, que parece milagro que se salvára de total y perpétua ruina.

Enrique de Borbon, rey de Navarra, se habia hecho jefe de los hugonotes; los Guisas pusiéronse á la cabeza de los católicos, y la Reina madre capitaneaba á los llamados *políticos*, cuyo precursor habia sido L'Hospital, y su primer jefe el duque de Alenzon, último hermano de Cárlos IX.

Estos partidos, cegados por el recíproco rencor, buscaron aliados en todas partes; buscábalos el Bearnés entre los protestantes de Alemania, y, como es natural, buscáronlos los católicos en España. Formaron estos últimos aquella vasta alianza conocida en la historia con el nombre de la *Santa Liga*, al frente de la cual se hallaba la casa de Guisa, tan popular por el heroismo de sus duques como por el ardor de sus convicciones religiosas.

Además, muerto el duque de Anjou, hermano del Rey y presunto heredero de la corona de Francia, resultaba Enrique de Bearne, jefe de los hugonotes, legítimo sucesor del cetro que empuñáran Carlomagno y San Luis: y como era harto sabido que un protestante no reinaria jamás en Francia, los Guisas creyeron que la ocasion no podia ser más oportuna para disponer las cosas de mo-

do que recayera en su ilustre casa la régia herencia de los Valois. De suerte que no solamente el móvil de la Religion, sino el del propio y personal interés, los incitaba á aquella desastrosa lucha, en que iba perdiendo Francia lo más florido de su nobleza.

Felipe II, dado el pensamiento generador de su política, no podia permanecer neutral en la contienda. Enrique III no era Rey; era el último y degradado retoño de una dinastía que Dios habia condenado á irrevocable desaparicion. Los Guisas, resueltos y heróicos como los fundadores de dinastías, representaban el Catolicismo, y en este concepto pedian auxilio al defensor nato de la Iglesia. ¿Qué habia de hacer el rey de España? Su egoismo puramente político le aconsejaba sin duda permanecer alejado de la lucha, y dejar que Francia, su eterna rival, aniquilára sus fuerzas con el rencor de sus propios hijos. Pero, dígase lo que se quiera, el Rey Felipe no oyó jamás los consejos del egoismo cuando el interés de la Iglesia estaba de por medio; y juzgando él, quizá con poco acierto, que á la Iglesia convenia ayudar resueltamante á la *Liga*, hizo el tratado secreto de Joinville, en el cual se obligaba á reconocer

por rey de Francia, una vez muerto Enrique III, al anciano y débil Cardenal de Borbon, tio del Bearnés, y á prestar á la *Liga* todos los socorros que fueran menester.

Hízolo así: la *Liga*, que, como hemos dicho, no se movia sólo á impulsos de un sentimiento religioso, llegó á dominar París, insurreccionándose formalmente contra quien, inepto y todo, no habia dejado de ser el Rey legítimo de Francia. Cometiéronse excesos reprobables; algunas gentes del populacho, excitando la ardiente simpatía que despertaba el valeroso duque de Guisa, el *Acuchillado*, digno de la gloria de su padre, llegaron á organizar unas como autoridades populares, parecidas á las que se organizan en las revoluciones modernas, en las cuales hace siempre la pasion el oficio de la justicia. El Rey hubo de huir; pero á la postre valióse del crímen para desembarazarse de sus más temibles adversarios, y ambos Guisas, el duque y el Cardenal, cayeron bajo los puñales de los célebres *cuarenta y cinco* caballeros de la Guardia particular del Rey.

La *Liga* habia perdido su cabeza; Felipe II, su aliado, ¿qué debia hacer? Lo más prudente hubiera sido desistir de su empeño; lo más

caballeresco declarar la guerra á Francia. Lo caballeresco venció á lo prudente en mal hora, y Felipe II, que harto tenía que hacer con los Países Bajos, dió órden á sus ejércitos de invadir el territorio francés.

El Papa habia reprobado la insurreccion de la *Liga* contra el Rey legítimo, y luégo condenó el crímen del Rey contra los Guisas, y sobre todo el asesinato sacrílego del Cardenal. Pero más acertado que Felipe, no creyó que hiriendo el amor propio nacional de Francia con una intervencion extranjera, podria conseguirse nunca restaurar en sentido católico la Monarquía. Así, pues, Felipe no alcanzó el apoyo de Roma en su empresa, ni contra Enrique III, que al fin era católico, ni áun contra Enrique IV el hugonote, que recogió su herencia cuando, poniendo ambos sitio á París, cayó aquél bajo la daga de un fanático asesino.

Esta reserva del Pontífice, que sólo creia hacedero reunir á todos los católicos alrededor de un Monarca verdaderamente nacional, como daba muestras de serlo el intrépido Bearnés, debió calmar la resuelta hostilidad de D. Felipe; pero desgraciadamente no la calmó; ántes bien, el hecho de ser hugonote

Enrique IV parecióle mayor motivo de continuar la guerra, y abandonándolo todo, como si no fuesen ántes los propios que los ajenos negocios, mandó á Alejandro Farnesio que llevase su ejército de los Países Bajos á Francia, en socorro del duque de Mayenne, vencido por Enrique IV. Alejandro Farnesio, á pesar de habérselas con el inteligente y popular Bearnés, afianzó la fama que ya habia conquistado de ser el primer general de su tiempo; pero la gloria de Farnesio y de las armas españolas no daban un ápice de utilidad á España ni á la Iglesia. Por el contrario, los rebeldes flamencos aprovechaban grandemente la ocasion, y hacian cada vez más imposible la tarea de reducirlos á la obediencia del rey Felipe.

Murió Alejandro Farnesio; y á este revés, que era de cuenta para las armas españolas, sucedió otro mayor, aunque de gran provecho y necesidad para Francia, á saber: la abjuracion de Enrique IV y su vuelta al seno del Catolicismo.

Roma habia triunfado: los hechos confirmaban su prevision. Pues así y todo, Felipe II siguió adelante en su incomprensible tenacidad; y como si en ello le fuera el alma y la

vida, gastaba sangre y dinero para conquistar algunos laureles estériles, más dignos de ser llorados que aplaudidos.

Al cabo, los ruegos del Pontífice y la imperiosa fuerza de las circunstancias abriéronse camino en el ánimo de Felipe, ya viejo, abatido y enfermo, y en 1598 se firmaba la paz de Vervins entre el Rey Católico y el Rey Cristianísimo. España renunciaba todo lo conquistado, excepto la plaza de Cambrai; la influencia política de D. Felipe quedaba más quebrantada que nunca; la sangre vertida y los tesoros gastados no habian servido directamente para el objeto que el rey de España persiguió con tan dura tenacidad. «Pero, diremos con Baumstark, habia derramado su sangre para restaurar en Francia la Monarquía católica. Los errores de Felipe contribuyeron á apresurar esta restauracion, áun cuando la combatian en apariencia. Hé aquí cómo los hombres más poderosos de la tierra no son sino meros instrumentos en la omnipotente mano de Dios.»

CAPÍTULO XII.

Muerte admirable de Felipe II.—Juicio de este gran Rey.

ELIPE II pudo repetir la frase del insigne emperador Cárlos V: «La fortuna, caprichosa y mudable como las mujeres, no gusta de los viejos;» porque, en verdad, los últimos años del reinado del Católico Monarca fueron tan tristes y sombríos, que acabaron de ennegrecer su carácter, hartándole del mundo, en que tanto habia batallado su inteligencia, y minándole su endeble cuerpo, cuya salud no se conservaba sino á fuerza de un régimen escrupuloso en la comida, en el sueño y en el trabajo.

Firmada la paz de Vervins, y fuertemente molestado por la gota, el rey Felipe salió de Madrid el 30 de Junio de 1598, dirigiéndose á su querido Escorial, entre cuyas severas pa-

redes, que él habia levantado, deseaba abandonar una existencia llena de amarguras y desengaños.

No tardó mucho la muerte en anunciarse á aquel corazon, en el que al parecer no habian hecho nunca mella los reveses de la fortuna. Á fines de Julio, una violentísima fiebre y un grave absceso en la rodilla derecha indicaron á la ciencia médica que el ilustre enfermo entraba en un período crítico para su vida, cuyos resultados podian ser fatales.

Aunque piadoso, D. Felipe no habia dado pruebas de santidad. Pero todas las flaquezas de su vida fueron quizá purgadas, por la infinita misericordia de Dios, en los largos y horribles padecimientos de toda especie que hubo de sufrir durante su enfermedad, hasta el momento mismo de entregar su alma al Criador.

Á la inmundicia del absceso añadióse el natural efecto de una disentería que ningun medicamento logró cortar, y el régio doliente, émulo de Job, yacía inmóvil sin exhalar una queja en el asqueroso lecho, sintiendo cómo su nuca y su espalda se abrian en espantosas llagas, producidas por la constante postura de aquel cuerpo miserable.

Cincuenta y tres dias permaneció tendido,

incapaz de todo movimiento, consumido por insaciable sed, y entregado á todos los ensayos, á todas las operaciones que los Galenos tuvieron por conveniente hacer en aquel infeliz Monarca, humilde, resignado, obediente, puesto en manos de Dios, á cuya soberana voluntad se sometió desde el primer instante de su martirio.

¿Qué era de aquel político temible, de aquel poderoso señor de la mitad del mundo, de aquel *Demonio del Mediodía* que habia logrado concitar contra sí el ódio de todos los herejes de Europa? Allí estaba, débil, impotente, casi reducido á una sombra, y de tal suerte sujeto, por su propia voluntad, á los ajenos mandatos, que ni las cosas más necesarias pedia sino en forma de modesta súplica.

En sus ojos, perpétuamente clavados en la imágen de un Crucifijo, no se advirtió ni un rayo de impaciencia, ni la más leve señal de amargo desconsuelo. De sus lábios no brotaba un ¡ay!; de su pensamiento no se apartaba un punto la idea de la eternidad. Todas las grandezas del Monarca eran polvo vano ante aquella grandeza del hombre resignado, del cristiano pacientísimo, que recibia la prueba del dolor sin arrugar la frente.

Contemplando al hijo de Cárlos V en el lecho de la enfermedad y de la muerte, levántase invenciblemente del corazon ménos inclinado á aquella austera figura, un profundo sentimiento de admiracion y de respeto.

En la dignidad de su porte, en la alteza de sus miras, en lo mesurado y noble de sus palabras, hasta en la severidad de su traje, habia siempre mostrado Felipe II que «era el hombre más rey que conocieron los siglos,» segun frase del insigne Aparisi; mas en nada manifestó tanto su alcurnia de Rey y su fé de cristiano como en la sublime manera de aceptar el dolor y de recibir la muerte.

Ántes de cruzar el sombrío dintel de la eternidad, renovó várias veces la profesion de su inquebrantable fé católica, confesándose hijo devoto del Vicario de Jesucristo, cuya bendicion fué uno de sus mayores consuelos en aquel combate del alma creyente con el cuerpo lacerado.

Recibió los Santos Sacramentos con la fervorosa piedad que era en él ordinaria, aunque entónces enardecida por lo terrible de la ocasion; y ya próximo á dar el postrer adios á las pompas del trono y á las vanidades de la vida, llamó á sus hijos Felipe y Clara Eu-

genia, los dos séres más queridos de su corazon, y despidióse tiernamente de ellos, no sin darles los consejos que á todos suele inspirar la sabiduría de la muerte.

Despues ya no pensó sino en apercibirse bien para aquel tránsito que al ánimo más fuerte sobrecoge. Oyó con ejemplar recogimiento la historia de la Pasion de Nuestro Señor; besó el Crucifijo con amor lleno de esperanza; y sin el estertor de la agonía, semejando más bien á una luz que se apaga, entregó su espíritu á la misericordia divina... En aquel momento, el primer rayo de sol del 13 de Setiembre de 1598 heria la ancha cúpula del monasterio que Felipe habia levantado para conmemorar la victoria de San Quintin.

Aquel rayo del sol naciente no era ¡ay! símbolo risueño de un porvenir de gloria; más bien significaba el último y brillante resplandor de una grandeza próxima á hundirse en el sepulcro del Rey que acababa de espirar.

¿Por qué iba entónces á comenzar la decadencia de España? Temerario fuera, é hijo de indisculpable presuncion por nuestra parte, contestar doctoralmente á esta pregunta. Pero el estudio detenido y profundo de la azarosa época cuyo cróquis han adivinado,

más que visto, en estas páginas nuestros lectores, y el exámen imparcial de las condiciones particulares de Felipe II, en relacion con la dificultad de las circunstancias, puede abrir camino á inteligencias perspicaces para dar con la causa ó con las causas del rápido descenso de nuestro poder en el mundo, desde el comienzo del siglo XVII.

Europa entera se levantaba contra nosotros: éramos demasiado fuertes para que no excitáramos el miedo ó la envidia de los demás. Y es que cuando llegan los pueblos á un grado extraordinario de prosperidad y de influencia, ya por la coalicion de los oprimidos bajo la grandeza del poderoso, ó ya por el fenómeno natural de que los cuerpos pierden de intensidad lo que ganan en extension, ya, en fin, porque Dios, en sus inescrutables designios, reparte alternativamente los primeros papeles á distintas naciones, y por esto unas suben cuando otras bajan, ello es que suena la hora del crepúsculo de la tarde, y los pueblos, como el sol, sepultan en el horizonte su brillantísima corona de gloriosos resplandores, mientras la aurora de un nuevo dia sonrie y despierta á los que dormitaban silenciosos en las sombras de la noche.

Quizá sabiendo ceder á tiempo y con extremada habilidad algo de la grandeza que se posee, puede evitarse que el rencor de los débiles llegue á formar una coalicion de fuertes. Pero ¿quién es capaz de decir cómo, cuándo y de qué manera honrosa ha de hacerse esa especie de abdicacion, no conocida en el mundo hasta la fecha?

Por lo que atañe á Felipe II, debemos reconocer que la causa principal de las enemistades con que luchó fué su inquebrantable propósito de defender á la Iglesia de Jesucristo. Á esta gran idea lo sacrificó todo; y si España quedó desangrada y pobre despues de aquel batallar titánico contra la inmensa Revolucion que un fraile apóstata desencadenó en las entrañas de Europa, fué porque, soldado generoso, víctima propiciatoria, dió su vida por salvar la vida de su madre, por salvar la vida de la Cristiandad.

Pero no puede negarse tampoco que á tener el rey Felipe ciertas condiciones que le faltaban, no hubiera sido tan doloroso el sacrificio de España. Aquella lentitud en el resolver, que mereció del cardenal Granvela esta frase: «En todos los negocios, su única decision consiste en permanecer eternamente in-

deciso;» aquella repulsion á empuñar la espada cuando sólo la espada del Rey podia cortar el nudo de tantas dificultades; aquellas dolorosas equivocaciones en la eleccion de ciertas personas en determinados momentos; aquel afan por encomendar á la pluma los graves como los insignificantes negocios; aquella funesta tenacidad de unir casi la suerte de España á la suerte de la *Liga* de los católicos franceses; los errores, en fin, que cometió al poner en práctica el admirable ideal de su pensamiento político, aceleraron y agravaron considerablemente nuestra caida.

Felipe II fué como un artista que concibe bien, pero que no ejecuta tan hábilmente lo que concíbe. Por eso es erróneo é injusto atribuir á su política lo que es en realidad efecto de su poco acertada aplicacion. Su política religiosa, como su piedad personal, se resentian acaso de dar á la forma una importancia que suele perjudicar al fondo. ¿Quién sabe si á veces se mira con más horror al hereje que á la herejía, y por perseguir al hombre se deja un tanto olvidada la idea?

Sea, sin embargo, de esto lo que fuere, el hecho es que el hijo de Cárlos V, colocado en el trono en una de las ocasiones más difíci-

les que pueden ofrecerse á un Rey, asaltado de enemigos interiores y exteriores, enfrente de una época nueva que se abria con estrépito, dando paso á un torrente devastador de errores, y facciones, y rebeldías contra lo divino y lo humano, no hizo poco con librar á España de las calamidades que afligieron á otros países, con evitar el desmoronamiento completo de la familia católica en el Mediodía de Europa, con mantener casi incólume, ó compensada al ménos en sus pérdidas, la herencia sobrado vasta de su padre, y con morir en la absoluta seguridad de que ningun Rey ha sido intérprete más fiel de los sentimientos de su pueblo.

Erró como Rey falible; pecó como hombre flaco; pero ni sus errores denotaron malicia, ni sus flaquezas corrupcion. No habia atractivo en su carácter; pero tampoco negras sombras en su voluntad. Afable con todos, amigo de los pequeños, cuidadoso de los necesitados, sóbrio en las palabras, sério en el semblante, duro en la apariencia, débil en el fondo, es el Rey á quien la historia ha dado el sobrenombre de *Prudente*, digno del respeto de los hombres pensadores y de la afectuosa admiracion de los católicos.

Dieron gloria á su reinado famosísimos capitanes, insignes políticos, grandes escritores, sábios artistas á quienes él honró con particular estimacion; y ahí están los nombres de Alba, D. Juan de Austria, Farnesio, Granvela, Espinosa, Arias Montano, Cervántes, Lope de Vega, Ercilla, Mariana, Herrera, Jordan y otros mil, que darian esplendor al más glorioso reinado de la tierra; pero toda esta gloria es nada ante la que, piadosamente pensando, ganó para la eternidad con la firmeza de su fé en la vida, y su santa resignacion en la muerte.

FIN.

APÉNDICE.

Díjose que D. Juan de Austria habia sido envenenado por los enemigos de España. Los siguientes curiosos documentos, suscritos por el Dr. Ramirez, médico de cabecera del ilustre vencedor de Lepanto, lo dan á entender con bastante claridad:

«Señor: Mártes 16 de Octubre de 1578.—Á las ocho de la noche el Sermo. Sr. D. Juan de Austria sintió una calentura lenta, la cual perseveró así hasta el miércoles siguiente á la misma hora, en la cual comenzó á crecer notablemente, y de allí adelante hasta el quinto dia fué creciendo paulatinamente; veníanle de cuando en cuando unos saltos de corazon que le hacian levantar el cuerpo de la cama; al fin del segundo dia comenzaron unos temblores de manos, lengua y casi todo el cuerpo, juntamente con movimientos convulsivos de ojos y cabeza, que casi se pare-

cian á paroxismos epilíticos, y hacía visajes con la boca, que se le habia puesto negra; la lengua comenzó á ponerse seca y toda la boca, que con ninguna cosa se podia humedecer, y la garganta tan sentida, que no se le podia hacer tomar nada que no fuese líquido.

»Todos estos accidentes perseveraron hasta el onceno dia; el sétimo aparecieron algunas manchas como de tabardillo; al nono más, y al onceno tantos, que un dedo no se le podia poner sin tocar en mancha, y al duodécimo tenía tantas, que parecia una plasta, y entre ellas algunas lívidas y otras coloradas, que tenian en medio unas puntas negras y ásperas. Y habiendo perseverado los demás accidentes sobredichos, cerca del anochecer del onceno dia le comenzó á atacar un como soporoso sueño, de que no se le podia despertar, y luégo cesó y comenzó á delirar tan grandemente, y con tantos visajes y movimientos convulsivos, que parecia que rabiaba. En esta tierra mueren muchos de tabardillos; pero ninguno con tantos accidentes; de modo que es negocio de tal calidad, que nos puso á los médicos en alguna sospecha no le hubieran dado *algo*, aunque no nos determinamos á afirmarlo.»

Autopsia del cuerpo de D. Juan de Austria.— Hé aquí lo que, con fecha del 3 de Noviembre de 1578, dijo el Dr. Ramirez al Rey:

«Por falta de materiales no se pudo abrir el cuerpo hasta veinticuatro horas despues de

muerto, y cuando entramos á tratarlo de hacer, no se podia sufrir el mal olor del aposento. Desde los hombros hasta los muslos en longitud, desde la nuca hasta junto las tetillas, y mitad de las costillas, estaba negro, y los cabos de lo negro verde y azul, y desde los hombros á los codos estaban tambien los brazos negros y verdes, y detrás de las orejas y en el cuello, y lo demás de los brazos y en los piés, lleno de manchas azules. Sajadas estas partes, estaba la carne del mismo color, y sin ninguna consistencia, ántes parecia engrudo negro, y no salia humedad ninguna de ella, lo cual suele salir en otros cuerpos. Despues de abierto vimos todo lo interior, como son tripas, pulmones é hígado y las demás partes, negras y verdes, y manchadas de azul y rojo, y en llegando á tirar de una parte, así se deshacia de otra como si fuese borra, sin tener ninguna consistencia ni liga, y el corazon casi no tenía sangre ni otra humedad, ántes estaba muy pequeño y arrugado, como si fuese un trapo mojado. El cerebro y telas en que se envuelve estaba tan seco todo, que parecia haberlo limpiado aposta de toda humedad y sangre, y tambien de color azul.

»Y es de advertir que los que mueren de tabardillo, especialmente con presiones de cabeza, como es delirio y sueño profundo (como se ha visto en anatomías), suelen tener en el corazon y cerebro más sangre, y en toda la capacidad de la cabeza y entre las telas mucha humedad que parece suero, y en este bendito cuerpo no se halló

ninguna. La anatomía se hizo en presencia de otros médicos, los cuales se admiraron del excesivo olor, y dijeron que sólo habian visto otra cosa igual en algunos cuerpos que habian *muerto de venéreo.*»

Corroborando estas graves sospechas de envenenamiento, merece citarse lo que en 5 de Diciembre del mismo año escribió al Rey Alejandro Farnesio, sucesor de D. Juan en el gobierno de los Países Bajos. Decia en carta dirigida á Su Majestad, que á consecuencia del proceso mandado instruir en averiguacion de la sospecha que se tenía de que dos ingleses que se hallaban presos en el castillo de Namur habian ido de Inglaterra con el solo objeto de asesinar á D. Juan, resultaron convictos y confesos, y en su consecuencia habia mandado hacer justicia.

Pero lo más particular es que D. Lorenzo de Vander Hanmen y Leon, en su *Historia de don Juan de Austria*, escrita un siglo despues de la muerte de este personaje, afirma que la familia del príncipe sospechó «si el Dr. Ramirez le habia dado algo en el caldo.» Es decir, que el mismo Dr. Ramirez, cuyos son los documentos preinsertos (bien que no hayamos visto los originales), no se libraba tampoco de las sospechas de envenenador de príncipes.

Téngase en cuenta, despues de todo, que era entónces muy comun atribuir la muerte de los grandes personajes al influjo de las yerbas ponzo-

ñosas; lo cual, aunque parece un dato poco favorable para las costumbres de aquel tiempo, tiene natural explicacion en el estado de feroz discordia á que habia reducido la rebeldía protestante á toda Europa.

Por lo demás, parece lógico, por la razon de *cui prodest*, que los ingleses hicieran lo humanamente posible para deshacerse de un enemigo tan formidable como D. Juan de Austria.

ÍNDICE

—

	Págs.
Dedicatoria	V
Prólogo	VII
CAPÍTULO I.—Calumnias históricas.—Restauracion de la verdad.—Criterio para juzgar á los Reyes.—Perseguidores y perseguidos	1
CAP. II.—Grandeza de España.—Sus inconvenientes.—Cárlos V.—Primeros años de D Felipe.—Su vida hasta la exaltacion al trono	13
CAP. III.—El pensamiento de Felipe II.—Guerra con el Pontífice.—Conducta intachable del rey de España.—Guerra con Francia.—La paz de Cateau-Cambresis.—Estado de Europa	31
CAP. IV.—El protestantismo en España.—El protestantismo era la revolucion social y política.—El rey Felipe y los estados de sitio.—Eficacia de los castigos.—El príncipe D. Cárlos	49
CAP. V.—Felipe II y el príncipe D. Cárlos.	61
CAP. VI.—Los moriscos.—Conducta prudentísima de D. Felipe.—Guerra de Granada.—D. Juan de Austria.—Los turcos.—Batalla de Lepanto	93

Cap. VII.—La guerra de Flandes.—El príncipe de Orange y la princesa Margarita.—Vacilaciones del Rey.—Horrores de los mendigos.—El duque de Alba y su política de terror..... 107
Cap. VIII.—Los dos hermanos.—Proyectos de D. Juan de Austria.—Antonio Perez y Juan de Escobedo.—Muerte de Escobedo.—Opinion general de aquella época acerca de las ejecuciones secretas..... 121
Cap. IX.—Antonio Perez y la princesa de Éboli.—Desavenencias en la córte.—Debilidad del Rey.—Prision de los culpables.—Enérgico lenguaje con que hablaban al Rey sus consejeros..... 139
Cap. X.—Muere D. Juan de Austria.—Dureza del Rey con Perez y la de Éboli.—Supuestos amores del Rey con esta dama.—Muerte de Antonio Perez..... 153
Cap. XI.—Conquista de Portugal.—Estado de Francia.—Su rivalidad con España.—La política de Felipe II y la de los Valois.—La Liga.—Triunfo de Enrique IV..... 163
Cap. XII.—Muerte admirable de Felipe II.—Juicio de este gran Rey..... 175
Apéndice..... 185

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID,
POR ANTONIO PEREZ DUBRULL,
EL DIA XXIV DE OCTUBRE DEL AÑO DEL SEÑOR
DE MDCCCLXXIX.

Philip II, King of Spain 207598
HSp.B.
Author Gomez, Valentin P5492
.Yg
Title Felipe II.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU